



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES
IZTACALA

IDENTIDAD CULTURAL Y AUTOESTIMA DE
LA COMUNIDAD MEXICANA QUE VIVE EN LOS E.U.

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TITULO DE:

LICENCIADA EN PSICOLOGIA

P R E S E N T A

T E L M A LAGUNAS MARTINEZ

ASESOR:

Lic. ROQUE JORGE OLIVARES VAZQUEZ

DICTAMINADORES:

Mtro. ESTEBAN CORTES SOLIS

Mtro. JESÚS LARA VARGAS



Los Reyes Iztacala Edo. De México, 2003



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

DEDICATORIAS

A papá:

A quien admiro, quiero y respeto, por su inmenso amor, sabiduría, apoyo y buen sentido del humor que me ha manifestado en todo momento.

Gracias papá.

A mamá:

Por escuchar y soñar conmigo.
Siempre un pilar esencial en mi vida.

Con cariño.

A mi hermanita Mireya:

Quien ha sido mi amiga, mi cómplice y mi consuelo en momentos muy difíciles.

Give me five, sis.

A mi hermano Jesús:

Por la sincera amistad y cariño que nos tuvimos en la infancia.

¡Te gane!

A mí:

Por la paciencia y el valor de seguir adelante.

A Dios:

Gracias señor por estar siempre en mi corazón.

A mis tíos Filla y Agustín:

Por su amor, comprensión y hospitalidad en todo momento.

Siempre en mi corazón

A Rodolfo:

Por ser como un hermano, siempre dispuesto a escuchar y compartir. Y a sus acertados comentarios en la redacción de este proyecto.

Gracias Rol

A Nancy:

Quien con cariño y un gran corazón me ha tenido paciencia y cuidado cuando lo he necesitado.

Con cariño

Al pequeño Agustín:

Por la alegría e inocencia de sus comentarios que siempre me robaron una sonrisa.

Un pequeño gigante

A mis tíos Sara y Genaro:

Por su apoyo y preocupación en momentos difíciles.

De corazón, gracias.

A mis primos:

Mauricio, Gustavo y Ángel.

Siempre unidos

A mi Abuelito:

Quien me acompaña y aconseja sabiamente.

Don Porfis.

A mis tíos Hortensia y Benjamín:

Por su comprensión, apoyo y buena vibra que siempre los caracteriza.

Con cariño

A mis primos:

Ana y Cecilia por esos momentos tan agradables que en su compañía he disfrutado. Y a Francisco por su amistad y cooperación en la realización de este proyecto.

Los aprecio mucho

A Felicitas:

Mi amiga de toda la vida, a quien aprecio y agradezco su cariño incondicional.

Siempre amigas

A Verónica:

Gran amiga de la carrera, a quien admiro por su tenacidad y honestidad.

Inolvidable

A Round Table Pizza:

Specially to Rene, Jonathan, Seth, Luz David, Martin, Brandy, Steve, Ross, Ron, Andy, Marcus, Mike, Greg, José y Ramón.

I'll always remember you.

A Camino Health Center:
Por la oportunidad de convivir y
aprender de ustedes. A Alicia.
Thanks

A LA UNAM:
Por la oportunidad de formar parte
de su excelencia académica.
Campus Iztacala

A mi asesor Roque:
Por su sencillez, apoyo, interés
y confianza para la realización
de este proyecto.
Gracias

A Esteban:
A quien agradezco sus valiosos
comentarios que me han acompañado
hasta el día de hoy.
"...todos regresan tarde o temprano"

A Jesús:
Por sus aportaciones, tiempo y amistad
que siempre me ha brindado en la forma
más sencilla, desinteresada e incondicional.
Gracias

A ti:
Que te tomas un momento
para leer.
La lectura nos hará libres

INDICE

	Página
Resumen	1
Al lector	2
Introducción	3
Metodología	7
Capítulo 1 La cultura	11
1.1 Definiciones.....	13
1.2 Identidad cultural.....	16
1.3 Transición cultural	19
1.4 Aculturación y asimilación	24
1.5 El mexicano y su cultura	32
1.6 Origen del México de hoy	42
Capítulo 2 Autoestima	48
2.1 Definición	51
2.2 Autoconcepto	52
2.3 Desarrollo de la autoestima	53
2.4 Autoestima funcional y disfuncional	56
2.5 Asertividad	58
2.6 Autorrealización	60
Capítulo 3 Vivencias	64
Discusión y Conclusiones	132
Referencias	139
Anexos	142

RESUMEN

El tema de identidad cultural vinculado con la autoestima en psicología, es un tema que aún no se ha abordado a profundidad y que se considera es de imprescindible importancia para desarrollar una psicología para el mexicano.

La identidad es un proceso constante, y que va constituyéndose poco a poco, habiendo la necesidad de reconocerse a través del otro, y reconocer los tres principales componentes del ser humano: biológico, psicológico y social, mismos que están en constante movimiento y van proveyendo a la persona de los elementos necesarios para la construcción de su identidad.

Para comprender la importancia de este tema, se hizo una narración etnográfica no prediseñada de las vivencias y observaciones del investigador que experimentó durante su estancia en California en los EU. El objetivo principal de la presente tesis teórica es descubrir los significados culturales que dan pie a una autoestima disfuncional en el ciudadano mexicano que vive en el contexto angloamericano.

Se hicieron, además, un par de entrevistas a personas que estuvieron viviendo en los EU por un período mínimo de un año, acerca de sus experiencias en ese país.

AL LECTOR

Antes de dar inicio al presente capítulo, es preciso aclarar al lector que la información que se maneja en este proyecto es a partir de una experiencia personal (como causa de la influencia cultural en la que se desarrolla); no es con el fin de denigrar nuestra capacidad y creatividad ante la cultura anglosajona, como se ha hecho creer en diferentes ocasiones. Al contrario, es una invitación al lector a observar detenidamente cómo se ha manejado la imagen del mexicano por los diferentes autores -tanto nacionales como extranjeros- que tienden a señalarlo de una forma negativa, partiendo de una visión occidental que no corresponde con nuestra realidad, pese a que aún seguimos influenciados por ella.

INTRODUCCION

A pesar del paso del tiempo, el ser humano no se ha limitado en investigar la naturaleza ni a sí mismo como parte esencial de ella. Los psicólogos, antropólogos y sociólogos reconocen que la cultura debe verse en su propia perspectiva como el más extenso de todos los contextos sociales que define los límites e influye la conducta de modo indirecto y por medio de agentes de socialización (Mann, L. 1995).

Las circunstancias culturales no pueden ser entendidas por separado del proceso psicológico del ser humano. El hombre no es una criatura dotada de disposiciones fijas ni conductas naturales, posee crecientes posibilidades para adoptar diversos modos de vida. La cultura nos permite observar el mundo y obtener una percepción de realidad; provee instrucciones implícitas que nos dicen como actuar en diferentes situaciones. Así mismo, facilita la base fundamental de nuestra toma de decisiones. Fuera de la gran cantidad de posibles conductas en el repertorio humano, la cultura ayuda a centrarse en la conducta de la gente y poner atención en algunas alternativas en orden de agrandar su efectividad en el desarrollo de sus recursos y su medio ambiente (Matsumoto, 2000).

Las culturas pueden diferir en sus reglas sobre la manera de vivir las relaciones interpersonales, las orientaciones respecto al tiempo, la personalidad ideal, las relaciones humanas con el resto del mundo y los valores más respetados dentro del grupo, este conocimiento es indispensable para toda persona. El alcance de la cultura toca cada aspecto de quién y qué somos. Cuando venimos a esta vida sin lenguaje, sin valores ni moralidad, sin idea de lo que es la religión, la guerra, el amor, el dinero, entre otros elementos

culturales; entonces no poseemos ninguna orientación fundamental y aprendemos que éstos son esenciales para determinar el tipo de persona que somos.

Conforme el individuo amplía su conocimiento, desarrolla una necesidad de sentirse aceptado e identificado en los diferentes grupos con quien se relaciona. La **Identidad**, es un esfuerzo del individuo por comprender y reconocer la estructura de significaciones sociales en sus normas, valores, mitos, ideología, tradiciones, entre otras, que comparten la voluntad de pertenecer a su sociedad (Bosma, 1994).

El yo y la *identidad* son el entendimiento central de la condición humana. Estos conceptos son esenciales para que les dé sentido a los pensamientos, sentimientos y conductas individuales. La construcción del yo y la identidad son también importantes para explicar la formación, mantenimiento y la disolución de vínculos interpersonales (Ashmore, 1997).

Como ya se mencionó anteriormente la cultura y la identidad son dos aspectos estrechamente vinculados necesarios en el desarrollo del ser humano, que se gestan en las entidades básicas de nuestra sociedad, como es la familia y la escuela. Por tanto, el término "identidad cultural" se refiere al conjunto de conductas, creencias y actitudes organizadas de una forma particular que pertenecen a individuos psicológicamente asociados en diferentes grupos culturales con un sistema de reglas, que comparten en una construcción psicológica integrada por sentimientos, emociones y conductas individuales (Fitzgerald, T, 1993). Vivir en grupo, es una necesidad que acompaña a la especie humana desde siempre, y proporciona el desarrollo de actitudes diversas.

No existe ningún aspecto significativo de nuestro pensamiento, motivación, sentimientos o comportamiento que no se vea afectado por la autoevaluación. Somos humanos no sólo conscientes, sino inconscientes de nosotros mismos. Los psicólogos sociales aluden a las percepciones del yo distinguiendo dos aspectos: por un lado el autoconcepto o la idea de sí mismo, que incluye una identificación de las características del individuo, así como una evaluación de las mismas; y por otro lado, la autoestima que se refiere a los sentimientos de estima de sí mismo que hace más hincapié en el aspecto de la evaluación de las características (Oñate, 1989).

La **autoestima** es un concepto, una actitud, un sentimiento, y una imagen que está representada por la conducta. Es la capacidad de valorar él yo, tratarnos con dignidad, amor y realidad (Branden, 1995).

Díaz (1970), afirma que socioculturalmente, hay un abuso del concepto de respeto a la autoridad y este ha permitido, una y otra vez, que se pisotee la dignidad y la propia estima de los individuos mexicanos. La educación escolar, funge –supuestamente-, también como la entidad fundamental para facilitar el desarrollo de él criticismo (habilidad de reflexionar la información que recibe) y la madurez (incluye el deseo de seguir buscando conocimiento) del individuo. La educación se ofrece, no se impone, la experiencia que se transmite es vital para ayudar al individuo a pensar por sí mismo.

La cultura delimita el nivel de autoestima de los miembros de grupo, definiendo en gran medida si serán, asertivos o sumisos, cooperativos u hostiles, libres o resignados. Pero estamos tan inmersos en nuestra propia cultura que nos es difícil situarnos con suficiente perspectiva para darnos cuenta que ésta es sólo un conjunto de disposiciones hechas por el hombre para regular la vida social. Considerando lo señalado anteriormente, el objetivo de esta tesis será analizar la identidad cultural y su relación con la autoestima

del mexicano, a través de una comparación de los patrones culturales observados de la comunidad mexicana que vive en los E.U.

Antes de dar paso al primer capítulo se presenta la metodología del proyecto, en donde se hace referencia a la realización del proyecto, abarcando lo siguiente: narración de las vivencias del investigador, entrevistas de apoyo y guía de entrevista.

Para cumplir el objetivo, en el capítulo 1 se describe el concepto de cultura, identidad cultural, aculturación y asimilación así como la exposición de otros conceptos que se complementan y que serán manejados a lo largo del proyecto.

En el capítulo 2, se describe el concepto de autoestima, autoconcepto, asertividad, tipos de autoestima, así como el concepto de autorrealización.

En el capítulo 3, se hace la narración de un estudio etnográfico no prediseñado, que describe las vivencias del autor en California en los EU. Se habla de la comunidad mexicana que ya tenía una formación en la cultura mexicana, es decir, que se criaron y desarrollaron en nuestro país hasta la adultez (entre 19 y 25 años); así como de la comunidad angloamericana. También se mencionan algunos grupos México-americanos, aunque de una forma breve.

Posteriormente se encuentra la discusión y conclusiones, retomando los autores vistos en el capítulo 1 y 2, así como las observaciones del investigador y la información de apoyo obtenida de las entrevistas.

METODOLOGIA

El proyecto de tesis que a continuación se presenta se desarrolló bajo el enfoque humanista. Este enfoque considera al comportamiento humano básicamente como un todo estructurado, irreductible a sus elementos o componentes; exigen también métodos que respeten las estructuras psíquicas humanas, se adapten a ellas y sean capaces de estudiarlas y comprenderlas. El investigador tomando como base su propia formación investigadora, sus conocimientos y experiencias sobre los problemas psicológicos educativos y sociales, y sobre su propia ideología; se apoyó en la investigación cualitativa para alcanzar la finalidad de este proyecto que, como se había mencionado antes será observar y descubrir las estructuras culturales del mexicano que son desapercibidas por su autor y que influyen en la baja autoestima dentro del contexto angloamericano.

OBJETIVO GENERAL

Descubrir los significados culturales que dan pie a una autoestima disfuncional en el ciudadano mexicano que vive en el contexto angloamericano.

OBJETIVO ESPECIFICO

- ⊕ Comprender la importancia de estudiar la cultura y su conexión con la autoestima disfuncional a través de la asimilación de las observaciones personales del investigador.

- ⦿ Se realizarán dos entrevistas con el fin de fundamentar la información obtenida por el investigador.

PROCEDIMIENTO

- I. El investigador realizó una narración de sus vivencias personales y observaciones hechas aproximadamente por un periodo de siete años en que vivió en los E.U. (específicamente en el estado de California, en el condado de Orange County), tiempo en que convivió básicamente con inmigrantes mexicanos y angloamericanos. Es preciso señalar que en este proyecto se enfocó en una comunidad que ya tenía una formación en la cultura mexicana, es decir, que se criaron y desarrollaron en nuestro país hasta la adultez (entre 19 y 25 años).

Se consideró que al evaluar la información no se afectara la esencia del mismo, el método hermenéutico propone descubrir y comprender los significados ocultos de las cosas, interpretar lo mejor posible, las palabras, los escritos y los gestos, así como cualquier acto u obra humana, pero conservando su singularidad en el contexto de que forma parte. El observador participante proporcionó información acerca de la estructura interna/externa (pensamientos, sentimientos, actitudes) de la comunidad estudiada, a través del descubrimiento de la intención, el significado y la función que la acción desempeñó en la vida del observador con respecto al contexto, y como este fue afectado por la presencia del observador.

ENTREVISTAS DE APOYO

Se entrevistaron a dos personas de nacionalidad mexicana que estuvieron viviendo en los Estados Unidos por un periodo mínimo de un año,

sus edades oscilaron de entre 20 a 30 años aproximadamente. Es preciso señalar que la edad de los individuos es importante: primero porque el investigador convivió con personas tanto mexicanas como americanas que entraban dentro de este rango y segundo porque se considera que el individuo tiene ya una madurez que le permite reflexionar y asimilar su entorno cultural con respecto así mismo y en comparación de otros grupos culturales (se realizaron sólo dos entrevistas porque el método hermenéutico parte de la interpretación y comprensión de toda acción humana y no de la cantidad de participantes).

GUIA DE ENTREVISTA

Se diseñó un cuestionario como una guía de entrevista que constó de 4 temas básicos (circunstancias de vida antes de emigrar, autoestima, identidad cultural, y reflexiones) que se formularon sobre la base de la propia experiencia del investigador. También se utilizó una grabadora, lápiz y papel que el investigador utilizó para anotar la expresión corporal o gestos que emitió el individuo durante la entrevista (anexo 1).

- a) El primer bloque de la entrevista se basó en preguntas que permitieron saber en que circunstancias de vida el individuo se encontraba (etapa de madurez, conflicto, percepción de su entorno y de sí mismo).
- b) En el segundo bloque se indago en la identidad cultural del individuo, se le pidió al sujeto describir sus primeras impresiones, pensamientos y sentimientos experimentados en diferentes situaciones de rasgo cultural. También se le pidió que nos señalara el tipo de programas de televisión y radio que solía ver o escuchar, pues estos medios de comunicación son promotores culturales que nos permitieron saber que factores busca o

extraña el individuo de su contexto cultural original (costumbres, familiaridad, identificación, tradiciones y comprensión).

- c) En el tercer bloque se pretendió identificar el nivel de autoestima del autor a través del concepto (percepción) que tiene de sí mismo en diferentes situaciones como lo es el contexto escolar donde los inmigrantes acuden con el objetivo principal de aprender inglés (superarse); y/o en el trabajo donde generalmente se le brinda la oportunidad de aprender y obtener mejores puestos (todo depende del deseo y ambición del trabajador).

- d) Por último en el cuarto bloque se le invitó al individuo a hacer una reflexión de la influencia que percibió de su propia cultura en la percepción de su entorno (cultura americana) y en el concepto de sí mismo.

Las entrevistas se llevaron a cabo en la casa de las personas a entrevistar. Se les dijo lo siguiente: “Se están realizando entrevistas a personas que hayan vivido en los E.U. -como en su caso-, con el propósito de comprender el problema emocional que atraviesa el inmigrante mexicano una vez que abandona su país. La información que usted nos proporcione será confidencial, es decir que no se dará a conocer su nombre.” La información obtenida se describió en forma narrativa (anexo 2 y 3).

CAPÍTULO 1

LA CULTURA

Todos en algún momento de nuestra vida hemos tenido la inquietud de encontrar una respuesta satisfactoria a situaciones que nos afectan directa o indirectamente, y que logran herir un rasgo de nuestra personalidad. Esto resulta mucho más fácil de apreciar si señalamos -como ejemplo- un evento popular que se practica en nuestro país, y que con frecuencia su resultado negativo en el ámbito mundial, incomoda a muchos mexicanos:

El fútbol soccer es quizá el deporte más popular de nuestro país. Por lo regular, cada vez que se realiza un partido, las personas que se dicen “amantes de este deporte” se reúnen para apoyar a su equipo favorito. Gane o pierda, el fanático aprovecha la ocasión para ingerir bebidas alcohólicas con sus amigos y familiares –ya sea en su casa o en la casa de la esquina- con la sola intención de aprovechar la ocasión para estar juntos y evadirse de sí mismos. Sin embargo, cuando se lleva a cabo una competencia de fútbol de ámbito mundial, el ciudadano mexicano anhela fervientemente que la selección nacional triunfe, ya que en esta ocasión se considera personalmente involucrado. Sus emociones, actitudes, sentimientos y valores –rasgos de su individualidad- disfrazados en la sombra del orgullo mexicano, se descubren ante la posibilidad de ser señalados como un equipo -o nación- ganador o perdedor. Y reitero el mexicano, porque ¿Quién no se ha sentido herido alguna vez –fanático o no-, cuando se ha señalado a la selección nacional como un equipo perdedor?.

El ejemplo anterior –se considera- ilustra el deseo reprimido de muchos mexicanos que se han proyectado preguntado más de una vez, al decir: ¿cuál es el problema?, ¿Por qué otra vez perdimos?, ¿Qué nos hace falta para ganar o ser mejores a los mexicanos?. Gran parte de la población mexicana no logra obtener una respuesta que satisfaga plenamente la necesidad –en el fondo- de comprender el origen de las propias debilidades, derrotas personales, ambiciones negadas por ellos mismos, miedos a ser creativos, talentos reprimidos y pretextos para claudicar ante situaciones que implican hacer un

esfuerzo mayor que al que estamos acostumbrados. Samuel Ramos: “debe suponerse la existencia de un complejo de inferioridad en todos los individuos que manifiestan una exagerada preocupación por afirmar su personalidad; que se interesan vivamente por todas las cosas o situaciones que significan poder, y que tienen un afán inmoderado de predominar de ser en todo los primeros. No obstante, no se afirma que el mexicano sea inferior, sino que se siente inferior, lo cual es muy distinto” (Ramos, 1975, p. 119).

Entonces, ¿Cómo podemos comprender que existe una necesidad oculta de saber quienes somos, si estamos acostumbrados a evadirnos en la inmensidad de nuestro contexto cultural?. Basta con cruzar la frontera, como lo señalaba Octavio Paz en *El Laberinto de la Soledad* (1994) –por ejemplo- para que cualquier mexicano despierte y se cuestione las “misteriosas incógnitas de su vida”. El salir del contexto cultural le permite al individuo observar aspectos de su cultura que descubre que existen y que están impregnadas en él. No obstante si el individuo no conoce su origen y él si mismo, entonces no aprenderá a adaptarse a sus nuevas circunstancias.

“Al mexicano, no lo hacemos responsable de su carácter actual, que es el efecto de un sino histórico que es superior a su voluntad. Es necesario descubrir sus causas ocultas, a fin de saber como cambiar nuestra alma” (Ramos, 1975, p. 117).

Sin duda, emigrar a otro contexto cultural provee al individuo de un punto de asimilación que amplía su conocimiento y crecimiento personal. No obstante, la verdadera frontera que es necesario cruzar es la actitud pasiva e indiferente frente al estudio de la propia cultura y tener la inquietud de descubrirse en la reflexión del conocimiento de ésta. Antes de profundizar en esta disyuntiva es preciso que definamos el concepto de la cultura; de esta manera tendremos las bases que nos permitan trasladarnos al punto que nos interesa comprender.

1.1 DEFINICIONES

¿Qué es cultura? Usualmente cuando se nos cuestiona acerca del concepto de cultura se nos facilita –más que observar una definición o concepto- describir las tradiciones, las costumbres, la música y la historia que nos parecen más significativas y por lo tanto representativas de nuestra cultura. No obstante, cuando conocemos a alguien que no pertenece a nuestra cultura, nos percatamos al instante de esta diferencia cuando observamos su forma de vestir, el color de su piel, la joyería y el peinado; oímos su lenguaje, observamos sus gestos y después, la escuchamos expresar creencias y opiniones del concepto de vida que nos resultan no familiares. Todas estas características son un indicativo de su cultura. Aunque es claro para nosotros la influencia de la cultura en esta persona, nuestro nivel de conciencia con respecto a la propia, no lo es; asumimos que es “normal o natural” y casi siempre la vivimos sin cuestionarla.

Vásquez (1996), considera que la cultura de un pueblo es una estructura, un sistema de valores, una concepción de sí y de las relaciones de poder, de las normas que rigen la vida cotidiana y de sus prácticas. Son un modo particular de estructurar las representaciones y los símbolos que ese grupo humano usa en la organización de la vida social. La cultura modela al individuo entero y, por eso, modela también su sistema de defensas y su inconsciente; este proceso hace que las personas sólo puedan captar ciertos enfoques e interpretaciones de su propia cultura ya que ciertos bloqueos inconscientes le impiden transgredir ciertas normas y poder comprender así la relatividad de sus valores.

Por otro lado, Matsumoto (2000) considera que la cultura es como un sistema dinámico de reglas, explícito e implícito, establecido por grupos en orden de asegurar su existencia, envolviendo actitudes, creencias, normas y conductas compartidas por un grupo, aunque resguardado de manera diferente por cada unidad específica dentro de un grupo. Las circunstancias culturales no

pueden ser entendidas por separado del proceso psicológico del ser humano. El hombre no es una criatura dotada de disposiciones fijas ni conductas naturales, posee crecientes posibilidades para adoptar diversos modos de vida. La cultura nos permite observar el mundo y obtener una percepción de la realidad; provee instrucciones implícitas que nos dicen como actuar en diferentes situaciones.

“En el sur de California, me encontraba rodeada por una cultura completamente ajena a la propia. Era evidente en todo lo que veía y oía. La cultura material -tales como edificios, casas, avenidas, jardines, tipos de comida, peinados y ropa- representaban una forma contrastante a lo que estaba acostumbrada a ver. También me encontré inmersa en una contrastante cultura no material, esto es, una población con su propia manera de pensar... sus creencias, valores, y otras suposiciones acerca del mundo; Y actitudes... sus patrones comunes de conducta, incluyendo lenguaje, gestos, y otras formas de interacción” (Henslin, 1999, p. 35).

Las suposiciones de la gente del sur de California acerca de disculparse por él más mínimo roce con otras personas y procurar mantener siempre su espacio son ejemplos de cultura no material. Ni la cultura material ni las costumbres son “naturales”. La gente simplemente se acomoda con las costumbres que aprendió durante su infancia, aunque –como en mi caso durante el tiempo que viví en California- puede llegar a ser incómodo, cuando las básicas suposiciones acerca de la vida son desafiadas.

Bonfil (1997), define la cultura como el conjunto de símbolos, valores, actitudes, habilidades, conocimientos, significados, forma de comunicación y de organizaciones sociales, y bienes materiales, que hacen posible la vida de una sociedad determinada y le permiten transformarse y reproducirse como tal, de una generación a las siguientes. La cultura es dinámica, se transforma constantemente; cambian hábitos, ideas, las maneras de hacer las cosas y las cosas mismas, para ajustarse a las transformaciones que ocurren en la realidad y para transformar la realidad misma.

Aunque como psicóloga debería ser capaz de observarme en mi propia cultura “desde afuera”, mi estancia en CA me reveló de inmediato como había internalizado mi propia cultura. Mi educación en la ciudad de México, me había provisto de fuertes suposiciones acerca de la vida en la sociedad, que había enraizado en lo más profundo de mi ser, como la falta de cortesía a cada roce y el no uso de un espacio “considerado” entre individuos. Pero, en esa parte de CA estas suposiciones ya no las podía aplicar para ayudarme a superar dificultades de la vida diaria.

A este respecto, Aronson (1995) ha señalado que los seres humanos poseen una habilidad única de construir, comunicar y cambiar cultura. Esta capacidad es quizá la característica de la evolución humana. La cultura, entonces, en la que los individuos crecen y se desarrollan provee la fundación del marco conceptual de la delimitación de normas y reglas de aceptable y deseable conducta social e interacción. La cultura vendría a ser como los lentes a través de los cuales percibimos y evaluamos lo que pasa alrededor de nosotros.

El estudio de la cultura, al mismo tiempo que constituye la base para la comprensión de los factores subyacentes al desarrollo de los diferentes grupos de individuos, nos revela el común denominador de la conducta humana. Toda persona tiene impulsos básicos, primarios, tales como el hambre, la sed, el deseo sexual y la necesidad de estimulación y confort. Aún las motivaciones aprendidas tales como el temor, el mantenimiento de la autoestima, la necesidad de afiliación y de aprobación social, aunque diferentemente expresadas o sentidas en las diversas sociedades, son comunes a todos los pueblos (Mann, 1995).

El alcance de la cultura toca cada aspecto de quien y que somos. Cuando venimos a esta vida sin lenguaje, sin valores ni moral, sin idea de lo que es la religión, la guerra, el amor, el dinero, entre otros elementos culturales; entonces no poseemos ninguna orientación fundamental y aprendemos que éstos son esenciales para determinar el tipo de personas que somos.

1.2 IDENTIDAD CULTURAL

La complejidad del proceso de construcción de la personalidad, muestra la importancia central para la vida del sujeto, lo que es llamado “búsqueda de la identidad”. Al individuo no lo mueve sólo el instinto de supervivencia, sino también las necesidades de verse confirmado en la actualidad de su propia existencia efectiva. Es decir, es preciso tener una identidad o bien presentar un carácter semejante al de los demás que sea fácilmente reconocible y, por tanto, fácilmente aceptado. *Identidad* bajo este punto de vista, quiere decir ser como los demás, identificarse con esas figuras y esos modelos que nos proponen nuestra familia de origen o la sociedad a la que pertenecemos (Crespi, 1996).

Conforme el individuo amplía su conocimiento, desarrolla una necesidad de sentirse aceptado e identificado en los diferentes grupos con quien se relaciona. La identidad, es un esfuerzo del individuo por comprender y reconocer la estructura de significaciones sociales en sus normas, valores, mitos, ideología, tradiciones, entre otras, que comparten la voluntad de pertenecer a su sociedad (Bosma, 1994).

La identidad surge no de un conocimiento en la separación y distinción de otros pero sí de la continuidad de hacer uso de, y responder a otros. La gente crece dentro de relaciones que cambian como resultado de su crecimiento, llevándolos más allá de una diferenciación que es observable como el desarrollo de la identidad en un esfuerzo de afirmarse a sí mismo en sus relaciones (Stuart, Hall, & Du Gay, 1997).

Erikson (1963), utilizó el término de identidad con múltiples connotaciones, que incluyen esfuerzos conscientes e inconscientes para poseer una continuidad de la personalidad, un criterio para la expresión de dichos esfuerzos y tendencias, un mantenimiento de la congruencia con los ideales e

identidad de un grupo social, un conocimiento consciente de quien se es, e incluye en el significado de identidad al sí mismo como sujeto y como objeto, como observador y como observado.

Cuando hay identidad existe en el individuo la capacidad de regirse a sí mismo, de autocontrolarse, dado que conoce sus propios límites y sus características las tiene bien definidas; éste autoconocimiento le permite expresarse libremente para consigo mismo y para con los demás, sin temores y sin dudas lo cual es posible si se ha logrado alcanzar una verdadera identidad (Ibidem).

En los primeros meses de vivir en CA se experimenta una pérdida de la identidad, todo lo que nos rodea nos es ajeno y nos sentimos extraviados; ya nada de lo aprendido en el pasado parece tener sentido.

Para Branden (1994), él yo es el centro unificador de la conciencia, lo que genera la identidad personal. El conocimiento que tiene el ser humano de sí mismo es elemental e integral para promover su desarrollo y expresión, mismo que proporciona el marco de trabajo de la identidad, es decir, la base dentro del cual el ser humano piensa, siente y realiza en el mismo.

El yo y la identidad son el entendimiento central de la condición humana. Estos conceptos son esenciales para que les dé sentido a los pensamientos, sentimientos y conductas individuales. La construcción del yo y la identidad son también importantes para explicar la formación, mantenimiento y la disolución de vínculos interpersonales (Ashmore, 1997).

Marcia (1993), basándose en diversos estudios de la teoría de Erikson, distingue cuatro niveles posibles para la identidad de los adolescentes. La primera de éstas es *moratoria*, un periodo de crisis que describe un retraso en el compromiso del adolescente con las opciones personales y de ocupación. La segunda etapa es la *identidad difusa*, ocurre cuando los individuos no llegan a

conclusiones acerca de quiénes son o que quieren hacer con su vida; no tienen una dirección firme. La *hipoteca de la identidad* que es la tercera etapa, describe la situación de los adolescentes que no experimentan con diferentes identidades o consideran una variedad de opciones, sino que sólo se comprometen con las metas, los valores y estilos de vida de otras personas para concordar con la de sus padres. Por último, la cuarta etapa *logro de identidad*, significa que luego de considerar las opciones realistas, el individuo es capaz de hacer elecciones que le interesan. El aspecto central para los adolescentes, es el desarrollo de una identidad, que ofrecerá una base sólida para la edad adulta.

La cultura y la identidad son dos aspectos estrechamente vinculados en el desarrollo del ser humano, que se gestan en las entidades básicas de nuestra sociedad, como es la familia y la escuela. Por tanto, el término “identidad cultural” se refiere al conjunto de conductas, creencias y actitudes organizadas de una forma particular que pertenecen a individuos psicológicamente asociados en diferentes grupos culturales con un sistema de reglas, que comparten en una construcción psicológica integrada por sentimientos, emociones y conductas individuales (Fitzgerald, T. 1993).

Tomar el camión me permitía convivir, escuchar y hablar en mi lengua de origen, y observarme en mi propio grupo cultural (después de horas o días de convivir con los blancos). Era una necesidad que compartíamos todos.

Vivir en grupo, es una necesidad que acompaña a la especie humana desde siempre, y proporciona el desarrollo de actitudes diversas. La identidad es una integración de contextos relacionados que profundizan, forman, deslindan y limitan pero también crean oportunidades para el crecimiento y expresión del individuo. Conforme nosotros crecemos adquirimos la capacidad de relacionarnos con otros individuos de muchas maneras complejas, esto significa que la influencia de otros –y nuestra influencia en ellos- viene a ser todavía más compleja.

1.3 TRANSICIÓN CULTURAL

Así como la cultura abre al individuo previéndolo del conocimiento acumulado, a través de su lenguaje, sus paradigmas, su lógica, sus esquemas, sus métodos de aprendizaje, de investigación, de verificación; también al mismo tiempo las cierra e inhibe con sus normas, reglas, prohibiciones, tabúes, su etnocentrismo, su autosacralización, su ignorancia de su ignorancia (Matsumoto, 2000).

El conocimiento es la base fundamental que le permite al ser humano, pensar, cuestionar, crear, soñar, tomar decisiones, cambiar su entorno y descubrirse en él. Cuando cambian el conjunto de circunstancias en que se sitúa un hecho, es la oportunidad del individuo de examinar dos o más cosas para descubrir sus relaciones, diferencias o semejanzas. Ejemplo:

Por lo regular cuando nos invitan a comer -por primera vez- a casa de algún amigo o conocido, nos percatamos que la organización de la mesa e inclusive de la presentación de los alimentos es diferente a la nuestra, los platillos aunque similares a los que preparan en tu hogar tienen otro sabor. Quizá la familia acostumbra a decir una oración antes de comer o quizá no; algunas familias acostumbran a mirar la TV mientras comen, mientras que otras la apagan. En ese momento observas de manera consciente las propias costumbres de tu familia, pues te encuentras en una situación que te permite compararlo. Tal vez, en ese momento, te agrade la idea de incorporar alguna de esas costumbres en tu hogar, quizá te cuestionas él porque de esas diferencias o simplemente no le das importancia.

En esta situación como en muchas otras que experimentamos a diario – en nuestro contexto- tenemos la opción de aprender de ello o simplemente ignorarlo si no representa algo interesante. El inmigrante -no obstante- no tiene la opción de evitar u olvidar cada situación, el nuevo contexto impregna todo aspecto y obliga al individuo a observar sus propias costumbres e incorporar valores de la nueva cultura, aunque no le agrade.

La enajenación consiste en ser otro dentro de uno mismo. Ser uno mismo es, siempre, llegar a ser otro que se es y que llevamos escondido en nuestro interior, más que nada como promesa o posibilidad de ser (Paz, 1994).

Vivir la transición cultural como un simple inmigrante en los EU, me dio la oportunidad de entender y cuestionar no sólo la propia enajenación cultural, también despertó la curiosidad de entender la explicación que hacen los inmigrantes acerca del racismo, la identidad, la autoestima, la educación y la familia en la cultura anglosajona.

La brecha entre el familiar “nosotros” y el exótico “ellos” son un obstáculo fundamental para la comprensión significativa del Otro, obstáculo que sólo puede superarse mediante algún tipo de participación en el mundo del otro. El más directo modo de llevar a efecto el trabajo de campo como encuentro personal y, al mismo tiempo, la etnografía como un relato fiable, es ir a los sitios, volver con información sobre la gente que vive allí, y poner esa información en la comunidad profesional de una manera ordenada y práctica; algo que todo mundo pueda leer (Geertz, 1997).

Cada año, miles de mexicanos provenientes de toda la república mexicana, intentan cruzar legal o ilegalmente la frontera norteamericana, con la idea –principalmente– de mejorar su calidad de vida. El mexicano –sin saberlo– se abre camino fuera del sistema cerrado de creencias erróneas, no sólo individuales, sino también sociales que lo ha mantenido sumergido en el fango de las ambigüedades. Observarse en otra sociedad puede ser la oportunidad de cruzar la frontera real del conocimiento del sí mismo o de permanecer perplejo en la ausencia y desesperación que se funde entre los recuerdos del pasado y la realidad incierta del presente.

Los mexicanos han sido el grupo de inmigrantes más significativos en los EU del siglo veinte. Esto es oficial, de acuerdo a los números que arrojó el último censo del año 2000. Los latinos se han transformado en la minoría más grande de esa nación (March 11, 2001 New York Times). La historia de la migración

mexicana a los EU puede ser rastreada desde la revolución mexicana (1846-48). Antes de ese tiempo, una vasta porción del suroeste de EU pertenecía al territorio mexicano. Como consecuencia de esa guerra los ciudadanos americanos se movieron al territorio previamente perteneciente a México. Entonces, en el principio del siglo, los mexicanos se volvieron la fuerza de labor preferida en el suroeste y eventualmente una alternativa conveniente para los americanos, que trabajan en los campos de agricultura y en las fábricas. En 1942, los Estados Unidos adoptaron el programa de braceros, un programa que invitaba a trabajadores mexicanos a emigrar. Desde entonces los mexicanos han emigrado a los EU porque allá existen trabajos esperando por ellos, que, además, son pagados de siete a nueve veces mejor que en México (www.dickson.edu/).

Los inmigrantes –legales o ilegales- se han enfocado a trabajar en determinadas ocupaciones por las habilidades que aprendieron en su lugar de origen. Muchos, optan por trabajar en el campo, en fábricas o en pequeños negocios. Originalmente muchos mexicanos emigran a los EU por temporadas de trabajo, aunque también algunos emigran con la idea de conocer el famoso país del norte mientras aprenden el idioma y ahorran algún dinero; pero frecuentemente terminan quedándose por varios años o estableciéndose de manera permanente. La sociedad americana, en general, no tiene un buen concepto del inmigrante mexicano. Son percibidos como personas que tienen efectos adversos en la calidad de vida del americano, generan gastos financieros en el sector salud, en la educación, en la corte y la cárcel. La realidad, sin embargo, es que los inmigrantes trabajan en empleos que el americano no está dispuesto a hacer y contribuyen a la productividad en general, y a la asistencia social (Ibidem).

Cuando los inmigrantes deciden establecerse en comunidades angloamericanas, se ven obligados a hacer frente al extraño contexto cultural que los recibe y que les ofrece una forma de vida fragmentada entre las

memorias de su pasado y la realidad de la cultura anfitriona. Los valores dominantes de la sociedad son transmitidos a estos miembros a través del proceso de socialización, de esta forma el individuo internaliza los nuevos valores en sus propias actitudes (Martínez, 1977). En este primer encuentro con la nueva cultura, el individuo se enfrenta a situaciones no familiares que lo desorientan y causan diferentes reacciones; antes de que ocurra la aculturación. Paul Pedersen, lo explica como Impacto cultural: “es la desorientación que la gente experimenta cuando entran en contacto con una cultura fundamentalmente diferente en la que ya no es posible depender de las expectativas que se asumen como únicas acerca de la vida” (Pedersen, 1995, p. 1). Es un proceso inicial de ajuste al nuevo contexto. En un contexto multicultural, “el impacto cultural” es como un repentino sumergimiento en una situación no específica de incertidumbre donde los individuos no saben con certeza que esperar de ellos o que pueden esperar ellos de las personas que están a su alrededor.

Pedersen (1995), observó 6 niveles que demuestran el impacto cultural: Primero, los indicadores de cómo las personas tienen que actuar son extraviados o simplemente se le atribuyen nuevos significados. Segundo, los valores como bueno, deseable, hermoso y de valor ya no son respetados por los anfitriones. Tercero, la desorientación que el choque crea un estado emocional de ansiedad, depresión o hostilidad. Cuarto, existe un descontento con las nuevas formas de idealización de “como tendrían que ser las cosas”. Quinto, recuperación de habilidades que eran útiles anteriormente, pero que ahora parecen ya no dan resultado. Y sexto, existe una sensación de que la discrepancia que ocasiona el choque cultural es permanente y que nunca se ira.

El mexicano que vive en los EU flota en el aire, porque no se mezcla ni se funde con el otro mundo, el mundo norteamericano, hecho de precisión y eficacia. Flota pero no se opone; se balancea. No acaba de ser, no acaba de desaparecer (Paz, 1994).

Coffman y Harris (cit. en Pedersen, 1995, p.9-10), describen y sugieren siete puntos que se pueden aplicar a las diferentes situaciones de crisis que son identificadas de manera que aminore el impacto de la nueva cultura:

Primero: el visitor necesita reconocer que cualquier transición en la vida puede provocar un estado de estrés e incomodidad como una respuesta normal al cambio.

Segundo: Mantener la integridad personal y autoestima debe ser la meta principal de todo aquel que decida cambiar de contexto cultural. Con frecuencia –los inmigrantes- experimentan una pérdida de status en la nueva cultura, donde el lenguaje, las costumbres y los procedimientos son extraños y desconocidos. Ellos necesitan confortación y apoyo para restablecer el sentido de auto-eficacia.

Tercero: es necesario permitirse darse el tiempo de ajuste sin presiones o urgencia. El proceso de ajuste depende de cada persona y de la situación. Finalmente la reconciliación entre la nueva y anterior cultura requiere un tiempo prolongado.

Cuarto: reconocer los patrones de ajuste ayudará al nuevo integrante a desarrollar nuevas habilidades y perspicacia. Depresión y sentido de fracaso debe ser reconocidos como un estado del proceso de ajuste y no como una característica permanente en la nueva identidad de la persona.

Quinto: Saber que otros han experimentado choque cultural y han sobrevivido o incluso aprendido de las situaciones y ser más fuertes puede ser confortante.

Sexto: estar bien adaptado al país de origen no asegura que habrá un ajuste fácil en una cultura extranjera. Es posible –también- que la gente se lleve

con ellos sus problemas al nuevo contexto, -resultando un mal ajuste en la cultura anterior y la nueva- buscan escapar de estos problemas al cambiar a una nueva cultura.

Séptimo: aunque el impacto cultural no puede ser prevenido, es posible preparar a personas para la transición a nuevas culturas. La preparación podría incluir estudio del lenguaje, aprender características de la nueva cultura, simular situaciones y pasar tiempo con personas que pertenezcan a la cultura que se va a visitar.

El impacto cultural debe ser visualizado como una forma de aprendizaje y una oportunidad de crecer. Si el contacto con la nueva cultura tiene efectos positivos o negativos en el individuo dependerá de estos y otros factores.

1.4 ACULTURACIÓN Y ASIMILACIÓN

Asimilación y aculturación son términos que han sido usados para describir la manera en el que se sintetiza el sistema cultural. La asimilación se refiere a la integración de los miembros de un grupo minoritario dentro de una cultura dominante. Frecuentemente envuelve la aceptación de valores del grupo dominante y es asociado con la pérdida de la cultura original. La aculturación se aplica a la aceptación de ambas culturas, minoría y mayoría; y la modificación de normas, valores, y conductas de ambas culturas (Rigol, 1998).

La adaptación cultural ha marcado la transición del estilo de vida del inmigrante mexicano al estilo de los americanos. La aculturación de un grupo cultural hacia el interior de otra, puede ser observada por cambios en el lenguaje de preferencia, adopción de actitudes comunes y valores. Los valores dominantes de la sociedad son transmitidos a estos miembros a través del proceso de socialización, lo cual condiciona al individuo a internalizarlo como sus propias actitudes. Aquellos inmigrantes que han decidido establecerse

–legales o ilegales- y formar una familia se ven expuestos a la cultura anglosajona que los obliga a adoptar nuevas costumbres. Han tenido que enfrentar el reto de las barreras del lenguaje y una nueva estructura familiar, roles y tradiciones así como diferentes condiciones de vida, ocupaciones, prácticas religiosas, educación y eventos culturales (Berry, 1992).

Era preferible hablar en inglés en cualquier lugar donde solicitábamos algún servicio, pues el trato es más rápido y de igualdad (a pesar de existen personas bilingües). Al hablar en inglés –también- se experimenta una sensación de satisfacción con uno mismo, por haber aprendido aquello que nos ha costado tanto trabajo.

Cada inmigrante ha asumido una nueva identidad étnica, a través de una orientación cultural que acepta las posibilidades de un futuro en su nueva tierra. Aceptar esta nueva identidad étnica es quizá uno de los aspectos más difíciles del nuevo estilo de vida. Una consecuencia importante de la cultura dentro de nosotros es el etnocentrismo, una tendencia a usar nuestras propias formas de hacer las cosas como una medida de donde partimos para juzgar a otros. Todos nosotros aprendemos que las “formas de ser” de nuestro grupo son correctas, apropiadas y quizá hasta superiores que otras formas de vida. “Una vez que nuestro grupo es el centro de todo, los demás son medidos y estimados con referencia a esto”. El etnocentrismo tiene un lado negativo y uno positivo. El positivo puede crear lealtad en los grupos, y el lado negativo puede llevar a una peligrosa discriminación en contra de la gente que piensa diferente a ellos (Henslin, 1999).

La asimilación de una cultura ajena, impuesta como condición para participar, es una pretensión que ha llevado a que las grandes mayorías no participen, o lo hagan sólo formalmente y bajo presión: es una manera eficaz de excluir, por más que se presente con un discurso igualitario y democrático (Bonfil, 1997).

La adaptación cultural ocurre gradualmente, por medio de la socialización. Los inmigrantes que viven solos o rodeados de otros hispanos están menos expuestos a la aculturación, ellos más bien se mantienen en la asimilación de su cultura original.

Trabajar y convivir con los chicos americanos, me permitió conocer y desenvolverme mejor en la cultura anfitriona. En ningún momento olvidé mi origen, aunque si adopté nuevas conductas e ideas que me parecían convenientes para funcionar con mayor libertad. Mis compañeros mexicanos parecían aferrarse a no socializar más allá de lo necesario, mi amistad con los blancos –en un principio- era mal visto por ellos.

En un estudio etnográfico que se realizó en 1998 en una comunidad de inmigrantes en Pennsylvania en los USA, se observó como se forman algunas identidades a través de asimilación y aculturación. Quizá el cambio más significativo en la vida de los hispanos es la diferencia de la estructura familiar. Porque la familia, representa un papel muy importante en la vida de los hispanos, la migración por si misma inevitablemente segrega los vínculos familiares, frecuentemente miembros de ambos lados de la frontera son forzados a adaptarse a nuevas formas de individualismo. Familias individuales se han aculturado y adaptado las diferencias de la vida americana en muchas formas. Cada familia experimenta periodos de conflicto y crisis así como estabilidad.

Cuando una persona o un grupo cultural es aislado de sus propios sentimientos, recursos personales e instituciones, ellos también son aislados de su creatividad más profunda. Mientras algunos latinos mantienen una identidad a través de aferrarse a su pasado, otros intentan olvidarlo por medio de la asimilación, lo que recrea una sensación fragmentada.

Algunos compañeros de trabajo de origen mexicano rentaban un cuarto que compartían, a pesar de los años que llevaban viviendo en los USA, sus costumbres e ideología estaban casi intactas. Una vez que la esposa de uno de ellos emigró con sus niños, en poco tiempo a través de su niño que acudía a la escuela, empezó a socializar más con los americanos.

Cuando los inmigrantes comparten su vivienda con otros individuos de su misma cultura se les facilita retener una sensación fuerte de su cultura y lenguaje original, porque ellos están más aislados de la sociedad dominante. Cuando se les preguntó a inmigrantes mexicanos cual era la diferencia más asombrosa entre ambas culturas, hombres/mujeres dijeron que las relaciones de pareja son significativamente diferentes. La mujer americana es más liberal y tiene más libertad que en México, donde las mujeres son mas restringidas y dependientes de los varones (www.dickson.edu/).

Investigaciones hechas por Curtis (2000), han aclarado el rol de la apariencia física, como el color de piel y características físicas, como indicadores de síntomas de depresión. Ellos identificaron un alto porcentaje de depresión entre mujeres de origen mexicano con piel clara que residen en los EU, y mejor salud mental entre mujeres de origen mexicano con piel oscura. Las mujeres mexicanas quienes son conocidas como “gueras”, han experimentado gran ambivalencia en su identidad étnica al considerar la apariencia física como la que las previene de una completa asimilación dentro de su cultura minoritaria o mayoritaria.

En Rigol (1998), se reportó que el rol de la apariencia física determina cambios y niveles de discriminación entre Latinos. Se encontró que los hombres latinos con piel oscura y rasgos indígenas tienen menos oportunidades y son objeto de discriminación. No obstante, las mujeres que tienen piel clara sufren aún mayor discriminación. Los latinos que residen en los EU han sido descritos como una minoría de cultura del lenguaje debido al uso de español como principal lengua y a su deficiencia en la habilidad del idioma inglés. El impacto en la diversidad de color de piel y la limitación del lenguaje (inglés) en los latinos es significativa.

Ningún estado ha sentido el impacto de la inmigración más que el estado de California, y ninguna institución más que la escuela. Un factor importante que ha contribuido a la asimilación es sin duda la educación. La escuela ha expuesto a los niños a diferentes grupos de valores y expectativas que ni sus mismos padres. En muchos casos los niños son enseñados en el idioma inglés, mientras que sus padres les hablan en casa sólo en español porque ellos no han tenido tiempo de aprender inglés. Los niños empiezan a asimilar a la nueva cultura a través de las tradiciones y prácticas a la que ellos son expuestos en la escuela. Con frecuencia, ellos son los primeros en introducir a la familia a ciertas tendencias, comidas, ropa o actividades que son incompatibles con las tradiciones y costumbres mexicanas. A través de estos cambios, es evidente que los niños sufren una mayor adaptación (Ibiden).

Un intensivo trabajo de campo etnográfico por Maria Matute Bianchi identificó cinco categorías principales de identidad étnica en el que la mayoría de estudiantes mexicanos/descendientes podrían ser situados:

Estudiantes inmigrantes mexicanos (recientes). Estos son nacidos en México, hablan español y usualmente son ubicados en programas de habla – inglés limitado.

-Ellos claman la “identidad mexicana” y consideran México su casa permanente. Son considerados dentro del grupo de legales e ilegales, permanentes colonizadores e inmigrantes temporales. En general hacen otras distinciones entre ellos mismos que son significantes en México, tales como el origen rural o urbano: etnicidad “mestizo” contra “indio”.

- La mayoría de ellos son descritos por el personal académico como más corteses, más serios acerca de su tarea, más respetuosos y dispuestos a complacer, más aplicados, así como más inocentes e insofisticados en comparación con los otros estudiantes.

Estudiantes mexicanos–orientados. Ellos son frecuentemente bilingües. Ellos tienen fuertes vínculos biculturales en México y EU, nacieron en México y han vivido por más de 5 años en los EU.

-Claman una identidad étnica “mexicana” y muestran estar orgullosos de su origen, aunque se perciben diferentes a los “recién llegados” y también frente a los “México–americanos”, “cholos” y “chicanos”.

-Ellos observan el cambio de los “México-americanos” en términos despectivos (los consideran arrogantes). La mayoría de estos estudiantes son exitosos académicamente.

Estudiantes México–americanos. Estos estudiantes son descendientes de padres mexicanos y se identifican como “americanos de descendencia mexicana”. Están más orientados a la cultura americana.

-La mayoría no habla claramente el español, prefieren hablar en inglés. Fueron descritos por el personal académico como “totalmente asimilados”. Algunos de los estudiantes más activos y exitosos, estaban en este grupo.

-Participan más que cualquier otro grupo de descendencia mexicana, en clubes escolares (especialmente con estudiantes americanos); sólo algunos participan en clubes de estudiantes latinos.

Chicanos. Este segmento se conforma por el segmento más grande de estudiantes descendientes–mexicanos. Muchos se identifican así mismo como “mexicano”.

-Ellos se refieren a manera de burla de los estudiantes de descendencia mexicana que tienen éxito académico, como “alumnos aplicados”; y se refieren a los alumnos más asimilados a la cultura americana “México-americanos” como estudiantes que “quieren ser blancos”.

-Reflejan una posición opuesta a lo que ellos perciben como las normas principales y valores, y actúan en forma que promueven el fracaso (frecuentes ausencias o actitudes disyuntivas en clase, no participan en clase, hacen lo menos posible), tienen una baja autoestima.

Cholos. Este grupo es el más pequeño de todos los grupos descendientes mexicanos, son fácilmente identificables por su deliberada forma de vestir, caminar, hablar y otros símbolos. Ellos son identificados como miembros de bandas.

-Como los chicanos, los cholos también tienen una baja autoestima. Son marginados y no queridos por la comunidad escolar, su desempeño escolar es pobre.

-Los maestros en general perciben a los chicanos y a los cholos como más irresponsables, irrespetuosos, malhumorados, desconfiados, apáticos y menos motivados que sus compañeros de origen étnico. Se explica que su pobre ejecución académica es consecuencia de tales conductas y actitudes.

-En contraparte, los maestros explican que la pobre ejecución académica de otros descendientes mexicanos se debe a su dificultad con el inglés u otras adversidades académicas.

Los estudiantes exitosos fueron emigrantes mexicanos y estudiantes orientados a México, quienes no sintieron contradicción entre mantener una

identidad como mexicanos y en adaptarse al contexto americano, el cual lo veían como un prerrequisito para seguir adelante. En contraste, los estudiantes no exitosos faltos de modelos positivos de adultos, definieron éxito en términos de “trabajar el sistema”, ellos dicen que asisten a la escuela tan sólo para verse con sus amigos, y generalmente no tiene en claro de su futuro cuando sean adultos. Otros se enfocan en endurecer barreras externas a las oportunidades: “Los mexicanos no tienen oportunidad de ir a la universidad y hacer algo por ellos mismos... personas como nosotros nos enfrentamos a muchos prejuicios de personas que no les gustan los mexicanos... algunas personas no importa cuanto se esfuercen, simplemente tienen mala suerte” (www.ucop.edu/).

Erikson (1963), para todos los estudiantes, el orgullo en la familia y la comunidad forma parte de las bases para una identidad estable. Dado que los estudiantes de minorías étnicas son miembros tanto de una cultura mayoritaria como de una subcultura, en ocasiones les es difícil establecer una identidad clara. Los valores, estilos de aprendizaje y patrones de comunicación de la subcultura de los estudiantes pueden ser inconscientes con las expectativas de la escuela y la sociedad más amplia. Si la lengua materna de los estudiantes no es el inglés, el problema puede ser aún más grave, en particular si la escuela da poco valor al idioma y la cultura de los estudiantes.

Los miembros de grupos minoritarios que han logrado una identidad al explorar y adaptar valores tanto de su herencia étnica como de la cultura dominante tienen un sentido más fuerte de autoestima, se sienten más competentes y tienen más relaciones positivas con otras personas (Ibidem).

La primera generación de inmigrantes presenta una actitud más positiva que sus descendientes americanos. Los latinos que son altamente aculturados pueden mostrar grandes niveles de angustia como una consecuencia al tratar de existir en dos culturas con sistemas de valor aparentemente contradictorios (Marrero cit. en Rigol, 1998).

1.5 EL MEXICANO Y SU CULTURA

Durante mi estancia en California, pensaba que el americano siempre estaba en ventaja porque estaba en sus dominios, hasta que empecé a interactuar con personas de otras culturas en desventaja como la nuestra y de diferentes valores, aprendí a cuestionar situaciones y actitudes que hasta el momento no había considerado. En efecto el impacto cultural afectaba a todo extranjero que llegaba a California, lo interesante era observar que a la comunidad mexicana en contraste con otras minorías culturales, sobresalía por sus actitudes y pensamientos negativos, tales como el sentimiento de inferioridad, la identidad confusa, la inseguridad, la discriminación entre nosotros, la pasividad, la resignación, la baja autoestima y la falta de asertividad.

El carácter de los mexicanos es un producto de las circunstancias sociales imperantes en nuestro país. Paz (1994), nos dice que para comprender ciertos rasgos de nuestro carácter, necesitamos conocer la historia. Aunque, a condición de que, seamos capaces de aislarlos y denunciarlos previamente. Nosotros somos los únicos que podemos contestar a las preguntas que nos hacen la realidad y nuestro propio ser.

Henslin (1999), considera que para entender la cultura –en este caso de México- es necesario observar los valores de la gente, sus ideas y su concepto de vida. Cuando descubrimos sus valores, entonces aprendemos bastante acerca de ellos, los valores son las normas morales (costumbres, ideología y las reglas de conducta) por los que la gente se guía para definir bueno o malo, bonito o feo. Los valores marcan nuestras preferencias, guía nuestras alternativas y nos indica que merece la pena en la vida.

La familia es la unidad básica de la sociedad, ella se encarga de transmitir los valores que guiarán al nuevo individuo a formar el patrón de conducta y buenas costumbres esenciales para funcionar en la sociedad a que pertenece.

Aunque Matsumoto, (1994) señala que la cultura no corresponde necesariamente a nacionalidad. Ser mexicano no significa que actuará o reaccionará como el ciudadano común. Existen muchas diferencias en grupos que deben ser considerados más adelante.

No obstante, existen valores en todo individuo que pertenece a una cultura determinada y que nos permiten interactuar con los otros miembros del grupo cultural. A este respecto Bonfil (1997), explica: “La cultura es un fenómeno social: sólo existe por la relación organizada entre los miembros de una sociedad. Cada individuo tiene su cultura, que puede diferir en ciertos aspectos de la cultura común de su sociedad, pero nunca al grado de llegar a ser una cultura diferente, porque entonces deja de existir la posibilidad de interactuar y convivir con los demás”.

México es un país donde el género (elevado poder masculino) y las jerarquías sociales (poder y distancia) son centrales en las relaciones interpersonales. En contraste en USA el individuo constituye la pieza central de la sociedad (elevado individualismo), existe un énfasis en la igualdad y los derechos humanos (Lee, 1999).

Los valores de la familia mexicana incluyen énfasis en la familia extensa, dependencia familiar, cooperación individual y superioridad del hombre. En contraste con los americanos, enfatizan en la familia nuclear, autoindependencia, competición individual e igualdad de roles (Rigol, 1998).

En el dominio social los latinos valoran la cortesía y amabilidad, funcionan mejor en la flexibilidad del tiempo, y dependen más de sus emociones cuando toman decisiones. En contraste los valores inculcados en los EU, impulsan al individuo hacia una constante actividad, tienden a acentuar su actitud franca, comunicación directa, y por lo regular son estrictos en el tiempo (Ibidem).

La familia mexicana enseña al niño a comportarse amable, obediente, respetuoso y servicial, como símbolo del reconocimiento hacia aquellas personas que por su edad, su mérito o autoridad merecen una “actitud de respeto”. Transgredir esta norma implicaría que el niño sea castigado, reprochado como un mal niño, que avergüenza a sus padres, no digno de ser amado, “el buen niño obedece y enorgullece a sus padres”. De acuerdo con este enfoque, los niños deben obedecer a sus padres y deben mostrar respeto para obtener seguridad y amor. Como se esperaría de las premisas de la familia, la sociedad mexicana es construir una estricta estructura jerárquica basada en “respeto” respecto a otros que son más “elevados” en la sociedad jerárquica, especialmente padres y personas de edad avanzada (Peck, cit. en Lee, 1999).

El respeto en los mexicanos, es uno de los valores esenciales de nuestra cultura. La familia mexicana se encarga de enseñar al niño, a dirigirse a sus mayores anteponiendo él “usted” como tratamiento de respeto. Se considera que la edad es la suma de sabiduría adquirida por la vasta experiencia que se vive y por lo tanto provee de los elementos necesarios para enseñar a otros.

Respeto: Sentimiento o actitud deferente (muestra de respeto o de cortesía) o sumisa con que se trata algo o a alguien, en razón de su autoridad, edad, mérito, etc. **2** Sentimiento que lleva a reconocer los derechos, la dignidad, decoro de una persona o cosa y a abstenerse de ofenderlos (Diccionario Larousse, 2001).

El concepto de respeto en el mexicano, se ha transmitido -lamentablemente- en forma errónea. La amabilidad y la cortesía se han confundido con la actitud de sumisión, humillación y negación al derecho de cuestionar; de expresarse. El mexicano ha aprendido a desvalorarse y ser temeroso de la opinión de los demás que le impide actuar según las propias convicciones. Díaz (1970), los mexicanos resisten el estrés pasivamente, de acuerdo a las virtudes inculcadas de obediencia, paciencia, y auto abnegación.

Sumisión: Acción y efecto de someter. **2** Comportamiento amable y servicial.

Sumiso(a): Adj. Obediente, dócil, fácil de dirigir o manejar por otros (Larousse, 2001).

Humildad: Ausencia completa de orgullo. Sumisión voluntaria por conciencia de la propia insuficiencia o por calculo. **Humillarse:** adoptar alguien una actitud de inferioridad frente a otra persona, o perder su dignidad con alguna acción (Ibidem).

Marín (1984), señala que la autonegación es sostenido por hombres y mujeres que creen que es importante satisfacer la necesidad de otros, incluso por encima de ellos mismos. Esta forma de automodificación constituye una forma de reaccionar de los mexicanos frente a los problemas. Avendano (1990), a este respecto considera que el tradicionalismo juega un factor central en la obediencia contra la autoafirmación. De acuerdo con este factor, los niños deben siempre obedecer a sus padres y deben mostrar respeto a cambio de seguridad y amor.

Zayas (cit. en Rigol, 1998), señala que en recientes investigaciones han sugerido diferencias culturales que existen entre latinos y anglosajones en el desarrollo de metas e interacciones dentro de la familia. En el área de socialización las madres latinas usan más el modelar actitudes, signos visuales, y directivos, mientras las madres anglosajonas usan más las preguntas y elogios durante la enseñanza de conductas. Las investigaciones sugieren que en la familia latina (mexicanos y puertorriqueños) las habilidades sociales son vistas igual –o más importantes- que las habilidades cognitivas. Los padres latinos reportaron preferir la obediencia y conformidad de los niños en el salón, mientras que los padres anglosajones enfatizan la expresión verbal y autodirección.

El joven mexicano crece dominado, adiestrado al servilismo. Los padres de provincia –especialmente del sur de México- tienden a educar a sus hijos con énfasis en el habla pausada y en voz baja, es básicamente amable. La postura física (inclinada levemente en forma de reverencia) no se dice, se aprende

imperceptiblemente a través de la observación diaria de las diferentes situaciones en que se representa, que es casi todo el tiempo. El mexicano que es originario del norte de México –en cambio- camina erguido, aparentemente seguro de sí y su hablar es más expresivo y sincero. Aunque su actitud ante el “respeto” es finalmente de humildad y sumisión, las jerarquías imponen –con frecuencia- conformismo, abnegación y represión a la libertad de expresión.

“El mexicano pone un especial cuidado en hablar correctamente. Pero, aquí, se le nota el cuidado que pone, la meticulosidad con que lo pronuncia. Se le nota... la dificultad que tiene que vencer. Y en vencerla, emplea tiempo; y por esto es lenta su expresión, melosa y recalcada” (Moreno, 1992, p.71).

Holtzman (1975), describe que los americanos tienden hacia un estilo cognitivo más complejo y diferenciado, que los mexicanos, que manifiestan una perspectiva más fatalista y pesimista.

Scott (2000), dice que en cualquier estructura bien establecida de dominación, es posible que los grupos subordinados serán instruidos por sus mismos padres en los ritos de homenaje que les evitarán problemas. El subordinado prudente tratará normalmente de conformar su lenguaje y sus gestos a lo que sabe se espera del, incluso si con ello oculta opiniones que, fuera de escena serían muy diferentes. Por su parte, la figura de poder realiza su actuación de dominio y autoridad al mismo tiempo que trata de mirar tras la máscara del subordinado para leer sus verdaderas intenciones. Cuanto más grande sea la desigualdad de poder entre los dominantes y los dominados y cuanto más arbitraria se ejerza el poder, el discurso público de los dominados adquirirá más estereotipada y ritualista.

Aunque las diferentes religiones y creencias espirituales proveen apoyo para los latinos de todas las culturas, con frecuencia ellos no practican la comunicación directa como una forma de confrontar y resolver cuestiones.

Prefieren, las tradicionales formas de enfrentar dificultades psicológicas por medio de oraciones o rituales en conjunto con fe y dependencia en el elevado poder espiritual. Una postura de conformismo y pasividad de espera puede dirigir al latino a una silenciosa resignación o somatización psicológica, familiar y de cuestiones interpersonales (Espin. Cit. en Rigol, 1998).

Los latinos dependen de la religión como un sistema de creencia espiritual, caracterizado por la culpa, excesivo autocastigo y altos niveles de autocrítica. Por otro lado, los americanos hacen resaltar la religión por cuestión de fe y creencia basada en una elección personal. Individualismo y autonomía prescribe un elevado razonamiento, pero menos emocional, la relación con Dios (Díaz, 1993).

Es cierto que algunos mexicanos se refugian en la religión que calma la injusticia callada, a través de la esperanza que “la justicia divina les ofrece”, y sumisos se reconocen como el rebaño abnegado y comprendido por el “poder superior”. No obstante, en la actualidad existen diferentes ideologías y actitudes que cada mexicano adopta ante la religión.

Se aclara que la opinión de algunos autores con respecto a la actitud del mexicano frente a diferentes circunstancias –en este caso, ante la religión-, no corresponde necesariamente a la realidad del mexicano. Así como, no se debe olvidar que la opinión de cada autor surge a partir de su propio marco cultural y experiencia personal.

En la cultura mexicana una de las tradiciones es que la mujer sea obediente y sumisa al hombre –afortunadamente una costumbre que se debilita día a día- y por lo tanto se ha creado una actitud abnegada y servicial al padre, los hermanos y posteriormente al esposo. Dos principios básicos que capturan la esencia de la familia mexicana: poder y supremacía del padre y amor absoluto, y necesario sacrificio de la madre (Ibidem).

El mexicano que vive en la ciudad -a diferencia del anterior- se caracteriza en demostrar una actitud de lucha, rebeldía o pasividad, ante las circunstancias austeras, indulgentes o abundantes que el medio ambiente les propicie. Aquellos que sobreviven en los barrios más agrestes de la sociedad se caracterizan por manifestar una actitud agresiva, defensiva y desconfiada -sobre todo aquellos que son originarios de la ciudad-, a través de su expresión corporal y en su léxico grosero/alburero ante los demás.

Estas personas se crean una idea distorsionada de las limitaciones que tienen para sobresalir, se sobrevaloran al considerarse más fuerte que otros por sobrevivir en círculos viciosos de deterioro material y emocional. Este mexicano es desconfiado porque está siempre temeroso de todo, y vive alerta, presto a la defensiva. Recela de cualquier gesto, de cualquier movimiento, de cualquier palabra; todo lo interpreta como una ofensa a causa de un sentimiento de inferioridad. La vida le ha sido hostil por todos lados y su actitud ante ella es de resentimiento. Es un ser de naturaleza explosiva cuyo trato es peligroso, porque estalla al roce más leve. Es un ser para quien el lenguaje no es un medio de comunicación sino una barrera de elusiones para defenderse y poder escabullirse (Ramos, 1975).

El ciudadano que manifiesta una actitud dócil, pasiva y respetuosa en la sociedad, probablemente sea causa de vivir en un ambiente menos austero o porque muchos de ellos han emigrado de los pueblos... conservan la cultura propia de esos pueblos subordinados que es el eje de la resistencia, dominados en el seno de una sociedad de cultura única, no defienden una cultura diferente sino que luchan por un acceso equitativo a una cultura que es también la cultura de los grupos dominantes. La lucha por encajar en un contexto o la pasividad como una forma de resistencia son también conductas que se originan de la ambivalencia de vivir en un contexto cultural donde no se siente pertenecido del todo (Bonfil. 1997).

La diversidad cultural de las sociedades latinoamericanas obedece, a las incidencias de distintos factores. Como la estratificación social, el contraste entre la ciudad y el campo y, en cierta medida, la diferenciación regional, tienen su origen en la estructura económica de las sociedades nacionales, en su desarrollo desigual y en la injusta distribución de la riqueza y de las oportunidades (Ibidem).

Las clases subalternas no poseen una cultura diferente: participan de la cultura general de la sociedad de la que forma parte, pero lo hacen en un nivel distinto, ya que las sociedades clasistas y estratificadas presentan desniveles culturales correspondientes a posiciones sociales jerarquizadas. Esa cultura es parte de la cultura de la sociedad en su conjunto; pero no es otra cultura, sino una alternativa posible para esa misma sociedad total. La existencia de ciudades establece un contraste global con el mundo campesino y añade una línea divisoria que se refleja en la diversidad cultural de los países latinoamericanos (Ibidem).

En mi opinión, el mexicano burgués –mestizo- por el contrario es educado con una actitud de autoridad y de poder. Desde pequeños aprenden a dirigirse a toda persona de “tu”, no importa si es un adulto, empleado de algún lugar e inclusive de su casa. Este niño, a diferencia del anterior suele hablar con certidumbre. Con el tiempo el niño aprende a dirigirse “de usted” a ciertas personas que implican autoridad –como maestros, empleadores o servidores públicos- conforme los cánones de respeto que nuestra sociedad señala, aunque sin perder su actitud segura y tono certero. Este mexicano no tiene que luchar para alcanzar un estatus o nivel de vida privilegiado en la sociedad, porque ya lo tiene; su lucha es principalmente interna. Busca erróneamente satisfacer un vacío de insatisfacción en el anhelo por copiar actitudes y estilos de otras culturas “que gozan” de prestigio, poder e inteligencia; que su país o cultura de origen “aparentemente” carece y que le avergüenzan. Siempre esta en una constante búsqueda fuera de su contexto cultural y de sí mismo.

El mexicano burgués se siente inferior por el solo hecho de ser mexicano. Tiene la misma susceptibilidad patriótica del hombre del pueblo y los mismos prejuicios que tiene acerca del carácter nacional. La nacionalidad crea también por sí un sentimiento de menor valía, se puede anotar la susceptibilidad de sus sentimientos patrióticos y su expresión inflada de palabras y gritos. La frecuencia de las manifestaciones patrióticas individuales y colectivas es un símbolo de que el mexicano esté inseguro del valor de su nacionalidad. Posee más dotes y recursos intelectuales que el proletario para consumir la obra de simulación que debe ocultarle el sentimiento de inferioridad (Ramos, 1975).

La misma sociedad que genera la desigualdad en la fábrica, la reproduce en la escuela, la vida urbana, la comunicación masiva y el acceso general a la cultura. La cultura popular puede ser entendida como resultado de la apropiación desigual de los bienes económicos y simbólicos por parte de los sectores subalternos. Las culturas populares no son un efecto pasivo o mecánico de la reproducción controlada por los dominadores; también se constituyen retomando sus tradiciones y experiencias propias en el conflicto con quienes ejercen, más que la dominación, la hegemonía (García, 1989).

El sentimiento de inferioridad aparece en hombres y mujeres pertenecientes a todas las razas y nacionalidades. En México, sin embargo, asume las proporciones de una deficiencia colectiva. La formación del carácter individual comienza en la familia y en la escuela, pero sólo en la vida misma logra definirse y fijarse en definitiva. No obstante, hay orientaciones adquiridas en el medio escolar y familiar que perduran como núcleos en torno a los cuales se asentarán los rasgos de la futura personalidad (Ramos, 1975).

La escuela nos introduce en la cultura a través de la enseñanza de la historia (héroes nacionales, símbolos patrios, geografía de los límites del país), de la conmemoración de tradiciones (hechos o situaciones establecidas), de la imposición de ideas (ej. el maestro es el que sabe, no se cuestiona) y de

modelos de conducta de subordinación/respeto ante jerarquías (ej. levantarse cada vez que entra un adulto al salón); especialmente en la educación básica. Cuando el alumno ingresa en el ámbito superior, está ya acostumbrado a recibir información pasivamente. No obstante, el alumno se enfrenta al conflicto de aprender a reflexionar y cuestionar lo establecido, no sólo socialmente sino también –y el más importante- en el ámbito personal.

La escuela es un escenario clave para la representación del patrimonio. Transmite en cursos sistemáticos el saber sobre los bienes que constituyen el acervo natural e histórico. Estos significados no se “inculcan” sólo a través de los contenidos conceptuales de la enseñanza. Existe todo un sistema de rituales en el que se ordena, rememora y afianza periódicamente la “naturalidad” de la demarcación que fija el patrimonio originario y “legítimo”. No se niega la necesidad de ceremonias conmemorativas, de acontecimientos, indispensable en todo grupo para dar densidad y arraigo histórico a su experiencia contemporánea, como tampoco pretende ignorarse el valor de los rituales escolares; pero la excesiva ritualización –con un sólo paradigma, usado dogmáticamente- condiciona a sus practicantes para que se comporten de manera uniforme en contextos idénticos, e incapacita para actuar cuando las preguntas son diferentes y los elementos de la acción o están articulados de otra manera (García, 1999).

La conmemoración tradicionalista se asienta a menudo sobre el desconocimiento del pasado. La educación pretende generalizar los conocimientos, los valores, los hábitos y las formas de conducta que sean comunes a todos los mexicanos (Bonfil, 1997). El desarrollo del hombre en la escuela y la sociedad no ha obedecido a una disciplina consciente y reflexiva; la cultura en México ha tendido siempre al aprendizaje de resultados, de verdades hechas, sin reproducir el proceso viviente que ha conducido a esas verdades. Una de las deficiencias de la escuela mexicana que seguramente ha contribuido

a conservar y aún a agravar el sentimiento de inferioridad, es la desvinculación de los estudios con la vida (Ramos, 1975).

1.6 ORIGEN DEL MÉXICO DE HOY

México, al igual que otras tierras, ha sido escenario de incontables, y a veces violentos choques culturales. Obviamente el más importante de esos contactos es el que tuvo lugar entre el mundo indígena y el europeo, representado por los conquistadores españoles. Lo que en un principio fue violencia y trauma de la Conquista, se convirtió después en proceso de fusión e influencia mutua a través de la Colonia y del México Independiente, hasta llegar a la época actual.

La presencia de dos civilizaciones distintas implica dos formas de concebir el mundo, la naturaleza, la sociedad y el hombre; que postulan diferentes jerarquías de valores, que no tienen las mismas aspiraciones ni entienden de la misma manera lo que significa la realización plena del ser humano; son proyectos que expresan dos sentidos de trascendencia que son únicos y, por lo tanto, diferentes.

Las culturas de Teotihuacan y de Tula en el Altiplano Central, el esplendor clásico de los mayas, de los Zapotecas y mixtecos en el sur, y por fin, pocos siglos antes de la conquista, el desarrollo y poderío de los Aztecas, que asimilaron un legado cultural milenario, constituyen los momentos culminantes del pasado prehispánico de esta parte del nuevo mundo. Antes de la invasión europea, cada uno de los pueblos que ocupaban el territorio que hoy es México tenían una identidad social y cultural (étnica) particular y claramente definida. Ni siquiera durante las últimas décadas de la expansión mexicana existió la concepción de los pueblos sometidos como una categoría humana inferior o diferente (León, 1984).

El comercio tuvo gran importancia en Tenochtitlán, la sociedad tenía distinción de clases. Estaba constituido el estado y se inculcaba a los hombres el espíritu guerrero desde la infancia, tenían una educación muy rígida, y su vida giraba en torno a la religión. Ante los avisos, profecías y signos que anunciaron la caída del imperio Azteca, la llegada de los españoles fue interpretada como el fin de una era cósmica y principio de otra. A la entrada de los españoles - encabezados por Hernán Cortés- los indígenas no opusieron resistencia, aunque una vez que empezaron a ser víctimas de abusos por parte de los invasores, se generaron contiendas que desembocaron en matanzas y finalmente la imposición de la civilización dominante (Paz, 1994).

La mayoría de los pueblos que participaba de la civilización mesoamericana, fueron sometidos a la dominación colonial que era portadora de una cultura afiliada a la civilización europea, occidental y cristiana. Se formó entonces, a partir de la conquista, una sociedad de tipo colonial en la que el sector dominante (los colonizadores), se impuso por la fuerza a los diversos pueblos aborígenes, desde entonces llamados “indios”. El indio era considerado inferior al europeo blanco y cristiano, y esa inferioridad lo destinaba a una posición subordinada dentro de la sociedad, se les consideró racialmente inferiores; sus religiones no eran tales, sino herejías o supersticiones inspiradas por el demonio; sus idiomas eran “dialectos” (algo intermedio entre el lenguaje humano y las formas de comunicación entre los animales); sus costumbres eran bárbaras e incivilizadas, etc. En cambio, todos los rasgos correspondientes del grupo colonizador se consideraban superiores, los únicos verdaderos y admisibles para el conjunto de la especie humana. La explotación colonial se disfrazaba y se intentaba justificar como un generoso empeño por salvar a los colonizados y conducirlos por el único camino cierto: el de Occidente (Bonfil, 1997).

“En 1811 el Consulado de México a las cortes de Cádiz describe así al indio: *perezoso y lánguido, estúpido por constitución, sin talento inventor ni fuerza de pensamiento,*

borracho, carnal, insensible a las verdades religiosas, sin discernimiento sobre los deberes de la sociedad, con desamor para todos los prójimos. La capacidad para disociar al indio de ayer del indio de hoy, es una alquimia mental que perdura hasta nuestros días” (cit. en Bonfil, 1990, p. 147).

La sociedad se integró mediante la fusión de indios, europeos y negros. Los descendientes de europeos se les llamaba criollos, la unión de blancos e indígenas produjo a los mestizos y también estaban los mulatos que fueron traídos de África como esclavos. Los mestizos que lograban distinguirse por su cultura o fortuna seguían la suerte del padre. Los que no tenían esa oportunidad descendían al escalón más bajo de la sociedad en la que estaban ubicados los indígenas y los negros. Sus posibilidades de mejoría eran escasas y sus derechos eran casi nulos.

Aunque los criollos gozaban de mejor preparación cultural, una inteligencia más despierta, un estrecho apego a la tierra, y un sentimiento de nacionalidad como los europeos en la nueva sociedad, los criollos eran vistos como españoles de segunda por haber nacido en la tierra que era considerada por Europa como inferior en su naturaleza y en sus hombres. Los puestos más importantes en la sociedad les eran reservados sólo a los europeos, los criollos desempeñaban cargos de menor responsabilidad. La inconformidad de los criollos alimentaba el surgimiento de una conciencia social diferente a ese grupo, fueron de hecho, mestizos y criollos del bajo clero, curas de indios, los que iniciaron la rebelión y mantuvieron viva la flama de la independencia (Bonfil, 1990).

Los promotores de la independencia deseaban un mejoramiento social y económico que afianzara el progreso material, bajo un régimen político liberal que lo hiciera posible, régimen que ellos se darían y no se les impondría de fuera.

La Reforma, fue la necesidad de hacer establecer un régimen de libertad, basándose sobre una transformación social, sobre la supresión de las clases privilegiadas, sobre la distribución equitativa de la riqueza pública en su mayor parte inmovilizada, sobre la regeneración de trabajo, sobre la creación plena de la conciencia nacional por medio de la educación popular; esta segunda revolución fue determinada por la invasión americana, que demostró la impotencia de las clases privilegiadas para salvar a la patria, y la inconsistencia de un organismo que apenas podía llamarse nación (Ramos, 1975).

Durante la dictadura de Porfirio Díaz, se desarrolló una política de “conciliación”, que hizo prosperar al país y dio grandes facilidades a las compañías extranjeras. Por todo el país se podían ver los beneficios y las obras logradas (como el ferroviario que ampliaba su red), aunque se descuidó la parte social, representada por los obreros y los campesinos, hecho que despertó en Emiliano Zapata y Francisco Villa, entre otros, la lucha por los ideales revolucionarios (León, 1984).

La Revolución mexicana es un hecho que irrumpe en nuestra historia como una verdadera revelación de nuestro ser. La Revolución es el rostro brutal y resplandeciente de la otra cara de México, que se distinguía por mostrar un rostro de cortesía y disimulo ante el desconocimiento de la Reforma y las humillaciones de la Dictadura. La revolución es un estallido de la realidad, fruto de la soledad y la desesperación, es una revuelta y una comunión que busca reconciliarse con su historia y su origen. Por la Revolución el pueblo mexicano se adentra en sí mismo, en su pasado y en su sustancia, para extraer su intimidad (Paz, 1994).

En procesos históricos como el de México la dominación de Occidente no ha propiciado una relación simétrica e inclusiva sino, por el contrario, ha determinado la formulación de proyectos nacionales siempre excluyentes, siempre a partir de la negación del otro diferente; en ese caso el indio, lo

mesoamericano. Los proyectos nacionales que las élites criollas y mestizas pusieron en marcha o trataron de impulsar, fueron todos, sin excepción, planteados al margen y en contra de la civilización mesoamericana. Después, cambiando nombres y acentos en función de las circunstancias y los estilos personales de gobernar, se lanza al país por la pendiente en bajada del “México imaginario”, esto es, por el camino de un proyecto occidental de desarrollo, imitativo, dependiente y empeñado en apegarse a la visión colonizadora (Bonfil, 1997).

Por otro lado (De Alba, 1993), señala que en la América Latina del XIX, los descendientes de los colonizadores, y no de los colonizados, fueron los que vencieron en las batallas por la soberanía política. Como es bien conocido, para la época de las guerras de independencia los hijos de los colonizadores triunfaron, dejando a los que habían sido originalmente colonizados tan colonizados como siempre. Por lo tanto, no se puede decir que hubiera tenido lugar un proceso de descolonización puesto que no hubo “auténticos” excolonizados que pudieran realizar la empresa.

A este respecto (Bejar, 1983), señala que a partir de la Conquista, nunca fue una verdadera integración, los conquistadores no hicieron exterminio de indígenas como se hizo en la América del Norte con los apaches pieles rojas, pero dejaron a los indígenas de aquella época sin ningún elemento de identidad; es como si los hubieran dejado sin cerebro y sin alma. De la Conquista a la independencia, se trató a los colonizados como bestias de carga; de la Independencia pasando por la Reforma hasta la Revolución, como esclavos. Después de ser indígenas que los arrancan de su medio natural, los pasan a ser campesinos explotados y sumidos en la desesperación; los convierten en urbanos marginados; y de ahí en adelante se forman diferentes tipos de mexicanos que comparten actitudes de desesperación y angustia, por un resentimiento y un alma resquebrajada producto del sistema occidental al que hemos sido sometidos.

Existe una distinción particularmente relevante con relación a la aparente inexistencia del proceso de descolonización en América Latina respecto del caso de las antiguas colonias del viejo mundo. Así que, la presencia o ausencia de un proceso de descolonización, se considera, como algo crucial para determinar los modos en los cuales la gente de las antiguas colonias participa hoy en día en el proceso de redefinición de Occidente. No es lo mismo pertenecer a un proceso que ser sometido a un proceso ya dado (De Alba, 1993).

Ramos (1975), señala que al consumarse la independencia, México no quería seguir viviendo dentro de formas anticuadas de existencia. Los mexicanos no carecían de inteligencia ni de capacidad para mejorar su vida, pero su voluntad se había entumecido en la inercia colonial. Sin experiencia de la acción libre, a las primeras dificultades que encuentran se manifiesta en ellos un sentimiento de inferioridad. Entonces la imitación aparece como un mecanismo psicológico de defensa, que, al crear una apariencia de cultura, nos libera de aquel sentimiento deprimente.

Para concluir este primer capítulo diremos que la cultura provee el marco de referencia a través del cual vemos el mundo y obtenemos nuestra percepción de realidad; de esta manera tenemos las bases para tomar decisiones conforme a las ideas aprendidas de correcto o incorrecto. No existe ningún aspecto significativo de nuestro pensamiento, motivación, sentimientos o comportamiento que no se vea afectado por la cultura. Por lo tanto, la cultura –también- delimita el nivel de autoestima de los miembros del grupo, definiendo en gran medida si serán, asertivos o sumisos, cooperativos u hostiles, libres o resignados.

En el siguiente capítulo, se hablará de la autoestima y otros conceptos con los que está estrechamente vinculada.

CAPÍTULO 2

Hasta el momento se ha abordado el aspecto sociocultural del mexicano con el fin de entender un poco más cómo el carácter de éste, ha sido influenciado por la enseñanza de los padres, por la cultura en la que se desarrolla y por nuestras propias experiencias del pasado. Asimismo, la cultura delimita el nivel de autoestima de los miembros que pertenecen al grupo cultural, definiendo en gran medida si serán asertivos o sumisos, cooperativos u hostiles, libres o resignados. Díaz (1970), afirma que socioculturalmente, hay un abuso del concepto de respeto de autoridad y éste ha permitido, una y otra vez, que se pisotee la dignidad y a la propia estima de los individuos mexicanos.

La autoestima y la autonomía personales constituyen, condiciones indispensables para el bienestar humano. En el presente capítulo, se examinará el papel que desempeña la autoestima en nuestra vida.

AUTOESTIMA

Tal vez el “miedo” más paralizante que experimenta el ser humano es el miedo a la verdad, cuando ésta es una realidad que no queremos aceptar. Renunciar a la verdadera identidad es tener “miedo” e “inseguridad” a reconocer el propio potencial y pasar a ser un esclavo de las contingencias de la vida. Muchas veces, conocemos nuestra capacidad, pero no la ejercitamos, por miedo a la responsabilidad que acompaña a los éxitos. O por temor al “fracaso”, que sería la verdad acerca de nuestras posibilidades.

Miedo: Perturbación angustiosa del ánimo ante un peligro real o imaginario, presente o futuro. 2 Temor o recelo de que suceda algo contrario a lo que se desea (Larousse, 2001).

Inseguridad: No ofrece confianza, desconfiado. Que no tiene conciencia de su valor, falta de fe en sí mismo. Incertidumbre, duda (Ibidem).

Fracasar: No conseguir el resultado pretendido, frustrarse un proyecto (Ibidem).

Se dice, que el miedo es como una defensa natural ante todo lo desconocido. Esa conciencia del peligro es sana, pues, nos permite prever cosas o situaciones que nos pueden lastimar o incluso privar de la vida. El problema es cuando los miedos avanzan como un velo sutil que envuelven las fuerzas, que consume la vitalidad y magnifica el objeto temido mientras vuelve minúsculo el propio valor (Melnechuck, 2002).

Había noches que me angustiaba la idea de ir a trabajar al restaurante y no saber que hacer si me hablaban en inglés. Tenía miedo a no tener la capacidad para mantener mi trabajo.

“La peor desgracia que le puede suceder a un hombre es pensar mal de sí mismo” escribió Goethe. Cada individuo tiene la necesidad de confiar y respetar su sí mismo, pero muchas veces esto representa un reto, porque quien busca la verdad revela coraje. Cuando hay convergencia de pensamientos y acción, desaparecerán los fantasmas que nos oprimen y se aceptará el desafío de establecer esas verdades que van cambiando a medida que cambian las circunstancias (Rodríguez, 1985).

Cuando estamos en alguna situación que nos causa un sentimiento de inseguridad o inferioridad, rara vez decimos: mi autoestima es pobre por eso tengo miedo o me siento inseguro, o viceversa, tengo una autoestima saludable por eso tengo confianza en mí mismo. El miedo –por ejemplo- es una palabra que nos resulta familiar, que se conecta con nuestras emociones, y es la primera que viene a nuestra mente cuando nos sentimos inseguros o amenazados. Rara vez lo cuestionamos, porque se esconde en el vocabulario cotidiano. Por otro lado, hablar de la autoestima genera en el individuo interés,

porque es una palabra que muchos no conocen y otros la usan sin saber su definición correcta. Entender que cada pensamiento, actitud, sentimiento y emoción que vivimos, son parte de nuestra autoestima, genera conocimiento y decisión en el individuo a reflexionar su vida. Aunque puede ser una experiencia muy dolorosa, también puede ser la oportunidad de tener un encuentro con su sí mismo.

Actualmente existen personas de distintos estratos sociales que sufren de diferentes alteraciones que se manifiestan en forma de agresividad intrafamiliar, depresión, angustia por las presiones sociales, miedo al éxito o al fracaso de sus actividades diarias, bajo rendimiento escolar, adicciones, alteraciones en sus hábitos alimenticios, y otras. Por medio de los estudios que se han hecho durante los últimos años en la psicología, se sabe que estos indicios son resultado de una baja autoestima (Castanyer, 1997).

Branden (1994), señala que respetar el sí mismo es un reto, porque significa que el individuo tenga voluntad de pensar, de comprender, de permanecer leal a su entendimiento, a luchar, a resistir, a perseverar y a conservar una actitud abierta hacia la vida, algunas veces frente al temor, la desesperación, la confusión y la soledad.

Antes de profundizar en la importancia de la autoestima en nuestras vidas, es preciso definir el concepto; aunque la mayoría de nosotros no seamos conscientes de su importancia, *es una necesidad que compartimos todos.*

3.1 DEFINICION

Desde hace varias décadas, ha surgido un especial interés en el estudio tanto del autoconcepto como de la autoestima, debido a la importancia que tienen sus estructuras para el óptimo desenvolvimiento de los individuos. La buena salud mental es muy importante. Una persona realmente sana es la que ha logrado un buen equilibrio entre la salud física y la mental. Estar sanos psicológicamente, es una necesidad que tiene todo ser humano, aunque no todos sean conscientes de ello.

De acuerdo a Branden (1995), **la autoestima** es la confianza en nuestro derecho a triunfar y a ser felices; es el sentimiento de ser respetables, de ser dignos, y de tener derecho a afirmar nuestras necesidades y carencias, a alcanzar nuestros principios morales y a gozar del fruto de nuestros esfuerzos.

Si una persona se conoce y está consciente de sus cambios crea su propia escala de valores y desarrolla sus capacidades; y si se acepta y respeta tendrá autoestima. Por el contrario si una persona no se conoce, el concepto de sí misma es pobre, no se acepta ni respeta, entonces no tendrá autoestima (Rodríguez, 1985).

La autoestima, señala Oñate (1989), es la satisfacción personal del individuo consigo mismo, la eficacia de su propio funcionamiento y una evaluativa actitud de aprobación que él siente hacía sí mismo. Tales actitudes evaluativas parecerían indicar el alcance al que el individuo cree ser capaz, ser significativo y “digno”.

Digno: Que merece algo, en sentido favorable o adverso. 2 Correspondiente, proporcionado al mérito y condición de una persona o cosa. 3 Que tiene gravedad, que inspira respeto. 4 Decente, no humillante (Larousse, 2001).

Para llegar a ser lo que realmente deseamos ser, es preciso cultivar la confianza en sí mismo mediante el uso del poder mental. En otras palabras, uno puede crearse su propio futuro a través de la mente. Si alguien se siente inferior a los demás, piensa de manera negativa y se considera un persona común, eso es lo que llega a ser. Por el contrario, si piensa que es una persona de éxito y actúa con confianza, segura de sí misma, eso será.

3.2 AUTOCONCEPTO

No existe ningún aspecto significativo de nuestro pensamiento, motivación, sentimientos o comportamiento que no se vea afectado por la autoevaluación. Somos humanos no sólo conscientes, sino inconscientes de nosotros mismos. Los psicólogos sociales aluden a las percepciones del yo distinguiendo dos aspectos: por un lado, el autoconcepto o la idea de sí mismo, que incluye una identificación de las características del individuo, así como a la evaluación de las mismas; y por otro lado, la autoestima que se refiere a los sentimientos de estima de sí mismo que hace más hincapié en el aspecto de la evaluación de las características (Oñate, 1989).

El autoconcepto es una serie de creencias que se tienen acerca de sí mismo, que se manifiestan en la conducta. Cada persona se forma, a lo largo de su vida, una serie de ideas o imágenes que la llevan a creer que así es (Rodríguez, 1985).

El manejo del autoconcepto y su variación influyen poderosamente en el cambio de conducta de una persona. Si una madre le dice a su pequeño que es tonto con relativa frecuencia, entonces el niño lo creerá y así actuará. Lamentablemente a estos niños, les resulta muy difícil modificar su pensamiento negativo cuando son adultos. El autoconcepto origina conductas acorde con las características de éste y a su vez tales conductas lo reafirman (Ibidem).

Alcántara (1996), señala que el autoconcepto es la idea organizada interna que se tiene de las características propias. Estas incluyen rasgos físicos, el sexo, las tendencias conductuales, las disposiciones emocionales, las habilidades, los intereses y los objetivos de las personas.

El autoconcepto tiene el poder de limitar la capacidad del individuo, y lo mismo sucede en forma contraria. Varios psicólogos sostienen que: “somos motivados por lo que queremos ser”. De acuerdo a esta opinión existen dos tipos de autoconcepto:

1. Él yo percibido o real, que representa la imagen que se tiene acerca de las características reales.
2. Él yo ideal, es la imagen de lo que desearía ser.

Esta diferencia, es precisamente la que provee al individuo a estimular su decisión de cambiar el rumbo de su existencia (Ibidem).

Quizá de todas las razones existentes en el interés por el estudio del comportamiento humano, ninguna sea tan importante como el deseo de los individuos de saber más acerca de “sí mismos”.

3.3 DESARROLLO DE LA AUTOESTIMA

El ser humano desde pequeño necesita iniciar la sensación de que vale. La necesidad de sentirse querido y aceptado ya está presente desde el momento en que nace. Con frecuencia, necesita que su hacer le satisfaga por estar bien hecho. Pero, si aún durante la infancia no hay manera lógica de construir una autoestima adecuada sobre bases reales, ¿qué oportunidad ha tenido el mexicano para que desarrolle su autoestima?; ya que las necesidades

más intensas de tipo fisiológico, como el hambre, sea del individuo o de su familia, han estado activas con frecuencia (Díaz, 1970).

En el restaurante los compañeros hispanos se preocupaban por ahorrar lo más que podían para enviar a sus familias en México. La mayoría trabajaba horas extras o tenían dos trabajos, a veces no descansaban ni un sólo día de la semana.

Sj1. “Lo que más me sorprendió cuando llegué donde papá vivía, es que no había muebles, todos dormían en el suelo. Durante el tiempo que estuve viviendo allá, me dedique a pasear, divertirme y a tomar con los cuates. Pensé en ir a la escuela, pero finalmente preferí divertirme; todo era novedoso”.

Sj2. “No me gustaba la idea de vivir en los EU, la gente que vive allá todo el tiempo está preocupada por ahorrar dinero. A pesar de que muchos de ellos ya tienen años de haberse establecido, todo el tiempo están estresados; no viven”.

Sj3. Gran parte de la comunidad mexicana que vive en los EU, continúa atrapada en las necesidades básicas, pese al nivel elevado que obstate aquel país. No se permiten el tiempo de escuchar y reflexionar la desesperación cotidiana de la que son cautivos.

Los padres se encargan de modelar y enseñar al niño –de manera inconsciente- a desarrollar una autoestima saludable (integral y balanceada) o en su defecto una autoestima negativa (autodestructiva). La familia mexicana se caracteriza por ser amorosa y protectora con sus integrantes, no obstante, también se caracteriza por practicar una serie de conductas y comentarios denigrantes, que no son modeladas o dichas con el objetivo de causar conflicto en el desarrollo emocional del niño. Todo lo contrario la familia mexicana se preocupa por educar e inculcar respeto y humildad en sus miembros, de acuerdo con las reglas establecidas de la sociedad a que pertenecen.

Erikson (en Rodríguez, 1985), habla de ocho etapas por las que el hombre pasa en el proceso de su vida. Para el paso de una etapa a otra se vive

una crisis, que suele ir acompañada por depresión y ansiedad, ya que es dejar algo seguro, conocido, por algo incierto y desconocido.

La etapa de “confianza básica” contra “desconfianza”, es en donde queda conformada la *autoestima*. En esta etapa, es muy importante la calidad de su desarrollo, pues de esto dependerá si el individuo tendrá confianza y aceptación en sí mismo, y hacia los demás. La satisfacción de obtener logros le dará la seguridad necesaria para “arriesgarse”, a dar el siguiente paso. El ser humano tiene necesidad de sentirse amado y acariciado, aún cuando sus necesidades básicas estén cubiertas. Si no hay contacto con su piel y se les toma en brazos ni se les habla, no sobreviven.

En la segunda etapa comienza a darse cuenta de que puede dar, empieza a tener autocontrol y fuerza de voluntad. Debe recordarse que hay que alentar lo positivo de cada etapa para que la autoestima se vaya enriqueciendo y afirmando. El ejemplo de los padres es muy importante, pues es más fácil desarrollarse en un ambiente de flexibilidad que en uno de rigidez. De los 4 a los 6 años, ya dirige su voluntad a un propósito; se le llama a esta etapa lúdica o de juego. Construye y destruye, compone y descompone; todo esto le va dando curiosidad, y su curiosidad sexual y fantasías no deben ser coartadas, sino encauzadas.

De los 12 a los 18 años, empezando con la pubertad, se llega a la adolescencia. Es la crisis donde todas las etapas anteriores se cuestionan; se llama de “identidad”. La persona se vuelve egoísta, solitaria, de carácter cambiante. En esta etapa puede recuperar, fortalecer y aclarar su autoestima. La confianza, la comprensión, el respeto y la ayuda le facilitará superar esta difícil etapa. En la sexta etapa, “intimidad contra desaliento”, comienza ya a realizarse compartiendo, aprecia la intimidad, la amistad profunda e integra el sexo al amor. La persona ya es madura y busca trascender. Si no se consolidaron las etapas anteriores le provocará aislamiento y estados de neurosis.

En la etapa de “generatividad contra estancamiento”, las personas son productivas, creativas, consolidan y cuidan a su familia, amigos y trabajo. En el caso contrario las personas se encuentran estancadas, no aman, no son creativas ni productivas. Viven en el egoísmo, no se han encontrado a sí mismas (etapas anteriores no superadas). La última etapa, “integridad contra desesperación”, es la integración de todas las etapas. El individuo al estar satisfecho y feliz de una vida plenamente vivida, las trascendencia y los valores de amor, bondad, paciencia, etc., y todo lo que significa sabiduría se empieza a vivir más consciente y plenamente.

Como se ha mencionado anteriormente, la autoestima del individuo se forma a través de la influencia de los patrones culturales, los comentarios, las críticas, las aprobaciones o desaprobaciones que le hace la gente que tiene contacto con ella, y que van a llevar también a un conocimiento de sí mismo.

3.4 AUTOESTIMA FUNCIONAL Y DISFUNCIONAL

Tener una autoestima funcional, no significa un estado de éxito total y constante. La persona con una autoestima saludable vive, comparte e invita a la integridad, honestidad, responsabilidad, confía en su propia competencia, cree en sus propias decisiones, ama y comprende. Pero también puede reconocer sus limitaciones y debilidades, y, aún así, sentirse orgulloso de sus habilidades y confiar en la capacidad de tomar decisiones (Rodríguez, 1985).

SJ1. “Sabía que tenía oportunidad de salir adelante si tan sólo me lo proponía, nadie era más que yo, todos teníamos oportunidad de progresar”.

No hay ser humano que esté exento de experimentar momentos difíciles, el individuo que posee una autoestima funcional es aquella que comprende que las oportunidades surgen de la adversidad. Esta persona sabe ver la ocasión u oportunidad presente en una crisis. Tal vez tenga éxito, tal vez no, pero por lo

menos, la situación no le atemoriza. El crecimiento de cada persona depende de su propio esfuerzo.

Tener conciencia de nuestra autoestima, nos permite ser responsables de introducir cambios favorables a nuestra vida. Si confío en mi mente y en mi criterio, es más probable que me conduzca como un ser reflexivo. Si ejercito mi capacidad de pensar y soy consciente de las actividades que emprendo, mi vida irá mejor. Esto acrecienta la confianza en mi mente. Sentirse competente para vivir significa tener confianza en el funcionamiento de nuestra propia mente (Branden, 1994).

Sj2. “Cuado observaba a las secretarias de la fábrica, donde trabajaba (yo envolvía paquetes), me daba ganas de decirles que yo les podía ayudar, que tenía el conocimiento para hacerlo. No me gustaba ver mis estudios desperdiciados. Después de un buen tiempo decidí regresar a México, y trabajar en lo que había estudiado”.

Por otro lado, las personas que poseen una autoestima disfuncional piensan que no son valiosas, se menosprecian, permiten que se les falte al respeto, viven engañadas con respecto a su capacidad y habilidades, y esperan ser engañadas. Suelen ocultarse tras una máscara de desconfianza y se condenan a la soledad y el aislamiento. El temor es un compañero natural de esta desconfianza y aislamiento. El temor limita, ciega y evita que el hombre se arriesgue en la búsqueda de nuevas soluciones para los problemas, dando lugar a un comportamiento aún más destructivo (Rodríguez, 1985). El temor es simplemente falta de confianza en nosotros mismos, y por eso no confiamos en la vida.

SJ2. “No te puedo decir porque me fui a los EU, es demasiado personal (la mirada es baja y evasiva). Bueno lo que sí te puedo decir es que en ese entonces hubo cambios en mi trabajo que no me favorecían, así que aproche y me fui con la idea de establecerme, no deseaba regresar”.

Las personas con una autoestima disfuncional no se arriesgan, se limitan a la seguridad de lo conocido y a la falta de exigencia, y esto contribuye a que el individuo espere menos de sí mismo y se pierda en la necesidad de vivir en una forma rutinaria e inconsciente. El vivir estancado limita nuestra comunicación, de manera que resulta opaca, evasiva e inapropiada a causa de la incertidumbre de nuestros pensamientos y sentimientos personales y/o a la ansiedad acerca de la actitud del que nos escucha (Branden, 1995).

Si desconfío de mi mente, lo más probable es que adopte una actitud pasiva, que sea menos consciente de lo que necesito ser en mis actividades, y menos persistente ante las dificultades (Ibidem).

Muchos de nosotros comprendemos ahora que provenimos de hogares en que no todo funciona bien. Llevamos con nosotros una multitud de sentimientos negativos acerca de quienes somos y de nuestra relación con la vida. Todos los sucesos que se hayan experimentado durante la vida hasta este momento, han sido creados por nuestros pensamientos y creencias del pasado.

3.4 ASERTIVIDAD

Existen una serie de suposiciones tradicionales que a primera vista parecen “normales”, pero que, recibidas de forma autoritaria e insistente, pueden hacer mucho daño a la persona, haciéndola sentirse inferior a los demás y sin capacidad para cambiar. En el fondo, sentimos que no se nos considera como nos gustaría, o que no somos capaces de mostrarnos tal y como somos y, por consiguiente, *no nos sentimos respetados* (Castanyer, 1996).

Para hacerse respetar hacen falta varios de los elementos descritos anteriormente: hace falta sentirse seguro de sí mismo, y, a la vez, ser capaz de autoafirmarse, de responder correctamente a los demás; de ser asertivo.

Ser asertivo significa tener el valor de usar la percepción y comunicación, ya que lo que cuenta más en un mensaje no es el “qué” sino el “cómo” se dice. La **asertividad** es la capacidad de autoafirmar los propios derechos, sin dejarse manipular y sin manipular a los demás (Ibidem).

El ser asertivo se caracteriza por pedir lo que se necesita, decir lo que gusta o no, lo que se siente cuando es necesario. Tener siempre presente él: ¿para qué?, ¿para que lo digo?; para informar, darme a conocer, etc., o para humillar, lastimar o reclamar, si este “para que” no responde a algo, es mejor guardar silencio (Rodríguez, 1985).

El manejo de la asertividad en la persona es mediante una autoestima saludable, el autoperdón, y el uso de la razón. Ser asertivo es ser consciente de sí mismo, de la realidad de sus sentimientos y conducta (Ibidem).

Sj2. “Estuve saliendo con un chico puertorriqueño, él me propuso matrimonio pero yo no estaba segura si de verdad lo quería, o si tenía miedo a la soledad. Extrañaba mucho a mi familia y no me agradaba la idea de formar una familia allá, así que hable con mi novio y le dije que necesitaba regresar a México y aclarar mis pensamientos”.

La **no asertividad** se maneja por medio de una autoestima disfuncional, consiste en una forma de expresión débil de los propios sentimientos, creencias u opiniones que al no responder a los requerimientos de la situación interpersonal que se enfrenta permite que se violen los derechos de la persona, con autodevaluación, tristeza, depresión, con sentimientos de culpa y remordimientos que llevan a explicaciones y disculpas, provocando enfermedades y autodestrucción (Aguilar, 1987).

Una de las causas más comunes de la inhibición de nuestra conducta espontánea es el temor o la inseguridad, principalmente provocado por la idea de querer ser aprobado por todas las personas, ante todo por aquellas personas que significan mucho para nosotros.

“Me encerraba a llorar en un rincón de mi cuarto, no quería que papá se diera cuenta de mi debilidad”.

Los sentimientos de poca valía personal son producto de pensamientos distorsionados, ya que la autoestima se apoya en atributos, estatus o cualidades que al no tenerse en la cantidad requerida que se desea, “hacen disminuir” nuestro valor (Ibidem).

Las personas poco asertivas son las personas consideradas tímidas, prestas a sentirse pisadas y no respetadas, pero también lo son los que se sitúan en el polo opuesto: la persona agresiva, que pisa a los demás y no tiene en cuenta las necesidades del otro (Ibidem).

La persona callada y no-asertiva en su comportamiento externo, pero con grandes dosis de resentimiento en sus pensamientos y creencias. Al no dominar una forma asertiva o agresiva para expresar estos pensamientos, las personas pasivo-agresivas utilizan métodos sutiles e indirectos: ironías, sarcasmos, indirectas, etc. Esto se debe a una falta de habilidad para afrontar las situaciones de otra forma (Castanyer, 1996).

Cuando los padres niegan la oportunidad de que sus hijos vivan experiencias que les permitan, aunque, a veces, sean arriesgadas, los privan de la confianza en sí mismos, de la oportunidad de descubrir su propia identidad, de autorrealizarse y vivir plenamente.

3.5 AUTORREALIZACIÓN

La parte emotiva es la que lleva al hombre a conocerse; es a través de estados de ánimo, sentimientos y emociones, como se da cuenta que existe. Conforme pasan los años, el cerebro graba las experiencias positivas y negativas. Al ser este proceso inconsciente, el individuo reacciona ante

determinada circunstancia, dejándose llevar por emociones y sentimientos (Rodríguez, 1985).

El individuo motivado por la deficiencia teme más al medio, ya que siempre existe la posibilidad de que éste pueda fallarle o defraudarle. Es muy sensible a la aprobación o crítica, afecto y buena voluntad de los demás.

El individuo que sé **autorrealiza** en sus necesidades básicas es menos dependiente, más autónomo y autodirigido; está dispuesto a dar y tiene especial preferencia por la intimidad y reflexión. Las determinantes que dirigen a estas personas son esencialmente internas, antes que sociales o ambientales, es decir, su propia naturaleza interior, sus potencialidades y capacidades, impulsos creativos, necesidad de autoconocerse, son más conscientes de lo que realmente son y desean (Ibidem).

Maslow (1990), señala que las personas autorrealizantes están sin excepción, involucradas en una causa exterior a su propio cuerpo, en algo externo a sí mismos. Están dedicadas a trabajar en algo, que de alguna manera, les fue señalado por el destino, en algo que aman y a lo que dedican esfuerzo. A continuación se describirá algunas de las características de la persona autorrealizante:

Primera. Autorrealización significa experimentar plena, vívida y personalmente, una total concentración y abstracción. Significa experimentar un abandono de autocontrol y autoconciencia.

Segunda. La autorrealización es un proceso progresivo; significa hacer cada una de las elecciones entre mentir o ser honesto, robar o no robar en un momento dado, y significa hacerla como una elección hacía el desarrollo.

Tercera. Existe un yo, y lo que en ocasiones he llamado “escuchar las voces de impulso” significa permitir la salida de ese yo. La mayoría de nosotros,

casi todo el tiempo no nos escuchamos a nosotros mismos sino más bien escuchamos la voz introyectada de mamá o papá o la voz de lo establecido por los mayores, de la autoridad o de la tradición.

Cuarta. Ante la duda, ser honesto, en lugar de no serlo. Con frecuencia, cuando estamos ante la duda no somos sinceros. Es una cuestión de responsabilidad, cada vez que uno asume responsabilidades hay una realización del yo.

Quinta. Uno no puede elegir sabiamente su propia vida a menos que se atreva a escucharse a sí mismo, a su propio yo, en cada momento de su vida, y a decir con toda calma “no, no me gusta esto ni aquello”. El hacer una declaración sincera implica atreverse a ser diferente, impopular, inconforme. La persona que haga cada una de estas pequeñas cosas cada vez que le llegue el momento de tomar una decisión, descubrirá que éstas aumentan su capacidad de elegir lo que es bueno para ellas.

Sexta. La autorrealización no sólo es un estado final, sino también un proceso de realización de las propias potencialidades en cualquier momento y en cualquier grado. Significa tratar de hacer bien lo que uno quiere hacer.

Séptima. Las experiencias cumbre son momentos pasajeros de autorrealización. Son momentos de éxtasis que no pueden comprarse, no pueden garantizarse e incluso no pueden buscarse. No obstante uno puede preparar las condiciones necesarias para que estas experiencias sean probables o puede, deliberadamente facilitar la situación para que no sé de.

Desbaratar una ilusión, deshacerse de una idea falsa, averiguar cuáles no son nuestras potencialidades; todo esto forma parte del descubrimiento de lo que uno realmente no es.

Octava. Descubrir quién es uno, que es, que le gusta, qué le disgusta, qué es bueno y malo para uno, hacía dónde se dirige y cuál es su misión, significa identificar las defensas, y una vez que éstas han sido identificadas, significa encontrar el valor para vencerlas. Esto es doloroso debido a que las defensas se edifican contra algo desagradable. Aunque vale la pena.

Todo ser humano, cualquiera que sea el sistema de costumbres y de valores en que haya crecido, está obligado a actuar para satisfacer y cumplir las necesidades básicas. No siempre y automáticamente nos sentimos competentes para enfrentarnos a este desafío. Además, todos los seres humanos necesitan una experiencia de competencia si han de llegar a tener un sentido fundamental de seguridad y de capacitación. Sin él no pueden responder apropiadamente (Branden, 1995).

Quien quiere conocer la felicidad verdadera debe, primero, mirar cara a cara sus miedos y extirparlos de raíz. Ya que uno mismo nutre sus propios temores, también es uno quien puede extinguirlos para siempre.

CAPÍTULO 3

En el presente capítulo se hará una narración de las experiencias y observaciones adquiridas por el autor, durante su estancia en el estado de California en los EU (de octubre de 1994 a febrero del 2001). Cabe destacar que la estancia del investigador en el extranjero se debió básicamente a una decisión de índole personal y que durante ese tiempo se mantuvo formalmente desconectado del estudio de la psicología. En otras palabras, la información que se evaluará en este proyecto fue obtenida de manera natural, sin ninguna estructura o método prediseñado. Esto no invalida su trabajo, más al contrario le permite una mayor libertad de acción que le permitirá ser utilizada con propósitos indagatorios y más adelante este podrá clarificarlo.

VIVENCIAS

Cuando cursaba el último año de la carrera (1994) sabía que se acercaba el final de lo que fue durante mucho tiempo un sueño anhelado; lamentablemente éste se vio empañado por una serie de eventos que originaron la destrucción de esos sueños para dar paso a una etapa de apatía y ausencia.

Papá tenía años de estar viviendo en Estados Unidos, el siempre deseo llevarse algún día a la familia. A principios de ese año mi hermana menor decidió irse con él, dejando en mi madre una profunda depresión, mi hermano se aisló aún más, y en mí sembró un sentimiento de desintegración familiar. Mi hermana era como una vía de comunicación en la familia, cuando ella se fue

nos quedamos sin esa alternativa. Para mí había sido muy difícil superar la ausencia de papá, y con la decisión de mi hermana el dolor inconsciente desencadenó una crisis familiar.

Para el último semestre de la carrera, la actitud del grupo se tornó conflictiva y rebelde -después de semestres de aparente armonía entre nosotros- hasta el punto de agredirnos verbalmente cada vez que discutíamos los planes de graduación; por cierto que no logramos ponernos de acuerdo y finalmente se acordó que sólo habría una misa. A pesar de que nos habíamos alejado, decidí ir a la ceremonia con mamá pero ella decidió no ir en el último momento. Recuerdo que ante el cambio de planes sentí desolación, indiferencia y rencor por creer que mamá no se sentía lo suficientemente orgullosa de ver a su primer hija graduarse de la universidad.... , así que nos quedamos en casa sin hablar. A partir de ese día no volví a pisar Iztacala.

Papá quería que viajara lo más pronto posible a USA, de otra manera ya no contaría con su apoyo económico. En aquel entonces no me sentí con ánimo de seguir el proceso de titulación, ni tampoco de salir adelante por mi misma; así que me fui sin despedirme de nadie. Papá vivía en California, estado que se caracteriza por albergar la minoría de hispanos más grande en toda la Unión Americana, integrada principalmente por mexicanos y centro americanos -aunque también existen otras minorías como chinos, vietnamitas, hindúes, árabes e iraníes entre otras -, por lo que no es raro ver hispanos trabajar en todos lados (en restaurantes, jardines, fábricas, gasolineras, lavando coches, limpiando centros comerciales, y ofreciendo su mano de obra en lugares estratégicos de algunas avenidas; otros pocos inmigrantes son dueños de pequeños negocios de comida, y solamente algunos son empleados en alguna oficina de gobierno). Me atrevería a decir que el 70% de esta población está conformada por gente que proviene de provincia con sólo escasa educación primaria, y el 30% restante proviene de la ciudad con educación media superior.

Rumbo al aeropuerto observaba las calles que habían sido parte de mi pequeño mundo durante 21 años. Al pasar por un pequeño parque observé a algunos niños que jugaban en los juegos mecánicos con un sentimiento de melancolía, por un instante me pareció experimentar la misma sensación de monotonía que con frecuencia sentía en mi infancia.

Desde pequeña solía asomarme por la gran ventana de la casa, mirar a lo lejos e imaginar otros mundos –más emocionantes que en el que vivía- que se encontraban más allá de los cerros que me rodeaban. Con frecuencia mi vecindario me parecía bonito pero muy pequeño, quizá todo era producto de ver demasiada televisión o de la necesidad de escapar de la monotonía del hogar.

Durante el trayecto a la ciudad de Tijuana donde me reuniría con papá, recordaba con frecuencia las palabras de Esteban -profesor de la carrera- dichas unos meses antes de graduarnos: “disfruten lo que les resta de la

carrera, porque una vez que se gradúen se enfrentaran a la vida real. El último semestre se caracteriza por ser el de crisis estudiantil, muchos alumnos sienten miedo de abandonar la escuela que ha sido como su segundo hogar, sobretodo para aquellos que no han salido del contexto escolar. Mientras algunos estudiantes se resisten a abandonarla, otros se van con deseo de nunca volver, pero finalmente todos regresan tarde o temprano”. Mi mente era un mar de confusiones entre recuerdos, desilusión, tristeza y la incertidumbre de mi futuro.

Una vez en la ciudad de Tijuana papá y yo nos dirigimos a la línea fronteriza, donde tendríamos que esperar –con suerte- una hora antes de cruzar. Se podía observar infinidad de vehículos formando líneas de espera que parecían no tener fin, creo que la espera hubiera sido menos interesante si no fuera por los comerciantes que aprovechan en vender artesanías o quizá a los oficiales americanos que revisan los autos con sus perros amaestrados para detectar droga. A pesar de lo interesante del panorama la experiencia de estar ahí no era tan excitante como la primera vez que crucé la frontera:

Papá nos había invitado a mi hermano y a mí a pasar las vacaciones de verano –cuando cursábamos el CCH- con él en el famoso país del norte, los USA. Al tratar de pasar la línea fronteriza de Tijuana, migración nos detuvo alegando que nuestros papeles no estaban en regla por lo que el pase nos fue negado. Papá nos propuso pasar como indocumentados, francamente la idea no había sido de mí agrado, pero finalmente accedimos.

El “coyote” –persona que se dedica a pasar indocumentados- se encargó de tratarnos como mercancía de contrabando (entraríamos ilegalmente y se pagaría una buena cantidad por nosotros). Era cerca de la media noche cuando el “coyote” nos indicó seguirlo, instintivamente mi hermano y yo nos tomamos de la mano -olvidando por un momento nuestras diferencias- y apreté la dentadura pues me era difícil controlar el ruido que causaba el temblor de mis dientes a causa de los nervios que imponía la noche. En unos minutos llegamos a la orilla de un canal donde observé que había cientos de indocumentados incluyendo niños y ancianos que también tratarían de pasar esa noche. Otra cosa que llamó mi atención fue la cantidad de puestos de comida que

se ubicaban a lo largo del canal; mientras yo moría de nervios por la aventura, algunas personas mataban el tiempo comiendo algún antojito, otros se dedicaban a platicar sus aventuras o simplemente a observar los helicópteros americanos que vigilaban los cerros; sólo algunos aventurados se atrevían a retar a las camionetas de migración que se encontraban ubicadas a lo largo del canal. Algunas veces los helicópteros se acercaban y nos observaban con sus reflectores en forma amenazadora, más de una vez me sentí como una delincuente; sobretodo cuando me escondía entre matorrales tratando de no ser descubierta. En esos momentos de alta tensión también había tiempo de reír un poco, algunas veces cuando intentábamos cruzar también nos acompañaban los vendedores de café ambulante, a pesar de la angustia de ser perseguidos por la migra era gracioso verlos correr a la par y seguir ofreciendo café.

Entrada la madrugada la puerta se abrió en un momento que la migra se alejó lo suficiente como para arriesgarnos a cruzar. Corrimos en fila un grupo aproximado de diez personas, teníamos que cruzar el canal que era bastante extenso y subir una pendiente que difícilmente pude subir; una vez en la cima teníamos que cruzar todavía un enorme campo –como de fútbol-, para entonces mis piernas ya no respondían. Aunque el coyote con insultos trataba de obligarme a seguir corriendo, yo sólo deseaba caer; entonces “el coyote” gritó... la migra ya viene detrás de nosotros, fue entonces cuando hice un último esfuerzo. Una vez pasado el peligro “el coyote” se adelantó para cobrar a papá la cantidad acordada, finalmente pudimos despedirnos de aquel lugar. Para mí esa noche había sido digna de un record olímpico, en mi vida había corrido tanto y sin parar.

Sumergida en los recuerdos llegamos finalmente a la caseta de revisión donde un amable americano nos pidió nuestros papeles, al corroborar su autenticidad los devolvió con una sonrisa y nos deseo un feliz viaje (sin duda eran otras circunstancias).

Al cruzar la línea se observa claramente la diferencia de un país a otro, la autopista que se presentaba ante nosotros era bastante amplia, daba la impresión de ser nueva. Cada salida del “freeway” contaba con grandes letreros verdes que combinaba con lo verde de los jardines que sobresalen a la orilla de todas las avenidas. No recuerdo haber visto un sólo coche contaminando el ambiente, todos los vehículos daban la impresión de ser nuevos.

Durante las dos horas que duró el trayecto, no pude ignorar un constante dolor que sentía en el pecho, ni siquiera con las constantes preguntas que papá hacía acerca de mis planes a futuro. Pensé que sólo necesitaba descansar. Al entrar a los EU, el despertar de la conciencia comienza al introducirnos en un escenario completamente limpio y organizado, pareciera que nos desplazáramos por las colonias pudientes de la ciudad de México. La ausencia de transeúntes y de graffiti en los letreros y edificios, nos sorprende; si no fuera por el constante paso de automóviles, se creería que nadie habita el condado. ¿Cómo es posible que se mantenga tan limpio y organizado? Me cuestionaba al mismo tiempo que en mi memoria surgían imágenes de la ciudad de origen, que carecía de esa “casi perfección de país” que se manifiesta a cualquier lado donde mirara. Los anuncios de centros comerciales, cines, restaurantes de comida rápida y gimnasios, sobresalen junto con los hermosos jardines que adornan las avenidas.

El suburbio –donde viviría- estaba conformado de casas hechas de madera que crujen al caminar en su interior a pesar de estar alfombrados por doquier; los primeros meses se siente una inseguridad ante la ausencia de puertas de hierro y paredes de concreto que me resguarden de los asaltos, de la privacidad de mis conversaciones, y sobretodo del nuevo mundo que me aguarda afuera. Las comodidades de su interior intimida por primera vez, aunque la inexistencia del lavadero y los tendederos me consuela. Cada suburbio se caracteriza por tener una alberca y un parque que el americano –sobretodo- aprovecha para ejercitarse solo o con su familia. El hispano en cambio, atraviesa el parque deprisa con la sola idea de llegar a tiempo para tomar “el bus” (el camión).

Mientras el americano se alegra de tanto sudar... signo de que el ejercicio está bien ejecutado, el hispano se apresura por limpiarse... preocupado de no transpirar antes de empezar a trabajar.

Al llegar a mi nuevo hogar mi hermana ya nos estaba esperando. Había pasado un año desde que deje de verla, su apariencia había cambiado. Su rostro era el mismo pero su forma de vestir era extraña –vestía pantalón corto, sandalias, una playera holgada a rayas y un chistoso sombrero de mezclilla con una flor-, su español tenía un acento diferente y su manera de desenvolverse era mucho más segura que antes. El suburbio donde papá vivía se encontraba ubicado a media hora de la playa, aunque el clima no es tan caliente como en las playas de México el americano suele vestir con pantalones cortos, playeras y sandalias; las mujeres –la mayoría- visten blusas muy delgadas y durante el verano se atreven a pasearse en traje de baño en la calle y a veces en el banco o centros comerciales. Los primeros días de mi estancia en CA, era interesante observar la libertad con que las mujeres caminaban a la orilla de las calles sin temor a que alguien les faltara al respeto, observé que los americanos las miran deleitados sin tratar de decir algún comentario; quizá lo más sorprendente es que el mexicano se abstiene de decir no sólo un comentario desagradable sino también algún piropo. Esta actitud inusual de respeto del mexicano hacía las mujeres, me intrigaba. Con el tiempo entendí que las leyes americanas eran estrictas y que si se llevaban a cabo, el americano o cualquier residente debe tener cuidado de no incomodar a la mujer con cualquier alusión sexual pues pueden ser merecedores de fuertes multas e incluso la cárcel.

Las siguientes tres noches no logré conciliar el sueño, ese dolor en el pecho era constante y cada vez más fuerte. Había tratado por todos los medios de ignorarlo, pues sabía que una visita al doctor sería muy costosa; finalmente papá me llevó al médico donde se me practicaron una serie de estudios, además de infinidad de preguntas acerca de mi historia clínica. Después de

suministrarme una fuerte droga él médico me hizo una última pregunta: ¿Cuánto tiempo llevas viviendo en los USA?. El médico concluyó que mi problema era de tipo somático como consecuencia de la tristeza que causaba abandonar mi país. Al preguntarle porque estaba tan seguro del diagnostico, él adhirió: “porque los recién emigrados presentan síntomas similares al tuyo, todos han mencionado sentirse deprimidos por la reciente separación de sus familias y de su contexto en sí”. *Afortunadamente con una buena dosis de droga el dolor físico desaparece, pero el emocional se agudiza con el tiempo hasta formar parte de la vida cotidiana.*

Mi hermana se encargó de decirme las reglas del vecindario, los vecinos no les gusta ser perturbados y tienen el derecho de llamar a la policía sin avisarte, cuando se violan alguna de estas reglas. Cuando algún americano hace alguna llamada a la policía, ésta tarda aproximadamente 10 minutos en llegar al hogar de la persona señalada, por lo regular la primera vez sólo se advierte al individuo que esta molestando a sus vecinos y que necesita acatar las reglas; sí el problema persiste entonces el individuo es arrestado. El americano no se toma la molestia de hablar directamente con el vecino problemático, con una sola llamada el problema es resuelto (al menos así era en el vecindario blanco donde inicie mi estancia en California).

Los primeros días aprendí a modificar hábitos: como el de escuchar la música a un bajo volumen, la televisión e incluso nuestras conversaciones tenía que ser a un volumen moderado... lo curioso es que siempre había considerado que hablaba y escuchaba la música a un nivel normal. Ver la televisión era también sorprendente, habían por lo menos 80 canales que transmitían en inglés la mayoría de ellos, también había canales en español, árabe, chino y japonés; entre otros. Observé que en los canales hispanos las personas que salían en pantalla eran principalmente morenas y de rasgos no tan finos, parecían personas comunes y corrientes. En México estamos acostumbrados a

ver en la pantalla a personas guapas, de tez clara y rasgos finos o delicados; parecen más de tipo extranjero que nacional. Físicamente estas personas no se identifican con el promedio común del mexicano... de tez morena, de estatura baja y la belleza característica del mestizaje; aunque en el lenguaje, costumbres y tradiciones si nos reconocemos. Los canales hispanos en California -al parecer- tienen la política de apoyar a todo hispano sin importar sus rasgos físicos, más que preocuparse por mostrar “personal bonito” o tratar de copiar o parecer americanos, tratan de mostrar gente con la que la comunidad mexicana se identifique. El racismo y la discriminación es el tema de todos los días en los noticieros, las televisoras realizan reportajes de la comunidad hispana, se adentran en sus comunidades, en sus problemas, en su trabajo, en la escuela, etc. La televisión es más que un medio de entretenimiento, es un llamado de unidad y apoyo entre la comunidad; aunque también es un medio que preserva malas costumbres en el mexicano como: fomentar la idea de esperar beneficios por parte del gobierno, como capacitar personal bilingüe para facilitar su comunicación, y pensar que es injusto que las entidades educativas traten de forzar a que los estudiantes hispanos aprendan inglés sin ayuda de un traductor como le ocurre a otras minorías culturales (se considera una muestra de racismo y discriminación).

Modificar los viejos hábitos causaba una sensación de insatisfacción, la música –por ejemplo- al escucharla a un nivel bajo sentía que no satisfacía una necesidad de antaño, la emoción que provocaba en mi era limitada. Otra cosa que llamó mi atención era como la publicidad aprovechaba las tradiciones para vender sus productos... como el hecho de anunciar automóviles en traje de charro. Personalmente me parecía una burla a las costumbres, era como una parodia a las tradiciones.

El primer problema que tuve que enfrentar en mi nuevo hogar, fue el de aprender a vivir con papá. A pesar de que siempre mantuvimos contacto por carta y por teléfono;

Prácticamente no nos conocíamos. En un principio me trataba como la niña que dejó de ver años atrás; mientras que yo no estaba acostumbrada a que me mandara y mucho menos a que me mostraran demasiada atención (mamá nos había educado con mano dura y sin mimos). Pasaron algunos meses de acoplamiento.

Muchas familias sufren de un sentimiento de desintegración familiar cuando la familia se separa al emigrar parte de esta a los EU, en muchos casos pasan años de separación antes de volver a verse, y en otros - los menos afortunados- no vuelven a saber de sus familiares; ya sea por que decidieron hacer una nueva vida o porque fallecen al intentar cruzar la frontera.

Cuando llegué a CA tenía la ventaja de ser residente legal, contar con cierta preparación y tener una familia que me apoyaba, pero me faltaba dominar el idioma... al americano no le importa saber el lugar de origen, escolaridad o legalidad de papeles del inmigrante, sino se domina el idioma inglés. Así que como todos los demás tuve que empezar desde abajo; antes de inscribirme a las clases de inglés me busque un trabajo (papá decía que la mejor forma de aprender el idioma es hablando y escuchando la pronunciación diariamente, y trabajar con americanos era la mejor escuela), sin embargo, ésta sugerencia no fue tarea fácil. En la mayoría de los restaurantes como ya mencioné predominaban los hispanos y por ende hablaban más español que inglés; por cierto que de todos modos intente conseguir empleo en esos lugares y los encargados a pesar de ser hispanos y de no hablar un buen inglés se comportaban déspotas y cortantes, algunos de ellos fingiendo no hablar español a pesar de que segundos atrás los había escuchado hablarlo. Sabía que hablar inglés era un requisito en cualquier lugar pero la actitud de los hispanos era un poco grosera; al principio pensé que se trataba de una forma de presionar a la gente para que se obligara a aprender el idioma, pero esta historia se repitió inclusive cuando acudía a estos lugares como cliente; los empleados al darse cuenta que no podía expresarme claramente su actitud se tornaba de amable a cortante -en especial los hispanos-, los americanos en cambio se preocupaban por ser un poco más amables, aunque si no me entendían o tenían paciencia entonces buscaban a una persona bilingüe para

dar un mejor servicio. A este respecto era interesante observar que los hispanos tendían a discriminar a su propia gente, su actitud era más personalizada; en comparación con los americanos que su principal prioridad es hacer negocio, sin importar el color, apariencia o lenguaje del cliente (es mi obligación aclarar que no es mi objetivo generalizar actitudes, sino simplemente comentar las características que observé en ambas culturas).

Después de muchas negativas finalmente conseguí empleo en una pizzería, donde predominaban los americanos, papá sabía que era una magnífica oportunidad de aprender el idioma, mientras que yo presentí que sería mi peor pesadilla. Y no era para menos, ya que tuve que trabajar de entrada ocho horas diarias limpiando mesas y lavando platos; aunque esto no fue lo más difícil de superar, sino los primeros meses de aislamiento, inhabilidad de comunicación, depresión, inseguridad, estrés, desadaptación social, soledad, silencio e incorporación de nuevas formas de comunicación.

Antes de buscar trabajo había decidido no mencionar mi escolaridad, para los trabajos que probablemente desempeñaría no era necesario saber demasiado. Además que no me sentía precisamente orgullosa de trabajar en algo que no tenía nada que ver con mi carrera, sabía de antemano por comentarios de algunos primos que los paisanos solían burlarse de la gente que como yo había estudiado por años y que finalmente desempeñaban trabajos de lava platos como ellos. Honestamente no me sentía con ánimo de participar en ese juego así que opte por decir educación secundaria; consideré que era suficiente mencionar. Era doloroso ser tratado como nada en el nuevo contexto, el estatus sostenido en el país de origen es totalmente ignorado, ya nada de lo aprendido parecía tener sentido.

Este lugar se caracterizaba por contratar principalmente a adolescentes americanos estudiantes de entre 17 a 21 años; ellos desempeñaban los trabajos fáciles como atender a los clientes, llevar comida a domicilio y limpiar las mesas. Los hispanos en cambio se caracterizaban por ser padres de familia -de entre 25 a 40 años- con educación básica y sus labores principales eran el

trabajo pesado de la cocina y limpieza. Los jóvenes americanos acostumbran a trabajar en restaurantes de comida que les permiten laborar por unas horas sin que les afecte en la escuela y que les permita ganar un dinero así como aprender a ser responsables. El dueño del lugar se preocupaba por contratar a jóvenes americanos que desearan seguir estudiando, los encargados del lugar durante la entrevista de trabajo hacían énfasis en preguntar a los solicitantes sus metas y como empleaban su tiempo libre. En el caso de los hispanos la entrevista se enfocaba a la capacidad de hablar y entender inglés y de la experiencia previa en otros empleos. Gracias a un amigo de papá se me dio la oportunidad de laborar en aquel lugar, al dueño y Jonathan (manager) no les agradaba que no entendiera el idioma, por lo que en los primeros meses ejercieron suficiente presión para que aprendiera o bien para que decidiera renunciar.

Recuerdo que en mi primer mes de trabajo mi sueño se vio alterado a causa de los nervios, me aterraba no entender el idioma, convivir con los blancos (su color y personalidad me era extraño, después de todo yo sólo los había visto por televisión o como turistas en México), cometer errores, y además que me despidieran. Y no es que me preocupara mucho perder el trabajo, sino que, eso significaría que no era capaz de conservarlo. En ese entonces no podía admitirme a mi misma que sufría de una tremenda inseguridad, por lo que la excusa de no saber el nuevo idioma y de la falta de experiencia para moverme fuera del contexto escolar me sirvió para evadir el problema real; por lo menos durante un tiempo.

En mi primer día de trabajo “el manager” me recibió con una camisa morada y una gorra con el nombre del restaurante que tenía que usar en el trabajo. Mi obligación primordial era limpiar mesas, recuerdo que no me pude mover por un par de segundos, miraba a mí alrededor con insistencia como si buscara alguna cara familiar; imaginé muchas veces a mis excompañeros y maestros observándome y comentando “es una pena que después de haber

tenido la oportunidad de estudiar una carrera universitaria hubiera terminado limpiando mesas"... experimenté un sentimiento de humillación y vergüenza. Mientras limpiaba mordía mis dientes para evitar que rodaran mis lágrimas, traté de consolarme pensando que nadie me conocía y que una vez que marcara mi salida no volvería a ese lugar. Los primeros meses fueron los más difíciles, vivía angustiada pensando que en cualquier momento algún cliente me llamaría y al darse cuenta de que no entendía, me tratara como si tuviera algún tipo de retraso. Había momentos en que me sentía como si estuviera atrapada en mi misma, el inglés era el idioma dominante y me limitaba a la capacidad de hablar; muchas veces recordé cuando tomaba clases en la CUSI en el área de rehabilitación, y entonces entendí un poco más del sufrimiento y angustia de aquellas personas con diferentes problemas motores y de lenguaje que no podían expresarse libremente.

Podía escuchar a los americanos hablar, bromear, discutir y preguntar sin entender una sola palabra, a veces imaginaba sus conversaciones y otras me desesperaba por entender cuando ellos trataban de comunicarse en su limitado español o basándose en señas. A pesar de que sabía un poco escribir y leer el inglés, entender la pronunciación parecía casi imposible, cuando los escuchaba hablar no podía ni siquiera discriminar donde empezaba una palabra y donde terminaba; todo se escuchaba como una línea de sonido. La incompreensión del lenguaje, impide expresar hasta las más mínimas necesidades, necesitamos de alguien que nos traduzca, que nos libere a ratos del aislamiento que la incomunicación encierra. A falta de traductor la mímica se vuelve nuestra única forma de comunicación, la sonrisa ha dejado de ser espontánea para dar paso -muchas veces- a una disculpa por no entender o una expresión de nervios al ya no podernos esconder. *La inseguridad cobra conciencia cuando nos hablan en inglés y no entendemos, en México estamos acostumbrados a responder aunque no sepamos la respuesta... tratamos de no mostrar "nuestra ignorancia" por muy superficial que esta sea.* Esta vez no hay

forma de evadirlo, desesperadamente buscamos en nuestra mente alguna oración lógica, pero es inútil sólo nos queda decir: “I’m sorry, I don’t speak english”.

Los primeros meses viví un nivel de estrés tan intenso que me mantuvo al filo de la desesperación hasta pisar fondo.

Muchas noches sufrí crisis de nerviosismo y llanto, solía sentarme en una esquina de mi cuarto en la oscuridad procurando hacerlo en silencio. Era el único tiempo y espacio en que podía descargar tanta angustia sin que papá se diera cuenta de mi debilidad, sentía que a pesar de mi esfuerzo por aprender, no avanzaba nada. Cuando mi hermana se daba cuenta de mi estado solía abrazarme y decirme que me estaba presionando demasiado y que el día menos pensado me estaría riendo de esa situación.

Mis compañeros de trabajo –los americanos- me miraban con curiosidad, aunque con amabilidad. Siempre se mostraron dispuestos a ayudarme, me asombraba que desde el primer día de trabajo ya todos sabían mi nombre, sonreían y me saludaban con confianza “Hi Telma”. Estaba tan nerviosa que no me di cuenta hasta meses después que una joven americana y yo éramos las únicas mujeres trabajando (en el turno de la tarde) entre 20 compañeros varones aproximadamente, esa quizá fue la razón principal de tanta amabilidad. Aún así, me extrañaba que me buscaran y que les diera alegría verme cuando llegaba; solían decir: “Hey guys Telma is here! (Hey chavos Telma esta aquí)”. Entonces todos se tomaban un momento para ir a saludarme. En ese momento me preguntaba: ¿dónde está el racismo que tanto he oído mencionar?...acaso se están tomando su tiempo antes de mostrarme su verdadera cara.

Por otro lado también me sorprendía que los americanos no demostraran despotismo y prepotencia hacía los otros compañeros mexicanos (del turno de la mañana). Había escuchado tantas veces en México de este tipo de actitud de los americanos, que no dejaba de sorprenderme día con día de su simpatía y

disponibilidad para ayudarme. Había crecido despreciando a los vecinos del norte a causa de su mencionado racismo contra los mexicanos y la historia que nos dicen en la escuela: “el americano se aprovecho de la crisis económica de México y nos robó la parte norte de nuestro territorio mexicano cuando el presidente Santa Ana lo vendió por unos cuantos pesos”; ahora no sabía que pensar.

Jonathan era el asistente favorito del dueño y mi enemigo numero uno, a él no le agradaba la idea de trabajar conmigo porque no entendía el idioma y yo lo detestaba porque tenía fama de racista. Desdichadamente para los dos trabajábamos el mismo turno de la tarde, él era mi jefe directo y a mí me tocaba obedecerlo. Los primeros meses me mantuvo lavando platos en un rincón del restaurante, por cierto que se convirtió en el lugar favorito de los dos, porque yo trataba de evitar al principio todo contacto con la gente y él de evitar tratar conmigo. Jonathan jugó un rol muy importante en mi motivación por aprender rápido el idioma, así como de aprender de mi misma.

Jon era un americano de 20 años muy apreciado por el dueño y los otros americanos por su capacidad de desempeñar cualquier puesto del restaurante eficientemente, sabía desde reparar una computadora hasta la aspiradora y también por su empeño en superarse. Él vivía solo y trabajaba para mantenerse y pagar sus estudios -estudiaba economía en la Universidad de Fullerton-, era el único americano que hablaba y entendía suficiente español para comunicarse con los empleados hispanos. Sin embargo, los hispanos que trabajaban en la mañana lo detestaban por que lo consideraban un racista. El y yo tuvimos muchas diferencias los primeros tres meses, solía darme ordenes a través de otros cuando no se le daba la gana practicar su español conmigo. Detestaba que menospreciara mi capacidad de aprendizaje, es cierto que carecía de seguridad pero tampoco estaba dispuesta a que un “americano” me subestimara. En un principio también creí que despreciaba a los mexicanos, así

que me empeñé aún más en estudiar verbos y escribir oraciones básicas, aprovechaba las horas de meditación que me brindaba las horas en que lavaba platos así como de la amabilidad de los otros americanos para corregir mi pronunciación en inglés.

Rene era un señor de origen guatemalteco, se encargaba de la cocina en el turno de la tarde y tenía 6 años trabajando en el restaurante. Era un hombre bajito de rasgos autóctonos, no había terminado la primaria y era padre de 5 niños (as). Rene gozaba también de ser apreciado por los empleados del lugar, su carácter era amable, callado, sencillo y obediente. De todos los hispanos que laboraban en el restaurante él era el único que hablaba bien de Jon, decía que el joven americano siempre lo había tratado con paciencia y que lo había ayudado a permanecer con su empleo cuando el dueño pretendió correrlo en más de una ocasión por no entender el idioma. Rene solía decirme que Jon no era malo, decía que su actitud a veces distante era mal interpretada por los demás compañeros “mexicanos” que laboraban en el lugar.

Jon solía ignorarme con frecuencia, cuando no se le daba la gana de dirigirme la palabra le daba las ordenes a Rene para que él me lo comunicara. La última vez que me ignoró, me atreví a decirle que si le entendía y que no volviera a tratarme como si fuera tonta. Estaba tan molesta que no me percaté de la forma amenazante y segura en que se lo dije, minutos después al estar lavando platos Jon se acercó para disculparse, dijo que su español no era muy bueno y que por eso se le facilitaba dar la orden a Rene y que él tradujera. Ambos sabíamos que no era cierto pero acepté su disculpa, al día siguiente se desquitó al hablarme todo el tiempo en inglés, si bien era cierto que ya entendía un poco del inglés básico que escuchaba todos los días, pero aún me faltaba mucho por aprender y entender. En algún momento me arrepentí de haber hablado, no obstante decidí tomar el reto. Pese a las burlas aprendí a anticiparme a las ordenes, trataba de observar que cosas hacían falta o se

necesitaba y también a observar sus gestos, con el fin de casi adivinar cuando no entendía aquello que se me pedía hiciera.

Después de algunos días del incidente observé que Jon era más paciente y me hablaba en español cuando no entendía nada, Ramón –asistente de Jon- me comentó que con mi actitud perseverante en el trabajo me había ganado el respeto y admiración de Jon. La última junta que tuvimos con el dueño –continuó Ramón- Jon le dijo al dueño que habías progresado mucho y que tu inglés era ya bastante bueno, a mi parecer Jon te aprecia mucho; nunca antes lo había escuchado defender a nadie como a ti. Ese día me enteré que en cada junta el dueño estaba pendiente de mi progreso, pues no estaba conforme de que laborara en su negocio sin entender el idioma. A partir de ese día el joven americano y yo aprendimos a respetarnos.

En esa época no tenía medio de transporte así que me tocaba caminar media hora de mi casa hasta la parada del camión, disfrutaba mucho el contacto con mi gente... los hispanos son los que principalmente usan este medio de transporte. Pasaba tantas horas aislada y ausente alrededor de “los blancos”, que este era el único momento donde podía observarme en el color y rasgos de los hispanos, hablar y escuchar en mi lengua materna; se percibía un sentimiento familiar, de identificación al grupo cultural al que se pertenece y que ahora se valora como un nuevo descubrimiento. Al parecer era una apreciación que compartíamos todos.

La mayoría de los inmigrantes pasan la mayor parte del día en el trabajo, escuchando otro idioma y conviviendo con personas de color y rasgos diferentes, es cierto que también se labora con otros mexicanos o hispanos, pero no hay tiempo suficiente para socializar; ni siquiera para hablar en el propio idioma. Cuando se dan los espacios para platicar casi siempre se presenta algún compañero americano que quiere participar de la conversación... por lo regular los americanos son curiosos y muy sociables, así

que por respeto o consideración se trata de hablar en el idioma dominante. Después de escuchar los sonidos ininidad de veces, nuestro cerebro empieza a discriminar palabras y frases, aprendemos a asociarlo con cosas o actividades. El significado preciso no es importante de entender en ese momento.

En el camión no es raro observar la facilidad con que la gente entabla conversación con el pasajero de a lado, es común preguntar nacionalidad, con quien se vive, donde se trabaja, a como se gana la hora y cuanto tiempo se tiene viviendo en el país. Una vez cubierto el primer cuestionario prosigues con tus problemas personales, generalmente el hispano es muy amable y siempre tiene una historia que compartir. A pesar de que nunca hubiera visto a esas personas y quizá a la mayoría no los volvería a ver, existía confianza de expresarse libremente, todos escuchan, aconsejan y comparten experiencias sin temor a ser juzgados. Los inmigrantes aprendemos a valorar y respetar a la persona por su esfuerzo y sacrificio. El aspecto físico, la vestimenta, la edad, la educación, el origen o el acento de su español a dejado de ser importante para formar amistades u otro tipo de relaciones. En ese momento era cuando me percataba que mi empleo era más que un trabajo, era también una cárcel cultural que nos aislaba 40 horas a la semana o más.

En casa a pesar de que era el espacio familiar, donde compartimos ideología, costumbres, historia, valores y sueños; a veces me daba la impresión de que el español que se hablaba era también limitado; existía un sentimiento de insatisfacción.

Las noches silenciosas invitan a recordar y extrañar todo aquello que nos molestaba cuando vivíamos en México; la música a todo volumen del vecino en la madrugada, los niños que juegan a la pelota y rompen algún vidrio, las peleas callejeras, el tráfico infernal que desesperaba, el olor de la tierra mojada por la lluvia, los perros que ladran, la tienda de la esquina y demás cotidianidades- y que ahora añoramos.

La religión es algo que se vuelve indispensable para aliviar el vacío del que muchos hispanos se sienten presos, aquellos que no acostumbraban ir a la iglesia ahora se acercan y otros que solíamos asistir en México, ahora no nos convence. La primera vez que asistí a la iglesia no entendí al sacerdote, era un americano que difícilmente lograba estructurar oraciones lógicas en español, no obstante aprecie su esfuerzo... en realidad no estaba obligado a hacerlo, pensé. La comunidad mexicana parecía atenta –más de lo usual- supongo que algunos trataban de entender y otros –como yo- simplemente nos consolábamos al asistir a un templo que nos recordaba una parte importante de nuestra vida; después de todo el rollo de abnegación, obediencia, fe y resignación era el mismo, no hay aprendizaje solo estancamiento.

Asistir a la iglesia en California es complicado, la gente hispana pasa trabajando demasiadas hrs. a la semana, por lo que el domingo muchos de ellos se sienten demasiado cansados así que prefieren salir a divertirse o quedarse en casa, y otros tienen que trabajar en domingo así que no les es posible asistir. Observé que mucha gente que profesaba el catolicismo en su lugar de origen, optaba por buscar otras religiones que se acomodaran a sus necesidades. Las religiones más buscadas eran el cristianismo y el protestantismo, la razón principal era porque se llevaban a cabo en alguna casa o recinto pequeño, donde la sencillez de la enseñanza era mejor apreciada... evitaban el protocolo y formalismo pesado del catolicismo. En estas reuniones era posible para el mexicano escuchar y sobretodo ser escuchado en su propio idioma, pues los pastores son hispanos; el hispano se siente comprendido.

La inhabilidad del idioma y de las diferencias culturales nos limitaba muchas veces a la necesidad de reír o llorar. Recuerdo que en alguna ocasión un compañero americano –cuando aún no entendía el idioma- que se caracterizaba por ser muy gracioso, un día llegó al trabajo usando una gorra dorada que le cubría parte de su cara, sólo se veía su bigote largo que se

perdía con la caída de su barba de color rubio; su complexión era exageradamente delgada y vestía pantalones cortos que dejaban ver dos palitos “por piernas” y un par de tenis parchados. Al verlo la primera vez, me dio la impresión de observar un balón dorado que era sostenido por un palo, la combinación me pareció tan cómica que me vi en la necesidad de encerrarme en el baño para poder reírme libremente. Dentro del baño no paraba de reír, me miraba al espejo y me hacía aún más gracia mi situación, creo que sufrí una crisis pues se prolongó por varios minutos. Me parecía extraño ocultar una emoción tan agradable, pero no podía exponerme a que me vieran los compañeros y que no les pudiera explicar la causa de tanta risa. Probablemente me observarían con extrañeza, primero porque en aquel entonces no me podía comunicar y segundo porque sólo a mí me había causado gracia. *La conducta del americano adolescente se caracteriza por ser cómica y desinhibida en público, a comparación con el mexicano que sólo lo hace en confianza con sus amigos o familiares.*

También observé que el americano se dice palabras que en nuestra cultura pueden ser ofensivas para ciertas personas que ostentan un cargo o posición importante y que un subalterno no podría decirle. Solía escuchar a mis compañeros decirse “stupid” con relativa frecuencia, pregunte a David –adolescente americano- ¿Acaso no te resulta ofensivo que te digan estúpido? Él comentó: “no, nosotros podemos decirnos groserías y no nos molestamos”, entonces agregué: “comprendo, entre amigos tienen confianza y lo toleran” David: No es necesario ser amigos para decirlo, también se lo puedo decir, por ejemplo, a Ron y él no se ofenderá... Ron era el hijo del dueño, era algunos años más grande y en ese entonces se estaba encargando del restaurante. No le creí así que lo rete a que se lo dijera, David se acercó a Ron y dijo: “Hey Ron, I think that you are stupid / Ron, pienso que eres estúpido, Ron lo miró con indiferencia y dijo: OK” entonces David me dijo: “See, I told you / ves, te lo dije”. Ron, intrigado por el comentario quiso saber que pasaba, después él afirmó que

los americanos no se ofenden o molestan por simples groserías, ellos lo toleran... no lo toman de manera personal.

Para mí era sorprendente, no podía imaginar a un empleado en México decirle a su patrón que se le considera estúpido, aunque se le tuviera mucha confianza; a menos que despidieran al empleado, entonces este podría decir algo así porque ya no tiene nada que perder. Claro que en nuestra cultura las groserías si son ofensivas y la gente se siente ofendida fácilmente; a excepción de los amigos que entre ellos si lo toleran.

A papá le tocaba pasar por mí cuando acababa mi turno –en la noche ya no hay transporte-, en alguna ocasión Jon ofreció llevarme a mi casa. Él me había ofrecido prestarme un par de cd's de música que me gustaba, aprovechando el viaje pasamos a su departamento. Cuando llegamos supuse que lo esperaría en el auto, pero él me dijo que lo siguiera, un extraño nerviosismo se apoderó de mí hasta que llegamos a la puerta. Cuando abrió se siguió platicando sin percatarse de que me había quedado afuera esperando, cuando se dio cuenta que había estado hablando sólo me llamó, pero no me atreví a entrar. En mi mente estaba la imagen de mamá diciéndome: “no es correcto que una señorita entre a la casa de un hombre sólo, porque tu reputación esta en juego”, *hasta ese momento me percaté que mamá había hecho un buen trabajo con sus lavados de moral, por un segundo no me pude mover.* Jon quería saber porque no quería entrar, traté de explicarle pero era demasiado complicado para explicar los valores y costumbres de los mexicanos en mi limitado inglés, así que después de mirar a mí alrededor -como cerciorándome que mamá no estaba cerca- decidí entrar.

Recuerdo que Jon no paraba de describir y contar la historia de cómo había obtenido cada mueble, lo que más me impresionaba era la satisfacción con que expresaba su independencia y los logros obtenidos por sí solo. Al principio lo consideré un presumido, pero después observé que los americanos

no temen aceptar que son capaces o inteligentes en sus conversaciones, los americanos que escuchan lo hacen con respeto o admiración, es una característica de su cultura. *Nosotros los mexicanos por el contrario, cuando escuchamos a alguien aceptar en público alguna cualidad, capacidad o ser muy bueno en algo, sin un rasgo de modestia o humildad, entonces es criticado y señalado como una persona arrogante o presumida.*

Ese fue el principio de las muchas salidas con todos mis cuates los americanos, para mí fue la mejor oportunidad de conocer de cerca sus costumbres, valores, pasatiempos, ideología y concepto de vida.

Una característica que descubrí y que me agradó mucho fue la libertad de actitud y expresión. Recuerdo la primera vez que un grupo de compañeros me invitaron a salir con ellos una vez que cerráramos el restaurante. Me había agradado la idea, les dije que necesitaba ir a casa para cambiarme pero ellos dijeron que no había necesidad, todos saldríamos con el uniforme. La idea me pareció fuera de lugar, había trabajado cerca de 8 horas en la cocina... mi camisa estaba manchada de salsa de pizza, mi gorra olía a sudor, incluso mi pantalón estaba manchado, mi rostro reflejaba cansancio, simplemente no era posible que saliera en ese estado y menos en la compañía de varones. Ellos insistieron, decían que le daba demasiada importancia a la ropa (me miraban como si mi actitud fuera extraña), después de unos minutos pensé que tal vez sólo iríamos a algún lugar cerca. Mi sorpresa fue que llegamos a un lugar tan elegante como la zona de Polanco –en México-, no podía bajarme del automóvil. Les comente a mis compañeros que me apenaba entrar a ese lugar porque estaba muy desarreglada, uno de ellos contestó: “Why? You look muy bonita”, y entonces pensé: “quizá me aprecian demasiado o pretenden burlarse de mí”, otro de ellos al ver mi rostro que reflejaba inseguridad se acercó y dijo: “look, my t-shirt is also dirty and I smell but I don’t care, besides you are with us; we love you” (mira mi camisa también esta sucia y he sudado, pero no me

importa, además tu estás con nosotros y te apreciamos). Entramos a una especie de bar elegante, las personas que se encontraban ahí vestían acorde al lugar, cuando nos vieron entrar ni siquiera nos dedicaron un minuto de su atención. Caminamos hacia otra estancia del lugar, donde había algunos juegos de video; parecían como pequeñas cápsulas espaciales -cerradas completamente- donde sólo cabía una persona, pero que se conectaba con las otras cápsulas por medio de una computadora que simulaba viajar por el espacio y participar en una guerra intergaláctica. Al final de la noche había olvidado el incidente de la ropa y experimenté una sensación de libertad, por primera vez no importaba lo que dijera los demás, lo importante era divertirse fuera de todo prejuicio.

Como en todo también hubo situaciones desagradables, Seth era otro simpático americano que amablemente se ofreció a ayudarme con mi pronunciación, incluso en sus días de descanso. En varias ocasiones salimos exclusivamente a estudiar, pero siempre me daba dolor de cabeza porque él si de plano no entendía ni una sola palabra de español, ni yo de inglés todavía; pero, aún así, nos divertíamos mucho. Una noche después de trabajar me invitó al cine, todo estaba muy bien hasta que llegamos a la taquilla. El se adelantó y yo espere como acostumbramos en México, cuando regresó me dijo: “apresúrate a comprar tu boleto porque ya va a empezar la película”, yo no supe como reaccionar pero si sentí como mi rostro se ruborizaba de vergüenza... me sentí como si fuera una mujer interesada que esperaba que le pagaran su entrada, lo curioso del asunto es que si lo esperaba, pero porque esa costumbre tenemos en México, cuando un muchacho nos invita al cine. Afortunadamente llevaba dinero en la bolsa, después se compró las típicas palomitas y una vez más me preguntó: “aren´ t you going to buy something? (¿No vas a comprar algo?)... conteste “no”... al estar viendo la película no pude memorizar el número de palomitas que se comió esa noche, pero si recuerdo el número de palomitas que me ofreció “cero”. Lo simpático del asunto no fue el

hecho de sí se me antojaba comer palomitas o no, sino de su actitud fría y separada. Una vez que terminó la película me preocupé por buscar un teléfono y llamar a papá para que fuera por mí, antes de que Seth dijera: “¿Y a que hora te van a recoger? ”. Pero no fue necesario, porque por lo menos tuvo la gracia de llevarme a mi casa... fue una experiencia realmente vergonzosa. Cuando le comenté a papá del incidente, se tomo un par de minutos para reírse y después me explicó que los americanos acostumbran a decir: “yo invito, pero cada uno paga lo suyo”.

Conforme fui aprendiendo el idioma y el negocio mi interés por participar en la conversación de los americanos era más frecuente, en alguna ocasión Jon y Ramón discutían algún tema acerca de política, francamente no entendía mucho pero Jon se empeño en saber mi opinión. Ramón se encargó de hacer la traducción y una vez que terminé mi “exposición”, Jon preguntó: What did she say? (¿Que dijo ella?)... Y Ramón respondió: “sepa la fregada I didn't understand any word that she say” (sepa la fregada, no entendí ni una sola palabra de las que dijo). Jon se burló de él por no entender su propio idioma, entonces Ramón dijo: “I do understand spanish, but she speaks other kind of spanish” (sí comprendo español, pero ella habla otro tipo de español). De esa situación simplemente pensé que mi opinión no se había tomado en serio.

Al Sr. Rene solía confiarle mis penas y alegrías, era de carácter noble y sencillo. A pesar de su escasa escuela se interesaba en aprender e intercambiar ideas. Su conversación siempre estaba llena de enseñanzas que me sorprendían por la sabiduría que contenía, invitaba a reflexionar desde la aparente simpleza pero con una significativa profundidad. Fue con él con quien confirmé que mi forma de hablar era clara solamente para mí. Sr. Rene, le pregunte: ¿Cuándo hablo con usted entiende todo lo que le digo?... y él respondió: “mire honestamente no, a veces menciona palabras que desconozco lo que quieren decir”... Agregué ¿y porque no me lo había dicho?... Rene: “pues

porque no la quería interrumpir, su plática es muy interesante y al final me daba una idea de lo que decía”.

Aunque Rene no comprendiera mucho de mi vocabulario, me dio una gran lección de humildad y sencillez. Cuando vivía en México me consideraba una persona sencilla con todo mundo, a pesar de que mamá me llamaba “arrogante y prepotente”. Nuestras constantes diferencias no me permitieron reflexionar sus palabras; la amistad con el Sr. Rene me permitió entender que la única ignorante había sido yo, cuando inconscientemente menospreciaba a la gente con escasa escuela. Una vez más me refugié en mi cuarto oscuro decepcionada de mí misma, pensando que aún no había aprendido nada, y que a pesar de tanto estudiar finalmente Esteban tenía razón cuando decía que no habíamos vivido todavía.

Por cierto que el Sr. Rene fue quien me enseñó a trabajar en la cocina, aprendí a preparar la masa, hornear y cortar las pizzas. En ese tipo de empleos siempre hay mucha demanda así que el ritmo de trabajo era rápido y de constante presión, aprendí a organizar y hacer varias cosas al mismo tiempo sin perder concentración, y mantener la calma. Con el tiempo adquirí una habilidad que me hizo acreedora de permanecer en la cocina... es decir, de obtener una mejor posición (quizá el lector pensará que no era gran cosa, pero para mí fue un alivio dejar los trastes, convivir aún más con los americanos y obtener un mejor sueldo). El dueño y los encargados estaban complacidos con mi desempeño, mientras que yo estaba sorprendida de la habilidad manual que había desarrollado. Estaba descubriendo otras habilidades que no había imaginado.

Diciembre era la época en que se incrementaba la demanda de pizzas. En ese tiempo pasaba horas en la cocina, mientras organizaba las pizzas los americanos se encargaban de prepararlas y proporcionarme todo lo que me hiciera falta. Por lo regular los empleados nuevos se hacían cargo de los trastes, ya sea hispano o americano. Lo que más me impresionaba en esa época era observar a los encargados e inclusive al dueño lavando los trastes o

limpiando mesas, era tanta la demanda que a veces el dueño tomaba a los empleados nuevos y los mandaba a repartir pizzas a domicilio. Me sorprendía que en vez de que tomara a algún empleado de la cocina, el dueño prefería limpiar, con tal de que no se afectara el ritmo del restaurante. Aunque también lo observé preparando y cocinando pizzas en varias ocasiones.

Durante la época de estudiante los maestros nos decían que una vez que ejerciéramos la carrera tendríamos que modificar nuestra forma de hablar de acuerdo al contexto y educación de los pacientes; así como de aprender de modismos y frases típicas de expresión de algunas comunidades para lograr una mejor comunicación. En ese entonces pensé que cuando se presentara el momento sabría como manejarlo, no obstante no fue así. Me tomo algún tiempo aprender a limitar mi vocabulario, tratando de usar palabras más sencillas. Los temas de conversación se redujeron –especialmente con los compañeros mexicanos- al fútbol, las novelas, los chismes de trabajo y problemas personales. Estaba limitada a expresarme plenamente incluso en mi propio idioma. Irónicamente sólo con los americanos –y Rene- podía hablar de temas de escuela, política, ciencia, etc. Esto se debía a que ellos estaban en el bachillerato y que a pesar del idioma, me identificaba con la vida estudiantil. Este acercamiento no era bien visto por los compañeros mexicanos, en más de una ocasión me expresaron en forma sarcástica que al parecer prefería la amistad de los “gabachos”, “que me sentía americana”, “que despreciaba a la raza”, “siempre me consideraron presumida por mi forma de hablar” entre otras. A ellos también les había llamado la atención mi vocabulario de recién egresada de escuela, sólo que ellos me señalaron de forma negativa.

Fue muy interesante observar que mis compañeros de trabajo estaban también muy escasos de vocabulario en su propio idioma (español), a veces repetían las mismas palabras para referirse a diferentes emociones (por ejemplo: “Me siento feliz de terminar pronto mi trabajo, estoy feliz porque voy a

comer, me siento feliz porque ya termino mi turno, estoy feliz porque me mantuve ocupado...), quizá para describir situaciones triviales no les causaba ningún problema, pero cuando hablaban de problemas íntimos que encerraban emoción y sentimiento, entonces la palabra "feliz" ya no parecía suficiente descripción. Cuando veía a mis compañeros desesperarse por no encontrar la palabra adecuada y casualmente mencionaba alguna palabra que a él le parecía correcta entonces decía "sí, esa palabra describe exactamente lo que quería decir". Se podía apreciar en su cara la expresión de satisfacción momentánea por haber expresado exactamente su sentir. Muchas veces nos ha pasado que nos sentimos incompletos o insatisfechos si no decimos la palabra que describa claramente lo que estamos sintiendo, quizá en mi propio contexto no habría percibido la importancia de este detalle; pero una vez que se experimenta esta misma sensación 40 horas a la semana durante por lo menos dos años, entonces se comprende que es fundamental.

Aprovechando los momentos de silencio, pensaba que quizá esta sería otra de los grandes problemas que causaba la "falta de comunicación" en las relaciones familiares; que en todo caso la llamaría "incapacidad de comunicación". Puesto que no es falta de ganas o tiempo de hablar con nuestras familias, sino que muchas veces nos sentimos incapaces de encontrar las palabras adecuadas que expresen raramente lo que pensamos y sentimos; así que vivimos esperanzados con la idea de que la otra persona comprenda y entienda nuestro sentir. Sin ser conscientes de que la otra parte sufre las mismas carencias.

Con frecuencia se realizaban juntas en el restaurante, se discutían cambios en el menú, aspectos de limpieza, retardos, inventarios, nuevas promociones etc. Usualmente éstas se llevaban acabo en uno de los comedores, los empleados nos sentábamos en cualquier mesa. La primera vez que estuve presente observé que los hispanos se sentaban en una de las mesas que se hallaba en un rincón del comedor, a pesar de que había otras mesas ocupadas por un sólo americano, ellos permanecían juntos aunque de

manera incomoda. A pesar de que ya no había suficiente espacio para acoger a alguien más, me llamaron diciendo: “ven, aquí es donde perteneces”... y se ingeniaron para hacer otro espacio. Doña Luz –empleada de la tercera edad- de origen puertorriqueño, era quien nos traducía a grandes rasgos lo que se decía en la junta. Observé que los encargados del restaurante –durante el informera vez miraban hacía nuestro rincón, todo el tiempo se dirigían a los americanos, a menos que el expositor fuera bilingüe se hacía la traducción. De otra manera al terminar la junta, se dirigía a nosotros y sólo preguntaban si teníamos alguna duda... suponían que la compañera Luz ya nos había traducido a pesar de que no era su obligación.

La actitud indiferente de los encargados hacía nosotros me parecía una falta de respeto y consideración, pues nuestro trabajo y presencia también era importante. Una vez que entendí un poco más de inglés opté por sentarme entre los americanos, ellos me miraron con curiosidad un instante y después se olvidaron. Los hispanos, en cambio, reprocharon que ya no quisiera sentarme con ellos e insinuaron que pretendía sentirme una americana... siempre de forma sarcástica. Cuando empezó la junta el “manager” me miró extrañado, durante su exposición mantuve una actitud atenta... aunque a veces no entendiera del todo. Noté que el también dirigía la mirada hacía mi lugar, como una manera de respeto al interés de entender y ser considerado tan importante como cualquier otro empleado.

Martín otro de los encargados importantes del lugar, también se preocupaba por defender los derechos de los hispanos y que su opinión también fuera considerada... quizá la razón principal por defender a los derechos de los hispanos, era porque dos de sus hermanos menores trabajaban ahí también y no entendían suficiente inglés. Él era originario de Michoacán, siempre se expresaba con orgullo de sus logros y de su origen, mientras que de sus hermanos se expresaba con tristeza porque no aprendían

el idioma. Martín había emigrado primero como trabajador temporal de campo, después decidió dejarlo y empezó a trabajar en restaurantes donde al convivir con americanos en su mayoría, se vio en la necesidad de aprender el idioma. Su motivación principal era buscar mejores oportunidades y ayudar a su familia. Sus hermanos, por el contrario, habían emigrado años después, y se habían mantenido viviendo y trabando juntos. Sus prioridades eran mantenerse juntos mientras fueran solteros y mantener su trabajo. Con frecuencia acudían a Martín para que les ayudara a conseguir aumento de sueldo o a quejarse por el “mal trato” que recibían de Jonathan, causando muchas veces conflictos o resentimientos. Parecían niños acudiendo a papá.

En esos primeros años de ajuste cultural, entendí que me sentía ajena a mi propia gente. Por un lado hablábamos el mismo idioma pero sin sentirnos comprendidos, desempeñamos el mismo trabajo pero con diferentes aspiraciones, defendíamos nuestras costumbres y raíces pero pretendíamos no entender el español frente al recién llegado. Por cierto que esta última actitud se manifestaba sobretodo en mexicanos que eran originarios de ciudades y que habían resentido el maltrato –discriminación, rechazo, humillaciones y abusos- de los que fueron objeto cuando llegaron a los USA, por la misma gente mexicana. La mayoría de ellos habían emigrado solos sin tener algún familiar o conocer a alguien, se habían visto en la necesidad de compartir un cuarto con personas desconocidas y que muchas veces abusó de su inexperiencia; los asustaban con decirles que no podían salir a la calle porque migración estaba todo el tiempo vigilando, les cobraban demasiado de renta, les decían que no tenían derecho alguno, a veces en el trabajo la gente bilingüe les sobrecargaba el trabajo que no les correspondía, mentían al decir que los americanos lo habían ordenado, entre otras. Otros tendían a despreciar un poco mas el folklore de nuestro país, como la música y tradiciones... estas actitudes se manifestaban un poco más en la gente que no tenía un origen claro como la provincia o la ciudad, como aquellas que se encuentran en medio de estas o

que más bien no se identifican con alguno de ellos; buscan rodearse del anglosajón y de adoptar sus costumbres con el fin de sentirse aceptados completamente por la sociedad americana, aunque no se sientan del todo satisfechos.

En el restaurante tuve la oportunidad de observar de cerca algunas de las actitudes que caracterizan a la pareja americana. Cuando me tocaba trabajar en la registradora me sorprendía ver a las parejas -novios o esposos- pagar cada uno por separado, parecía como si la mujer se sintiera orgullosa e independiente de pagar con su propio dinero; mientras el hombre en forma fría y conveniente acepta su actitud. También se podía observar sobretodo en los matrimonios que cuando alguno de los dos pagaba la cuenta, comentaban el gasto y lo anotaban cada uno en su cuenta (aunque otros matrimonios sí compartían la misma cuenta). Los matrimonios también aprovechaban para enseñarles a sus hijos pequeños a pedir su orden y pagar con su propio dinero, sí por alguna razón no les alcanzaba, entonces la mamá les prestaba dejando en claro que tendrían que pagarle después. También llamó mi atención que los padres se preocupaban que el niño aprendiera a decir cuatro palabras básicas de educación: “please”, “thank you”, “excuse me” and “I´ m sorrÿ (por favor, gracias, disculpe y lo siento)... olvidar decirlo implicaba una fuerte reprensión.

Las mujeres son las que principalmente se hacen cargo de enseñar esta actitud, los hombres tienden a ser menos tajantes; aunque ambos explican y reprenden de manera clara y sin importar el lugar, ni las personas que estén alrededor. Al principio cuando no conocía las costumbres americanas me parecía su actitud fría y demandante, me incomodaba “*el desamor*” de sus enseñanzas y la seguridad de sus palabras. Los hispanos por el contrario se caracterizan por hablar pausado, mostrar una actitud tímida y con un tono amable. En la pareja -esposo, novio o amigo- el varón es el que se encarga de cubrir la cuenta; en nuestra cultura esta actitud “amable” es parte de una

educación social en la que internamente se esconden otras razones que motivan al hombre a seguir practicándolo como el sentimiento de obligación, miedo al rechazo, interés o amistad según sea el caso. No en todos los casos esta actitud es agradable, pero ir en contra de las reglas significaría ser relegado o criticado (al menos esto escuché de varios amigos varones comentar).

En el restaurante observé también que los padres hispanos tienden a imponer disciplina al obligar a sus hijos a guardar silencio cuando ellos quieren opinar o expresar algo (es de mala educación interrumpir a sus mayores y hablar en voz alta), rara vez permiten que se dirijan directamente con el cajero o mesero. También observé que los padres tienden a humillar al niño cuando comete un error o accidente, por ejemplo: cuando un niño empuja accidentalmente a otra persona los papás lo reprenden con palabras denigrantes –eres un tonto, menso ya empujaste a “x”, me estás haciendo quedar mal, fíjate estúpido- y no se le enseña a dar una disculpa directamente. La madre o el padre son los que suelen disculparse por él.

Los padres americanos por el contrario obligan a sus hijos a disculparse directamente, sin importar si el incidente fue insignificante. En una ocasión mientras estaba limpiando mesas, una niña –de escasos 6 o 7 años- accidentalmente aventó un vaso de papel a su hermano y me pegó. La chiquilla se apenó y dejó de jugar, en ese momento su mamá le habló con dureza y le ordenó disculparse; la niña guardó silencio y se mantuvo inmóvil. Le dije a la mamá que no era necesario una disculpa (realmente no le di importancia), pero ella no dejaba de ordenarle; la niña entonces se levantó y le dijo a su madre en voz alta y molesta: “mamá me estas humillando”, la mamá contestó: “si obedecieras no sería necesario esta situación, cometiste una falta y tienes que disculparte”. Finalmente con lagrimas en el rostro la niña se acercó y dijo: “I´ m sorry miss” y le conteste: “that´ s ok, no problem”. Curiosamente experimenté un

sentimiento de culpa por el regaño que recibió la niña... quizá porque como mexicana acostumbraba a no hacer sentir mal a la gente ya sea directa o indirectamente como en este caso; aunque no fuera mi responsabilidad. Aunque la mamá estaba exigiendo una actitud en su niña, en ningún momento utilizó alguna palabra denigrante u ofensiva que atentara contra la dignidad de ésta. No obstante la niña lo percibió así, pero la mamá dio una explicación que la niña finalmente comprendió.

Muchos padres mexicanos –en cambio- consideran vergonzoso cuando alguno de sus niños comete una falta o travesura, los “disciplinan con palabras humillantes que atentan contra la dignidad de estos”, ya sea en público o en la privacidad de la casa. El niño no se atreve a discutir la orden del padre o madre, llora o guarda silencio mientras lo reprenden.

El uso de espacio es también un aspecto muy valorado entre los americanos, ellos suelen anteponer un poco más de medio metro de distancia en sus conversaciones, cuando hacen fila en el banco, en el cine o en cualquier parte. Recuerdo que en las primeras semanas tuve algunos roces con la gente al caminar –sobretudo en el restaurante- que al principio no le daba importancia, no obstante ellos me miraban molestos y en varias ocasiones me decían “excuse me”. Usualmente regresaba a dar una disculpa, aunque pensando que eran demasiado exagerados, con el tiempo aprendí a observar que para los americanos era necesario disculparse por él más mínimo roce, pues les resultaba agresivo y de mala educación invadir su espacio.

También observé que a veces cuando tenía que entrevistarme con el dueño del restaurante... un hombre de carácter recio y de una personalidad imponente, notaba que me incomodaba dirigirme a él o incluso cuando él se dirigía a mí, utilizando el pronombre “you”. Me sentía extraña y desprotegida, era una sensación de igualdad a la que no estaba acostumbrada, sabía de ante

mano que este pronombre fungía como ambos “usted o tú” y que no incomodaría al dueño, no obstante la costumbre de especificar respeto con una palabra me incomodaba más a mí. Al menos las primeras veces que mantuve conversación con él o con cualquier otra persona que representara alguna autoridad o de edad avanzada.

En un principio me sorprendía que los adolescentes americanos se dirigieran en español al Sr. Rene sin anteponer “señor” o “usted”, decían: “¿Hey Rene como estas?, Rene necesito que me ayudes, Rene eres muy trabajador”. Me parecía extraño la confianza, lo trataban como si fuera su igual (en el sentido de no “respeto” a su edad). Al Sr. Rene parecía no incomodarle esta actitud, al contrario parecía conforme y libre de bromear con ellos. Para el americano también era sorprendente que los mexicanos utilizáramos un pronombre específico para referirnos a alguien. En más de una ocasión, cuando me preguntaban que significaba “señor” o “usted”, les explique las costumbres de los hispanos con respecto al “respeto por los mayores”, pero ellos insistían que los mexicanos éramos muy complicados; era más fácil decir simplemente Rene. Con el tiempo comprendí que utilizar simplemente el pronombre “you”, era como una forma de romper barreras invisibles que me hacían sentir con frecuencia –en México- en una posición menor o inferior ante otros, y que el idioma inglés me permitía gozar de mayor libertad, seguridad e igualdad. Por cierto que aunque intenté hablarle al Sr. Rene de tú (de antemano con su permiso), nunca pude hacerlo.

Mi inglés mejoraba día a día sin darme cuenta. Un día cuando estábamos cerrando el restaurante, Jon me comentó que me admiraba y apreciaba porque era una mexicana muy inteligente; hizo énfasis que en pocos meses había logrado lo que muchos compañeros mexicanos en años no habían avanzado (me veía como sí fuera un fenómeno). Fue entonces cuando comprendí su actitud grosera de un principio, el problema no era cuestión de

racismo sino de aprendizaje, actitud y conocimiento. Los americanos tienen por concepto a los “mexicanos” por flojos porque no aprovechan la escuela, lentos de aprendizaje porque no aprenden inglés y conformistas porque trabajan doble tiempo y percibiendo el mismo sueldo.

Como mencioné anteriormente, día a día descubría capacidades, cualidades y un “yo” que no había visto antes de cruzar la frontera. Poco a poco me abría paso en un contexto donde la necesidad te obliga a enfrentar miedos e inseguridades y adoptar nuevas actitudes e ideologías, para sobrevivir en el nuevo medio.

La falta de lectura y deseo de aprender era uno de los grandes obstáculos de mis compañeros para obtener mejores sueldos u otros puestos, con frecuencia la negación de estos motivaba a mis compañeros decir que todo era causa de la discriminación o racismo. Ellos consideraban que su trabajo no era valorado, que el dueño los explotaba y que gracias a ellos funcionaba el negocio. A este respecto, observé que tenían razón en el sentido de que los americanos no funcionaban solos en la cocina, necesitaban por lo menos de un hispano para sacar el trabajo. Los americanos no se preocupan por ser los mejores en la cocina (aunque si habían algunos chicos hábiles), ellos simplemente trabajan pensando en la hora de salida... este tipo de trabajos no representan algo significativo. Mis compañeros mexicanos por el contrario tratan de ser el mejor, demostrarlo y que se le reconozca... aunque no aprendan inglés. Es cierto que los inmigrantes tenemos la necesidad de trabajar más fuerte que los americanos, y por eso los empleadores prefieren nuestra fuerza de trabajo, pero lo que no entendía era él porque de aferrarse a no aprender el idioma, si existe la oportunidad. Cuando les preguntaba ¿por qué no van a la escuela?, ellos decían: “Porque no tengo tiempo, estoy cansado en mi día libre, prefiero reunirme con mis cuates, de todos modos no aprendo”. Observar la t.v. en inglés era otra forma de aprender en casa, pero ni siquiera hacían este esfuerzo, preferían ver t.v. o escuchar la radio en español todo el tiempo. Su actitud era cómoda, parecía como si esperaran que los americanos aprendieran

español en vez de ellos esforzarse a aprender inglés. *La actitud de espera era familiar, en México la gente esta acostumbrada a exigir al gobierno que resuelva los problemas de las comunidades, si bien es cierto que parte le corresponde a las delegaciones, también es cierto que no nos organizamos, ni proponemos alternativas, simplemente nos quejamos y esperamos pasivamente.*

Ramón de 25 años de edad era originario de Mexicali, había emigrado a los USA desde que era un niño. Desempeñaba el puesto de asistente y se caracterizaba por hacer alarde de su cargo, así como de ejercer su poder –a veces- de una manera humillante y demandante en especial con los hispanos y cuando estaba solo como encargado; les cargaba el trabajo y algunas veces los obligaba a seguir trabajando a pesar de que ya habían checado su salida. Cuando estaba presente el manager o los otros asistentes, su comportamiento era servicial y de apoyo para los demás empleados. Al principio cuando no lo conocía, su actitud era de confianza y amigable, se decía defensor de los trabajadores hispanos y de sus derechos. Con el tiempo me percaté de su “doble cara”, en realidad lo más importante para él era quedar bien con el dueño, le ahorra dinero al quitarle horas de trabajo a algunos empleados y se quedaba solo con un empleado que hiciera doble trabajo. Algunas veces también hacía que siguiéramos trabajando, a pesar de haber marcado salida.

Los empleados se quejaban entre ellos de él, pero no se atrevían a ejercer sus derechos por miedo a perder su trabajo, se sentían limitados por la falta de inglés, y en general todos tenían la costumbre a guardar silencio (solían decir: “para que protestar sí de todos modos no les importa”, “nosotros en realidad no tenemos derechos”, “finalmente ellos siempre tienen la razón”, “bueno él no es tan malo, también nos ayuda cuando estamos ocupados”, “si hablara suficiente ingles entonces me respetarían”). A veces también trataba de abusar de los americanos, pero ellos si protestaban y se dedicaban a hacer las

labores que les correspondía sin prisa. Si acaso Ramón persistía entonces se quejaban con el dueño.

A pesar de que aprendía inglés más rápido que los otros compañeros, aún así, compartíamos una carencia de asertividad para expresar desacuerdos, opiniones o hacer valer nuestros derechos. El ambiente laboral era completamente nuevo para mí -en México no tuve la necesidad de trabajar, mi casa y la escuela funcionaban como un sólo hogar-; gracias a Ramón que no se cansó de humillarme y de explotarme por un par de meses, encaré y comprendí por primera vez lo dependiente que era de mis padres; el miedo que sentía era una combinación de inseguridad, inferioridad, baja autoestima y respeto distorsionado que se me había inculcado en mi niñez. Los mexicanos tenemos por costumbre o herencia cultural ser respetuosos y amables, primero con los padres que son un símbolo de amor y autoridad, después con los maestros y patrones que también son representantes de poder y autoridad. El problema es que cuando tenemos la necesidad de exponer ideas, opiniones, necesidades y sobretodo derechos, internamente nos complicamos la vida pensando diferentes formas y estrategias de expresarlo sin tener que faltar “al respeto”. Es por eso que muchos optamos por guardar silencio o simplemente no somos completamente claros cuando nos expresamos ante estas entidades, así que entonces permitimos, aunque parezca irónico, que a nosotros si se nos falte al respeto y sé transgreda con nuestra “dignidad”.

Con Ramón toqué fondo, pero una vez que aclaré mis pensamientos y emociones entonces hablé con él dejándole saber que ya no permitiría sus abusos y falta de respeto, aclaré que sabía mis derechos y que a partir de ese momento los empezaría a ejercer. Ramón sólo se burló y amenazó con despedirme, lo mire y le dije que sólo el dueño podía tomar esa decisión y no un simple empleado como él. Tomando el ejemplo de los demás americanos hablé con el dueño y expuse el problema, en ese momento gozaba de cierto aprecio

por el dueño pues desempeñaba bien mi trabajo y no acostumbraba a dar problemas. Así que Ramón no volvió a molestarme, los otros compañeros mexicanos también aprendieron a defenderse y hacerse respetar. Experimente una sensación de libertad y tranquilidad.

Después de algunos meses de estar trabajando, ingresé a las clases de inglés para extranjeros que se impartían en la High School (preparatoria), que se ubicaba a 10 min. de distancia de donde vivía. En la primera semana de clases noté que todos mis compañeros eran estudiantes regulares de entre 14 a 18 años de edad que aún no dominaban el idioma inglés. Algunos de ellos tenían poco de haber llegado a CA y otros ya llevaban por lo menos un año en el país. A pesar de su escasa comprensión tenían que tomar otras clases como: matemáticas, historia, geografía, etc., cada estudiante estaba ubicado en el semestre que correspondía a su edad. La mayoría eran originarios del interior de la república mexicana, sólo algunos del distrito federal y los demás provenían de centro y Sudamérica; en esa época sólo un estudiante era de origen Iraní, por cierto que este alumno era quien mejor dominaba el idioma y en pocos meses se retiró del grupo.

A pesar de que asistía sólo algunas horas a la semana, era extraño estar nuevamente en la preparatoria. A la entrada de la escuela me sorprendía ver lo desarrollados que estaban los americanos (en el restaurante también observé que mis compañeros estaban demasiado desarrollados para su edad), aparentaban ser jóvenes que oscilaban entre los 20 a 25 años de edad cuando en realidad aún no llegaban a los 18 años. Los americanos se caracterizan por desarrollarse a temprana edad y por lo tanto aparentan mayor edad, los hispanos por el contrario representamos menor edad a comparación de ellos. Era una sensación divertida y extraña aparentar ser una adolescente, a veces imaginaba como si hubiera cambiado de identidad y empezara una nueva vida; aunque de alguna manera si lo estaba experimentando.

Los salones también eran de madera y estaban alfombrados, se usaban plumones para escribir en los pizarrones, en cada salón había una bocina para informar a los alumnos de alguna actividad o llamar a algún maestro; a cada alumno se le asignaba un casillero (locker) para guardar principalmente libros.

La comunidad estudiantil también era otro aspecto del ambiente que imponía a primera vista. Los anglosajones y sus cabelleras rubias predominaban en los patios, las mujeres utilizaban playeras o blusas –a mi parecer- demasiado cortas y descubiertas; no usaban maquillaje, su cara lucía siempre al natural, su cabello era largo y lacio, siempre sencillo. Los varones usaban playeras de colores claros. Su actitud era amable con todos los alumnos sin importar el origen étnico, no recuerdo haber visto muestras de racismo. Mi hermana –como estudiante regular- era quien me platicaba la ética del sistema escolar y como se desenvolvían los diferentes grupos culturales.

Los alumnos afroamericanos aunque eran una minoría su presencia se imponía, en ellos lo que más llamaba mi atención era su actitud temeraria que se conjugaba con su caminar seguro y vestimenta usualmente de color oscuro o brillante (café, negro, amarillo, rojo o azul, por mencionar algunos). Casi siempre se agrupaban, rara vez se observaba un alumno de color compartiendo la mesa con blancos. Al parecer no era una cuestión de conflicto con los blancos en ese momento, mi hermana decía que era una forma de mostrar la unión, el apoyo y el orgullo que sentían por su raza; ellos siempre tienen presente la historia de racismo de que fueron víctimas sus antepasados durante décadas.

En la pizzería conocí a Marcus, él era afroamericano y era muy simpático. Con frecuencia trabajábamos juntos en la cocina, llamaba mi atención su forma de hablar inglés, pues era diferente al de los blancos.

Cuándo le pregunte él porque de esta diferencia, él me miró con seriedad y me dijo: Do you have any problem with it? (¿Tienes algún problema con ello?), le sonreí y le dije que no, sólo era curiosidad; le explique que a pesar de que el extranjero se esforzara por dominar el idioma siempre prevalece el acento del idioma original, pero él siempre había escuchado el acento americano. Entonces, con amabilidad me comentó: “es una forma para distinguirnos de los blancos, en el pasado cuando prevalecía el racismo hacía nosotros, los blancos impusieron que se nos enseñara el idioma con otro acento para que siempre nos distinguieran, así por ejemplo si hablábamos por teléfono para solicitar información los blancos sabían de inmediato nuestra raza y nos daban otro trato; de denigración”. Entonces le dije: “Pero porque continúan hablándolo así (aclare de antemano que me gustaba su acento), si ya no son objeto de esa discriminación”, entonces dijo: “cierto, pero ahora nosotros lo hacemos por que nos sentimos orgullosos de ser diferentes a los blancos, es una forma de unión, lo negativo se tornó positivo para nosotros”. Por cierto que siempre fue tratado con igualdad por los compañeros, nunca observe alguna actitud despectiva hacía él.

Los hispanos eran otra de las minorías que resaltaba en la escuela, el color moreno –principalmente- y el cabello oscuro nos caracterizaba a primera vista. Las chicas usualmente se maquillan, pueden vestir con pantalones cortos o pantalones largos y camisas extragrandes, los varones también visten pantalones y camisas extragrandes. En el patio observe que los hispanos se agrupaban en diferentes formas, la mayoría convivían solo entre ellos aunque se podían diferenciar de entre estos otros subgrupos, había chicos que se relacionaban un poco mas con el anglo americano y finalmente algunos sólo se relacionaban con los blancos u otro tipo de grupos étnicos.

El grupo más fácil de identificar y al que yo pertenecía eran los que tenían poco de haber emigrado a los EU y que sentían la necesidad de unirse al

reconocerse mexicanos que comparten cultura y valores, así como la inseguridad de experimentar un nuevo contexto.

Este grupo estaba integrado por niños legales e ilegales, la jefatura escolar no hacía ninguna distinción; el departamento de migración y su problema con los indocumentados no afecta el derecho de que todo niño reciba educación.

Aún se percibía en la actitud, el vestir y el maquillaje –en las mujeres- de la frescura o naturalidad del país de origen, los chicos durante los primeros meses de haber ingresado mantenían su cabello, pero una vez que se ambientaban se rapaban como los demás hispanos (era como una forma de identificarse). En el salón de clases el comportamiento de los alumnos era obediente, curioso, a veces tímido pero dispuesto a aprender. Aunque había alumnos de centro y Sudamérica su actitud y rasgos físicos era similar a la del mexicano, a menos que ellos mencionaran su nacionalidad eran considerados también como mexicanos por los maestros.

A pesar de que los maestros mostraban verdadero interés porque el alumno aprendiera el idioma, el aprendizaje de estos era muy lento a comparación de otras minorías. La razón principal era porque al alumno se le facilitaba hablar en español con su compañero de clase cuando no sabía alguna frase o palabra en inglés, incluso afuera de la escuela era sencillo comunicarse en español, pues como lo mencioné anteriormente los hispanos somos la minoría más grande en CA y por lo tanto en cualquier parte siempre hay una persona bilingüe que nos “facilite” la comunicación. Esta ventaja /desventaja no las tiene otras minorías (chinos, japoneses, árabes, entre otras), por lo que se obligaban a aprender y practicar el inglés con mayor frecuencia para poder comunicarse a diario. Esta quizá era otra explicación del bajo rendimiento escolar en los hispanos a comparación de los otros grupos étnicos, su comprensión era limitada y por lo tanto no entendían claramente las otras clases; aunque en matemáticas el rendimiento de la mayoría de los hispanos

era positivo, probablemente se debía a que el lenguaje matemático es universal. Esto desmentía la suposición de que los mexicanos son lentos de aprendizaje.

En alguna ocasión estaba viendo un programa de televisión donde se trataba el tema de “racismo”, para mí fue impactante escuchar a un hombre de origen cubano que se expresaba de los mexicanos con desprecio. Decía que prefería que su hija se casara con cualquier hispano excepto con un mexicano, pues sabía que cualquier otro se superaría y lograría un mejor nivel de vida.

Lo más triste del asunto no es que nos desvaloraran otros, sino que gran parte de la comunidad mexicana creía esto. Se compara y se desvalora a partir de los logros de otros grupos. En más de una ocasión mis compañeros de trabajo comentaron que sabían que ellos “no tenían cerebro para aprender” y que “el mexicano es flojo de por sí”. Existe una predisposición a creer que nuestras capacidades son limitadas por naturaleza, es cierto que la sociedad americana influye y crea un ambiente de predisposición negativa hacia nuestro grupo cultural; aunque en realidad esto es originado por nosotros mismos, los padres mexicanos son los responsables –inconscientemente- directos de fomentar la base de esta mentalidad limitada en los niños antes de permitir que se exploren y sé redescubran en la sociedad.

Otro grupo importante de hispanos eran aquellos que se identificaban como “cholos”, ellos vestían con pantalones y camisas extragrandes, era como una especie de uniforme. Su manera de caminar era curiosa, se balanceaban ligeramente de un lado a otro, así como su expresión corporal era un poco inclinada hacia delante y ocultaban su cabeza rapada con un paliacate o lentes oscuros. A pesar de que sus rasgos y color de piel eran hispanos, su forma de hablar español entremezclado con inglés vislumbraba otro tipo de mexicanos; ya no existía la frescura del primer grupo. Mi hermana decía que ellos se identificaban como mexicanos, pero siempre estaban en plan de rebeldía en

contra el sistema escolar, con frecuencia se ausentaban de clases y se metían en problemas. Los comparaba un poco con los chicos banda de la ciudad de México, incluso habían desarrollado una especie de lenguaje con las manos (señas o símbolos) que los identificaba y diferenciaba de cada banda. No mostraban interés por terminar la escuela o deseos de superarse. La mayoría de estos chicos habían llegado a CA desde muy pequeños, sus padres les habían enseñado los valores de la cultura mexicana, ellos habían sufrido la transición de una cultura a otra de una manera presionada. Por un lado en casa se hablaba en español y se practicaban las costumbres del país de origen, pero cuando asistían a la escuela se hablaba en inglés y aprendían nuevos valores, a venerar otra bandera, convivir con niños de otro color y aprender a sobrevivir en un contexto cultural que menosprecia su origen y capacidad; esta idea es transmitida por los padres principalmente. Como por ejemplo mis compañeros de trabajo transmiten la percepción errónea que tienen de sí mismos y de la cultura anfitriona a sus niños pequeños.

Un tercer grupo son “los pochos”, las mujeres se distinguían por exagerar la pintura de sus labios, cejas y ojos, parecía como si portaran una máscara. Los chicos acostumbran a raparse y su vestir era parecido al del “cholo” aunque este no se ocultaba tras lentes o paliacates y su caminar era seguro, pero sin exagerar o pretender mostrar temor con sus movimientos. Estos chicos eran descendientes de mexicanos, ellos nacieron en los US. Ellos se consideraban norteamericanos, hablan inglés y por lo regular entienden poco español y lo hablan con dificultad, no se consideran parte de la comunidad mexicana ni tampoco de la anglosajona. Simplemente son diferentes.

Estos niños tienen la ventaja de nacer con la nacionalidad norteamericana, aunque sus padres hablen en español ellos crecen en el contexto cultural anfitrión y una vez que empiezan a ir a la escuela se les enseña a amar todo lo que representa su país. Desde los primeros años

aprenden la diferencia de los grupos culturales y de la pésima imagen de que es señalado el origen de sus padres, tratan de evitar ser comparados o identificados como mexicanos. No les gusta hablar en español y tampoco les interesa conocer o saber del país de origen de sus padres. A pesar de que su aspecto físico mantiene la característica de los hispanos, ellos tratan de formar un nuevo grupo que no pertenece a los anglos o a los hispanos.

Conforme los niños inmigrantes aprenden el idioma se les facilita convivir con los anglosajones y otras minorías. Aquellos que son apoyados por su familia y que desean un mejor futuro por lo regular continúan estudiando y aprenden a dominar ambos idiomas. En cambio muchos de los chicos que no son apoyados por su familia, son vulnerables a desertar de la escuela, dedicarse a trabajar y formar una familia desde muy jóvenes, otros chicos lamentablemente se enrolan en grupos destructivos como “los cholos” mencionados anteriormente, pues se identifican en la similitud de carencias.

El problema es quizá mucho más complejo de lo que parece, las familias mexicanas al emigrar a los US son víctimas del sistema y sufren la desintegración familiar. California es considerado el estado más costoso de la unión americana, los matrimonios se ven obligados a trabajar –la mayoría de ellos- varias horas al día para poder pagar rentas elevadas, un coche que es necesario para transportarse, seguro de éste y gastos básicos. A pesar de que los sueldos son mucho más elevados que los que se perciben en México, la gente que no domina el idioma inglés por lo regular percibe sueldos que no les alcanza para cubrir los gastos, es por eso que la pareja se ve en la necesidad de trabajar varias horas al día. Por lo regular se paga por hora, así que entre más horas laboren más dinero. Una vez que aprenden el idioma inglés, entonces obtienen mejores oportunidades, obtienen un mejor sueldo en menos horas de trabajo.

Los niños se quedan solos –por lo regular- a cargo del hermano mayor. Los papás después de una larga jornada regresan a casa cansados y sin deseos de escuchar problemas, para ellos es difícil adaptarse al nuevo contexto cultural y aprender a modificar conductas para funcionar en éste. Las presiones de la vida diaria, muchas veces los obliga a apartar su atención de los hijos, creando inconscientemente un sentimiento de abandono en ellos.

Al estar trabajando en una tienda de ropa conocí a una joven de 19 años, las dos trabajábamos en el mismo departamento. Había nacido en Ca, y era hija de madre soltera –de origen mexicano-, tenía tan sólo unas semanas cuando empezó a platicarme de su vida. Ella era la mayor y durante su niñez creció prácticamente en el abandono, su primera experiencia sexual fue a la edad de 11 años en su casa con un amigo, apenas un año mayor que ella. No pude evitar preguntarle como se había dado la relación, ella dijo: “mi mamá siempre estaba trabajando y yo me salía a la calle, no me gustaba ir a la escuela, ella no se daba cuenta si iba o no. Conocí a este muchacho en la calle, una vez lo invité a pasar a la casa, él me empezó a besar y después nos acostamos”. ¿Cómo pasó?... ¿acaso te obligó?... ¿qué pensaste antes y cómo te sentiste después?... pregunté. Ella dijo: “no lo pensé simplemente pasó, tenía curiosidad por saber. La primera vez fue un poco doloroso, pero después ya no me dolió. Después de eso lo hicimos otras veces”... su relato era tan sin sentimiento o emoción alguna, que me causaba aún más curiosidad saber un poco más de su idea acerca de la moral, valores acerca de las relaciones sexuales; así que insistí en preguntar. ¿Tu mamá te había hablado de lo que implicaba tener relaciones sexuales?, ¿Te protegiste?, ¿Alguna vez te sentiste mal por haberlo hecho?... ella contestó: “mi mamá nunca me dijo nada, mis amigos me contaban de eso. Nunca me sentí mal por haberlo hecho, todas mis amigas lo hacían. No, no me protegí, con él no paso nada. Después con otro de mis novios si aborté”. ¿Cuántas parejas has tenido?... pregunté... ella dijo: “hasta ahora 10 parejas”... ¿y con todos has tenido relaciones? Pregunté en tono

alarmante... ella dijo con naturalidad: "sí". Era apenas una joven de 19 años y sorprendía la naturalidad con que relataba ya una historia de vida sexual, al parecer no le causaba ningún sentimiento de culpa o incluso de desvaloración, la "moral mexicana" no existía al parecer en su pensamiento. Curiosamente no me pareció una chica que se dedicara a prostituirse, simplemente se había criado en la calle con personas que se fueron descubriendo así mismas de manera inocente. Y reitero inocente, porque no existía malicia en su relato o alguna especie de morbo... más bien era yo quien se sentía afectada al escuchar su relato. *Desde el marco moral de la sociedad mexicana, no es bien visto que una mujer tenga más de una pareja sexual, que decida vivir sola, o que vista demasiado entallado o corto en la calle, por mencionar solo algunas. Pues, de no ser así, la mujer se expondría a ser señalada de manera negativa... muchas veces "se le desvalora o no se le considera digna de respeto".*

En un principio pensé que era un caso aislado, no obstante conviví con otras chicas que habían crecido en un contexto similar y contaban historias similares, una de ellas me preguntó con curiosidad: ¿Porqué te sorprendes tanto?... le dije: me sorprende que hayan iniciado su vida sexual siendo todavía unas niñas, mientras ustedes experimentaban su sexualidad a los 11 años, yo jugaba todavía con muñecas. Esta chica replicó: "bueno lo que pasa es que nuestros padres nunca estaban en casa, nosotras nos hicimos en la calle, ahí nadie te critica por tener relaciones sexuales. Yo tenía que hacerme cargo de mis hermanitos desde que tenía 9 años, tuve que ser responsable y madurar desde muy chica. Los amigos de la calle también crecen solos, somos como una especie de familia, empezar a tener relaciones sexuales desde muy chicos es normal. Aprendemos con los amigos y generalmente nos juntamos con alguien del mismo grupo". Ella tenía 18 años, estaba esperando su segundo bebé y su pareja tenía la misma edad, los dos parecían ser responsables y llevar una relación estable.

También observé a chicos con rasgos hispanos que preferían interactuar con anglosajones u otros grupos culturales. Estos chicos por lo regular eran ya parte de una segunda generación de descendientes mexicanos que habían nacido en la unión americana. Otros chicos en cambio eran hijos de padre o madre mexicana casados con un americano (a), por lo regular se habla inglés en sus casas y no son motivados a aprender el español; aunque algunos padres si tratan de hablarles en español, estos prefieren no aprenderlo para ser mejor aceptados en el contexto escolar. El ambiente escolar ejerce mucha presión en los niños, aunque sus padres se encargan de hablarles de sus raíces culturales, ellos –los chicos- ya son parte de la cultura angloamericana. Tratan de no convivir con los inmigrantes hispanos, como lo mencioné anteriormente la imagen del mexicano no es positiva y por lo tanto los chicos prefieren pertenecer al grupo “privilegiado de los americanos” y no verse relacionados al grupo de los “perdedores como los mexicanos o hispanos”. Algunos de ellos aunque comprendan español lo niegan frente a sus amigos o con los mismos hispanos, otros chicos sin embargo intentan practicarlo cuando pueden.

Durante el tiempo que laboré en el restaurante conocí a un chico de 17 años llamado Carlos, sus rasgos eran fácil de identificar como hispano. Resulta que era de nacionalidad americana y no hablaba español, su papá era de Michoacán y se había casado con una anglosajona. Parecía un chico amable, así que le pregunté ¿por qué no sabes español, si tu papá es de origen mexicano?, ¿O acaso si sabes pero te avergüenzas de hablarlo?... él me miró con sorpresa y respondió: “te juro que no sé hablar español, mi papá nunca me enseñó. Mamá quería que aprendiera a dominar el idioma inglés por que no deseaba que sufriera como mucha gente con la que había convivido, incluyendo a papá. Pero nunca me prohibió que aprendiera español o cualquier otro idioma, de hecho a mí me gusta escuchar el español”. Entonces pregunte: si te gusta ¿por qué no has intentado tomar clases y aprender? Y él contestó: “sí lo

he intentado, pero soy muy estúpido para aprender idiomas, se me hace muy difícil". Era un buen muchacho, de alguna manera lo entendía pues a muchos estudiantes mexicanos se nos dificulta el aprendizaje del idioma inglés, y muchas veces desertamos de los cursos; a pesar de que sabemos que es necesario hoy en día. Aprendí que no todos los chicos se avergüenzan del origen de sus padres o rechazan la imagen que se tiene del mexicano, simplemente no se interesan en aprender otro idioma. A menos que les guste o se los exijan en la escuela o para conseguir algún trabajo.

Después de dos años de trabajar en el restaurante con los mismos compañeros, los anglosajones empezaron a salirse del restaurante, pues habían concluido su preparatoria y se disponían a integrarse a la universidad de tiempo completo. La mayoría de ellos eligió universidades que estaban en otros estados de la unión americana. Cada uno platicaba sus planes y se despedían con inmensa alegría de los que todavía permaneceríamos otro rato. Experimente una sensación de abandono y nostalgia al recordar que alguna vez yo también dije con alegría que me iba a la universidad:

Ese recuerdo parecía tan lejano que sentía como si hubiera sido un sueño. Cada vez que un compañero se despedía sentía la misma sensación de tristeza que experimente cuando estuve en el CCH, había reprobado una materia y corría el riesgo de quedarme un año más en la escuela. Mis compañeros que no debían materias ya festejaban su pase a la universidad, mientras que yo desesperaba por estudiar y pasar el último examen extraordinario a que los alumnos de sexto semestre teníamos acceso como última oportunidad de acreditar. Felizmente en aquella ocasión pude celebrar con mis compañeros de clase el pase a la UNAM.

Comprendí que hasta ese momento laborar en el restaurante había sido como una especie de escuela para mí, cuando finalmente se fueron todos los amigos con los que inicié, entonces sentí el trabajo y sus consecuencias. La rutina empezó a mermar mi interés por ir a trabajar, empecé a llegar tarde, la conversación de mis compañeros hispanos me aburría y tampoco encontré la

química con los nuevos compañeros americanos. Era tiempo de una evaluación de mis planes a futuro, había pasado más de dos años trabajando en un lugar en el que ya había aprendido lo que tenía que saber.

En ese entonces decidí enrolarme al “College community”, este colegio comunitario era como una especie de escuela técnica donde se podían estudiar carreras cortas y también adelantar materias antes de ingresar a la universidad. Como se ha mencionado el nivel de vida es elevado, la universidad es costosa así que muchos jóvenes optan por ingresar al College comunitario donde pueden tomar materias relacionadas con la carrera y ahorrarse un dinero. También existe el área de idiomas, el idioma inglés es el que tiene más demanda por lo que existen infinidad de horarios disponibles 6 días a la semana. Desde el primer semestre observe que se requería de un previo conocimiento, los maestros son exigentes y los compañeros también ejercen presión. El ambiente era totalmente diferente a la escuela anterior, en esta ocasión la mayoría de los compañeros eran adultos y había representantes de los 5 continentes. Era una experiencia maravillosa ver y escuchar la diversidad de lenguas, acentos, rasgos físicos e indumentaria en una sola clase. No era posible hablar en español, los maestros organizaban grupos de 5 personas de origen diferente, era ya complicado entender el inglés del americano; pero entender el inglés de los chinos o los árabes era todo un reto. Su acento era tan pesado que a veces trataba de adivinar o utilizar señas para poder entendernos. Los orientales se caracterizaban por su nobleza y perseverancia, a pesar de que los maestros a veces perdían la paciencia, ellos eran de los grupos culturales que terminaban los cursos. Los árabes era otro de los grupos perseverantes, sólo que estos se caracterizan por ser menos sociables y a veces prepotentes. Los hispanos lamentablemente era uno de los grupos con más índice de deserción, las razones: “presión de los maestros, dificultad de aprendizaje, falta de tiempo o desidia”. Aunque de entre los hispanos observé con tristeza, que algunos grupos hispanos de centro y Sudamérica (como Perú,

Colombia, Uruguay, Chile, entre otros), tienden a continuar estudiando y obtener mejores empleos que muchos mexicanos. Desde luego existen muchos mexicanos que han logrado destacar y obtener grandes logros; no obstante es una minoría.

En alguna ocasión el Dr. Rodas (de origen Guatemalteco y director de la clínica comunitaria donde trabajaba), dijo: “he observado que el mexicano emigra con la idea de conseguir trabajo en lo que ellos saben hacer en su lugar de origen y ganar obtener un mejor sueldo; para ellos esto es suficiente. El sudamericano, en cambio, la mayoría es gente preparada o bien personas que han sufrido guerras, crisis económicas y malos tratos durante la migración que tratan de progresar y perseveran más”.

La mayoría de los compañeros de clase se caracterizaba por tener alguna profesión en su país, algunos habían tenido que abandonarlo en busca de mejores condiciones de vida, algunos por el simple hecho de conocer al famoso país americano, otros contaban que a sus parejas se les había presentado la oportunidad de trabajar en los US. También había gente que había escapado de su país por la guerra o por amenaza de muerte y finalmente estaban los que salieron de su país con el fin de escapar de sí mismos.

A diferencia del latino que por lo regular sólo habla español y sólo algunos dominan dos o más idiomas, observe que en otros continentes la gente domina más de dos idiomas. En Europa y Asia –por ejemplo- se distingue porque existe mayor diversidad de idiomas y posibilidad de visitar otros países. Latinoamérica, en cambio, se distingue por que la mayoría de los países que la conforman, hablan el español; y aunque también hay otros países que hablan otro idioma, la economía no es tan abundante como para que el ciudadano común viaje con frecuencia.

Con el tiempo hice amistad con algunos compañeros de oriente y occidente –principalmente- que en alguna ocasión compartieron miedos y

frustraciones similares a los que experimenté al abandonar el país de origen, la familia, los amigos, el vecindario, y la profesión, para venir a ser menos o nada en otro país. Aprendí que en algunas culturas era aún más difícil incluso sostener una entrevista de trabajo, pues en su cultura no acostumbran a mirar a los ojos y a hablar en voz baja –como la comunidad china- entonces los empleadores en su mayoría anglosajones, lo calificaban de inseguros y faltos de asertividad, por lo tanto no eran contratados. Una vez que logramos obtener el primer empleo, entender un poco el idioma y superar los momentos difíciles, entonces experimentamos una sensación de confianza que nos motivaba a seguir adelante.

Al escuchar a mis compañeros describir sentimientos y miedos similares a los que viví, comprendí que no era un sentimiento exclusivo de mi inseguridad, todo inmigrante –de cualquier nacionalidad- experimenta una dolorosa transición. Aunque, en los profesionistas –probablemente- es aún más impactante que aquellos que están acostumbrados a desempeñar trabajos rutinarios, pues su motivación principal es ganar un sueldo que les permita vivir y darse un lujo de vez en cuando. En cambio, para la gente que ha dedicado tiempo al estudio, desempeñar un trabajo es más que satisfacer la necesidad económica; es el deseo de satisfacer la necesidad intelectual y emocional de crear y disfrutar la realización de sueños a los que se ha dedicado gran parte de la vida. Es por eso que al llegar a un contexto en el que nuestra capacidad intelectual ha dejado de tener importancia para dar paso a las habilidades manuales, entonces experimentamos momentos de desesperación, stress, frustración y depresión que nos consume poco a poco.

Era una necesidad sentarme en un salón y seguir aprendiendo... cuando dejaba de asistir algún semestre a la escuela mi vida perdía sentido, el trabajo y la diversión no eran suficiente para sentirme satisfecha. En el College podía hablar con personas con aspiraciones y de diversas culturas que se encontraban atrapadas en la seguridad de un empleo y el miedo a empezar de nuevo; me sentía comprendida y menos sola.

Existía tal resistencia al cambio, que preferíamos permanecer en un empleo que aunque no nos satisfacía, gozábamos del respeto y la confianza que nos habíamos ganado con nuestro esfuerzo. No obstante la rutina me estaba consumiendo, veía a mis compañeros dejar sus vidas en ese lugar y me horrorizaba verme en algunos años como ellos; así que cuando me sentí más segura con el dominio del inglés, felizmente renuncié.

A pesar de que mis compañeros comentaban que las universidades no reconocían los estudios del inmigrante, busqué un tutor en el College para informarme de los trámites y requisitos que necesitaba para continuar mi carrera. Lamentablemente el tutor (de origen latino) que me atendió dijo que mis estudios no tenían ninguna validez en los US, porque nuestro nivel académico estaba por debajo del nivel americano, sugirió que estudiara una carrera corta o de otra manera tendría que hacer los tres años de preparatoria para ingresar a la universidad.

El panorama no era nada positivo, pregunté a otros compañeros hispanos que tenían una profesión pero la respuesta fue la misma. Aún así, no perdí la esperanza y fui a la CD de Tijuana México a la UNAM de Baja California que está a un par de horas de distancia de donde vivía, para investigar que necesitaba para continuar mis estudios. En el departamento de psicología me dijeron que la carrera era prácticamente nueva en el plantel, apenas estaban cursando el tercer semestre; por lo que aún no contaban con el plan de titulación. Ellos sugirieron que volviera al DF a titularme, de otra manera a cualquier universidad que fuera me harían una evaluación de mi historial académico y probablemente no harían válidas todas las materias. En ese entonces no tenía planes de regresar a México, así que no volví a insistir en el asunto.

Mi segundo trabajo fue una tienda de ropa, el ambiente era completamente diferente, ya no tenía que usar uniforme ni oler a comida. Los

compañeros -la mayoría- eran adultos que se dedicaban sólo a trabajar y a sus familias. Mi responsabilidad eran las ventas y el trabajo de inventario que se realizaba en la bodega. Desde el primer día observé que mi inglés era todavía muy limitado, se manejaba un vocabulario mucho más amplio. En el restaurante me había acostumbrado a que los americanos me ayudaran y también que adivinaran mis oraciones incompletas. Sin duda era otro ambiente que implicaba un mejor manejo de inglés y de conocimiento, por un buen tiempo me mantuve ocupada aprendiendo el negocio y continué asistiendo a la escuela.

En este tipo de trabajo observé como el americano ejerce sus derechos, pese a las negativas de los empleados. Cuando deseaban regresar algún artículo –incluso ya usado- y de acuerdo a las reglas de la compañía no se podía, pedían hablar con el manager. Con sorpresa observé muchas veces que el cliente americano lograba su objetivo, el manager accedía o proponía otras alternativas (a pesar de que se nos decía que no se podían violar ciertas reglas), de manera que el cliente se fuera satisfecho. El cliente hispano era más fácil de convencer, con menor frecuencia exigen hablar con los jefes. Aprendí a no perder el tiempo con los empleados cuando tuviera algún problema y tampoco a detenerme fácilmente ante un “no”; es más eficaz, pedir con seguridad, hablar con el jefe directamente.

Una vez que terminé los cursos básicos de inglés para los extranjeros y que me sentí más segura en el dominio de inglés, entonces me animé a tomar otras clases que en algún momento de mi adolescencia desee continuar aprendiendo alguna materia (como las matemáticas) o simplemente tenía curiosidad de explorar otras cosas fuera de la rutina escolar.

Era un reto tomar clases en inglés con estudiantes americanos, el ambiente era diferente a las clases de inglés para inmigrantes donde todos teníamos las mismas desventajas y un poco de consideración de los maestros. En esta ocasión todos dominaban el idioma y al maestro no le interesaba saber si yo lo dominaba o no. El trato era igual y no percibí otra desventaja de aprendizaje, fuera del dominio del idioma.

Por cierto que también tomé un par de clases de psicología, deseaba observar la diferencia de la psicología que se enseña en México y la de los EU, fue sorprendente escuchar al profesor decir chistes parecidos a los que decían mis profesores en México, los temas eran familiares; en una ocasión estudiantes de semestres avanzados aplicaron cuestionarios en mi grupo, observé con sorpresa que las preguntas planteadas eran similares a las que alguna vez formulamos durante la carrera para algún proyecto. Entonces ya no me pareció lógico lo que se decía de la diferencia en el nivel académico, más bien era discriminación o subestimación a la capacidad de los hispanos, generada principalmente por nuestra misma gente, y apoyada por nuestra actitud derrotista. El mexicano tiene la misma capacidad de aprender y de conseguir oportunidades si las busca.

Aparte de trabajar e ir al colegio, en mis tiempos libres solía ir al cine, a la playa o al centro comercial. Realmente no había muchos lugares de distracción en el lugar donde vivía (la ciudad de Los Ángeles y San Diego estaban a hora y media de distancia), los suburbios eran como una especie de pequeñas ciudades residenciales, era básicamente un barrio blanco. Nosotros éramos de las pocas familias hispanas que vivían entre ellos, también había suburbios poblados por hispanos; pero papá había tratado de evitarlos porque decía que los mexicanos viven entre la suciedad y la inseguridad. Tuve la oportunidad de comprobarlo cuando fui a la ciudad de Santa Ana, famosa por albergar a un grupo inmenso de hispanos. La diferencia era clara desde que comienza el límite de la ciudad, las calles están sucias, los edificios y las casas lucen viejos y descuidados, se escucha música regional mexicana, puestos de comida en algunas avenidas, ruido y muchos comercios con artículos mexicanos. El ambiente era extraño porque se podía ver gente caminando en la calle usando botas y sombrero (era tan extraño como si se observara a personas usando traje en un rancho), parecía México pero distorsionado. En varias ocasiones me

cuestioné él porque la comunidad mexicana mantenía el mal hábito de tirar basura y poner puestos de comida en la calle, se suponía que habían emigrado con la idea de mejorar su calidad de vida. El panorama era deprimente, era como una resistencia a dejar sus costumbres y malos hábitos, se respira la necesidad inconsciente de recrear un ambiente similar al contexto cultural al que se sienten pertenecidos. También existen los jornaleros, personas que se colocan en un lugar estratégico de las avenidas ofreciendo su mano de obra. Muchos de estos mexicanos son indocumentados que no conocen a nadie y que necesitan ganar “dinero rápido” mientras se colocan en un empleo estable, otros, sin embargo, ya tienen tiempo viviendo en el país pero prefieren trabajar un día bien pagado y descansar tres días. Este tipo de personas se expone a ser arrestadas por migración, pues son fáciles de ubicar.

Por otro lado vivir entre los blancos era demasiado aislado, vacío y sobretodo reinaba un profundo silencio.

Había días en que dedicaba tiempo mirando por la ventana, admiraba la belleza y tranquilidad del escenario, también observaba las comodidades que me rodeaban y escuchaba mi voz interior; a veces me parecía que estaba viviendo un retiro espiritual y en otras ocasiones un exilio. Pero siempre esa insatisfacción personal, me atormentaba el no saber que hacer con mi vida, no sabía que estudiar, había muchas cosas que tenía deseos de aprender, pero finalmente sin concretar nada.

A pesar de conocer mucha gente, no tenía amistades. Conocía jóvenes de mi edad pero ya estaban casadas, otras eran divorciadas y las solteras eran adolescentes de 14 a 19 años. Entonces conocí a Norma, compañera de trabajo y era originaria del estado de México, soltera y compartíamos la misma edad. Ella me introdujo al mundo de los antros. Asistir a un antro de latinos implicaba vestir con ropa muy sensual y de zapatillas, bueno si es que deseábamos bailar. Al principio opté por asistir a los antros gabachos donde la forma de vestir es lo que menos interesaba, no obstante no me gustó el

ambiente. Así que regresé a los antros latinos, no acostumbraba a vestir sensual, sin embargo, el baile era una de mis debilidades. Cambiar mi guardarropa no fue tarea fácil, las primeras veces me sentía extraña y más de una vez me regresé a cambiar. Mi amiga me preguntaba: ¿Cuál es el problema?... contesté: “me siento extraña, como si portara un disfraz de mujer fácil” ella reía y no entendía como algo tan normal –como el vestir de esa manera- me causara tanto problema. Alguna vez le dije: “tu haz invertido tiempo en aprender a arreglarte y en la coquetería, en cambio yo he invertido tiempo en estudiar y trabajar”. Pero todo era cuestión de acostumbrarse o más bien de aceptar que “la mujer” que se reflejaba en el espejo del baño, era “yo”; la imagen de estudiante hacía tiempo que sólo existía en mi mente.

Hasta ese momento fui consciente del engaño en que había estado viviendo, recordé que desde muy pequeña tuve miedo a crecer, me aterraba la idea de que algún día tendría que ser responsable, enfrentar los problemas sola, dejar mi casa, dejar a mis papás... ser adulto significaba –en mi niñez- soledad y problemas. De alguna manera, inconscientemente había estado evitando la realidad de que ya era una adulta, al tratar de imaginar la seguridad que ofrecía la infancia.

La educación de la gente también ayudaba a sentir seguridad, como mencioné anteriormente, a pesar de que las chicas –incluso- durante el día vestían muy entalladas el americano y el hombre latino aprenden a respetar a la mujer.

Era una necesidad ir cada fin de semana a bailar y romper con la rutina del trabajo. El ambiente ya no era hispano, era latino; la música tenía un sabor caribeño: ritmos de Cuba, Venezuela, Colombia y Puerto Rico principalmente. El baile favorito es la salsa y el merengue. Representantes de centro y Sudamérica predominaban en el lugar, también asistían anglosajones y orientales que les gusta y aprenden a bailar esos ritmos. Era interesante observar representantes de otras culturas bailando música latina, por cierto que

algunos varones bailaban mejor que incluso algunos latinos. En cambio la mujer latina se destacaba por su naturalidad en el movimiento de caderas, aunque no contara con una variedad de pasos como las chinas –por ejemplo- que habían tomado clases. Por cierto que también observé que las mexicanas a comparación de las latinas, nuestra expresión corporal e incluso el lenguaje hablado es más recatado. Se podría decir que las sudamericanas eran más libres de expresar su sensualidad y lo que lograban con ello, sin caer en la vulgaridad. Alguna vez una compañera (mexicana) de trabajo comentó que las latinas –en su opinión- eran liberales y vulgares, en cambio las mujeres mexicanas se respetan porque tienen valores morales. Otra compañera de Honduras en cambio dijo: “lo que pasa es que las mexicanas son reprimidas y se creen que son mejores que nosotras las sudamericanas, pero en el fondo desean hacer lo mismo que nosotras”. Ambas opiniones me parecieron muy respetables, sin duda la educación de algunas latinas es menos represiva que la cultura mexicana; aunque observé que algunas sudamericanas confundían libertad con libertinaje. Cuestión de enfoques.

En California es fácil atribuir a la gente otra nacionalidad, quizá se deba a la diversidad de rasgos físicos, acentos y lenguas. Las primeras veces que asistí a los “antros” en diferentes ocasiones sentía una especie de rechazo de los latinos, la mayoría de las mujeres que asistía a esos lugares eran de tez morena. Mi color pálido se había vuelto aún más claro a causa de que no me asoleaba... mucha gente morena también tendía a verse más clara que cuando estaban en su lugar de origen, la razón, porque se pasan muchas horas bajo sombra y tampoco se tiene necesidad de caminar en las calles; donde tenemos contacto con el sol. El mexicano es reconocido como de tez morena, en más de una ocasión cuando la gente -mexicana y de otras nacionalidades- preguntaba mi nacionalidad no creían mi nacionalidad, decían que era demasiado blanca y que mi acento y forma de hablar no eran de México. Aunque el rechazo no era evidente, me percibía distinta... mi grupo cultural me parecía ajeno, no me

sentía identificada, ni bienvenida del todo por mi propio grupo cultural. Al parecer la tez morena era más apreciada que la tez clara. *En México es lo contrario, no es raro escuchar a la gente llamar o apodar a alguien que se distingue por ser muy morena a comparación otras, como: “negro (a)”, “indio (a)”, “nopal” o “nacional” –por ejemplo- en forma despectiva; esta actitud se percibe en la calle, en la escuela, en los medios de comunicación e incluso en la misma familia.*

No hay día en CA que no nos sorprendamos con alguna actitud o circunstancia curiosa. A veces mis propios paisanos me confundían con una americana (en más de una ocasión cuando tomaba ordenes los clientes hispanos me hablaban en inglés, pero una vez que me escuchaban hablar español me decían pensé que era gabacha, por eso le hablé en inglés), los centroamericanos me decían que tenía rasgos y acento de peruana; quizá la confusión más sorprendente -de que fui objeto- fue en la escuela cuando unas compañeras de Vietnam me preguntaron si era de China, con sorpresa las miré y les dije que era mexicana. Sorprendidas me dijeron que mis rasgos eran parecidos a los de una china, porque –en ese entonces- tenía cabello negro, lacio, tez pálida y sin maquillaje, y ojos un poco rasgados; después de eso sólo atinamos a reír por lo gracioso de la situación.

La rutina me invadió nuevamente y entonces decidí tomar unas vacaciones en México, en realidad desde que vivía en Ca no había tomado vacaciones, así que mi organismo ya pedía a gritos descansar. Cuando estaba llegando a la ciudad de México, sentí que estaba regresando a casa de un largo viaje, era una sensación extraña, como si nunca me hubiera alejado de mi país (habían pasado tres años). Al salir del aeropuerto, mis familiares habían esperado por mí. Mis primos me dijeron al verme “¡Qué te pasó, que te ves mas chaparrita!”, con sorpresa les dije “¡Lo que pasa es que ustedes han crecido!”.

También fue motivo de sorpresa y broma, mi acento norteño y agabachado (como lo calificaron ellos).

Con frecuencia mezclaba palabras en inglés con español, y necesitaba pensar un momento para recordar palabras en español que hacía tiempo no usaba.

Rumbo a la casa de mis tíos no podía dejar de sorprenderme por el cambio que percibía de la ciudad. Podía observar cada grieta, los desniveles de las avenidas, lo sucio de las casas y edificios; también las calles me parecían más angostas y el escaso espacio que había de un auto a otro, me hizo sentir que tendríamos un accidente. En resumen, me pareció muy fea la ciudad y mi antiguo vecindario, por un momento desee regresarme a CA. Las noches también eran diferentes, me parecía que había mucho ruido, podía contar cada camión que se escuchaba a lo lejos, escuchar los pasos de alguien en la madrugada, me sorprendía escuchar a los perros ladrar a lo lejos y que me hubieran podido despertar. También noté que me incomodaba que mis primos escucharan el radio o la televisión –a mi parecer- demasiado elevado, incluso sus conversaciones me parecían muy ruidosas, ellos replicaban que era un volumen tolerable o normal. Cuando viajaba en metro o al caminar en la ciudad, tenía la sensación de que la gente se acercaba demasiado y trataba de buscar espacio. Me molestaba que tropezaran conmigo y no se disculparan, al parecer tres años en el extranjero si había generado cambios en mi uso de espacio y costumbres de origen. En aquella ocasión estuve un mes en México, visité a algunos amigos de la carrera y comentamos los cambios y logros obtenidos durante ese tiempo, algunos estaban ejerciendo la carrera y otros se dedicaban a cosas completamente diferentes. El tiempo que estuve en México no fue suficiente para adaptarme otra vez, quizá en el fondo aún no me sentía segura de lo que quería hacer con mi vida; así que regresé a los USA.

Cuando regresé a Ca me sentí más serena, me propuse buscar un mejor empleo y seguir con el propósito de encontrarme y definir metas reales.

Después de mucho reventón el baile poco a poco dejó de ser atractivo, observé con tristeza en el antro, que acudían dos grupos de personas: los estudiantes (que acudían algunas veces) y las personas que acudían con frecuencia, estos últimos sólo se dedicaban a trabajar y divertirse (ven pasar su vida sin progreso); a este grupo pertenecía yo.

En el fondo no me resignaba a la idea de quedarme rezagada, me dolía ser parte de la pasividad y estancamiento, aunque tampoco sabía que rumbo tomar (es como si estuviera atrapada en un laberinto en el que desesperadamente buscaba la salida, es un infierno). Mi hermana se preocupaba de mi pasividad así como mis padres, en alguna ocasión le dije: “no puedo hablar con ustedes porque no me pueden comprender, ni yo misma comprendo que estoy esperando”.

Mi hermano me comentó que solicitaban una persona para trabajar en el área de archivo de una clínica de salud comunitaria. La entrevista que solicité duró una hora de constantes preguntas en inglés y español, necesitaban a una persona bilingüe. Recuerdo que cuando me preguntaron en español me di el lujo de hablar con detalle, lo interesante fue que después me pidieron que lo tradujera al inglés. A pesar de la seriedad del asunto y de la falta de experiencia de no haber trabajado en un lugar semejante, me sentí muy tranquila y segura de que conseguiría el empleo. Era totalmente diferente a comparación de cuando me entrevistaron en mi primer trabajo que prácticamente no dije nada porque no entendía, y del segundo empleo que me la pasé tartamudeando mezclando inglés con español de los nervios.

Mi trabajo principal era atender la oficina principal donde se atiende a los pacientes que tienen cita, contestar teléfonos, hacer citas, hablar con los médicos para consultar medicinas que requería algún paciente y archivar. El idioma en este caso era más técnico, así que tuve que tomar clases de

terminología médica. En la primer semana de trabajo advertí que el ambiente era familiar, el comportamiento de los compañeros me recordaba a mis antiguos amigos de México. Hacía tanto tiempo que no convivía con un grupo de profesionales, que sentí recuperar parte de mi integridad y valor como ser humano.

Aunque el ambiente de trabajo fuera mucho más agradable que los anteriores, no había día que no experimentara una sensación de molestia al observar a los médicos, el psicólogo y la nutrióloga de la clínica ejercer su profesión felizmente, mientras que yo sólo los observaba mientras laboraba en la recepción.

El personal constaba –principalmente- de hispanos, México-americanos, y americanos (entre anglosajones y descendientes de orientales). En la clínica se requería personal bilingüe porque la mayoría de la gente que solicitaba el servicio eran hispanos. Los doctores que no entendían español (principalmente los especialistas) se auxiliaban de las enfermeras o las asistentes de estas para traducir al paciente.

Por cierto que para ese entonces observé que con mayor facilidad me dirigía a mis compañeras de trabajo de “tu”, a pesar de que algunas de ellas ya eran de edad avanzada. Aún había respeto, aunque sin jerarquías.

Por lo regular a la hora de la comida, nos reuníamos en el comedor donde además de comer también se ventilaban los detalles del día y de nuestras propias vidas. Como en todo empleo se habla de las inconformidades con respecto al sueldo, al personal, los directivos, los compañeros y los pacientes. Pero también el comedor era el espacio donde compartimos realidades y sueños, conocí a compañeros con licenciatura y maestría desempeñar como asistentes de enfermera y una secretaria archivando expedientes. Roxana era quien más llamaba mi atención, era una mujer de aproximadamente 36 años y llevaba 5 años trabajando como asistente de

enfermera; era originaria de Guadalajara y tenía la maestría en ciencias biológicas. Era de una personalidad apática con los compañeros de trabajo, aunque con los pacientes mostraba una actitud noble y comprensiva. Su actitud hacía mi era poco amigable, tenía deseos de preguntarle porque estaba en la clínica, pero me enteré de su caso por medio de otra persona entonces no me atreví a preguntar. Tiempo después tuvimos oportunidad de platicar, ella comentó que cuando se casó su esposo tuvo la oportunidad de trabajar legalmente en los EU; trató de continuar su carrera pero cuando se embarazó fue más difícil... por cierto que cuando recordaba su época de estudiante, su mirada se conjugaba con una sonrisa que rara vez se lograba obtener de ella. A pesar de que su comentario final fue que ya no pensaba seguir con su carrera y que su preocupación era seguir tomando cursos con respecto a su trabajo, su rostro mostraba lo contrario; una permanente insatisfacción... o quizá era mi propia insatisfacción que se reflejaba en su rostro.

Alicia era una mujer adulta de origen peruano que había emigrado a los EU con su familia a causa de la crisis que se presentaba en su país, ella era secretaria y su esposo maestro de historia en una de las universidades de su país. Gracias a la recomendación de su hermana y a que dominaba un poco el inglés consiguió trabajar en el archivo de la clínica. En poco tiempo hicimos amistad, su esposo trabajaba en un restaurante preparando hamburguesas... el no hablaba inglés, mientras no aprendiera el idioma no tenía otra alternativa. Imaginaba que si para mí había sido muy difícil superar la experiencia de venir a ser menos, para el esposo de Alicia sería aún más frustrante. Le pregunte a Alicia como había su familia enfrentado el cambio, ella decía que extrañaba mucho a sus amigas de trabajo, su casa y la comida típica de su país... la tierra. Su esposo no acostumbraba a expresar sus pensamientos, se irritaba con frecuencia y a veces llegaba tan cansado que no deseaba platicar, continuamente ella le hacía la observación que era necesario que conviviera más con los niños, pero él no ponía mucho de su parte; al parecer para ella el

cambio no había sido tan traumático quizá porque se podía comunicar en inglés y porque era apoyada por sus hermanas que ya se habían establecido. En cambio, observé que no comprendía del todo el proceso por el que su esposo estaba pasando... aunque no lo conocía personalmente imaginaba el caos emocional por el que estaría pasando, es un proceso largo de enajenación o liberación y él apenas estaba empezando.

Una tarde cuando llegué a casa mamá comentó que me habían llamado del colegio. Cuando regresé la llamada una secretaria me dijo que necesitaba hablar conmigo con respecto a mis estudios, pensé que era una equivocación, porque no era estudiante regular, sólo me había dedicado a tomar clases sin seguir un programa específico. Al día siguiente me presenté en la oficina de orientación para los extranjeros, allí se les informa de programas educativos y de becas. La secretaria me mostró una forma que había llenado cuando recién ingresé al colegio, como requisito del plantel para saber el nivel académico de los nuevos alumnos. Ella comentó que una amiga de ella que labora en la universidad de Fullerton en la misma área de servicios estudiantiles, había leído mi información y se interesó en mi caso. Me explicó que necesitaba mandar mi historial académico a que lo tradujera y valoraran en una agencia especial (aprobada por el gobierno) que se dedicaba a la traducción de estos documentos para hacer una evaluación de las materias y compararlo con el programa de psicología de Fullerton y así saber en que nivel podría colocarme. Experimenté una sensación entre sorpresa, incredulidad y alegría, habían pasado algunos años ya desde que dejé la idea de continuar con mi carrera.

Esa noche no pude dormir pensando en la idea de volver a retomar mi carrera, la secretaria había sido clara en las probabilidades que tenía de ser aceptada en la universidad era de un 50%, pero, aún así, era un rayito de esperanza. Pensé que no perdía nada con mandar a evaluar mi historial, prefería que me dijeran que mi nivel académico no era aceptable a quedarme

con la duda (era costumbre pensar siempre negativo). Mientras esperaba la evaluación de mis papeles el interés por retomar mi carrera incrementaba día a día, era como si despertara de un prolongado letargo; los sueños olvidados resurgían con la misma intensidad e ilusión de años atrás. Cuando recibí mis papeles por correo, venía un paquete sellado para la universidad y una copia para mí; la secretaria me dijo que me habían dado buenos créditos, pero necesitaba ir a la universidad a averiguar mi situación.

Cuando fui a la universidad hablé con la encargada del departamento de psicología y me explicó las alternativas y opciones que tenía de acuerdo a los créditos que alcancé como resultado de mi evaluación. En resumen, ella dijo que era mejor que regresara a México para titularme, de esa manera la universidad respetaría la evaluación de mi historial y podría continuar mis estudios en un nivel avanzado, de no ser así tendría que empezar la carrera prácticamente de nuevo; a los americanos no les exigen la tesis de titulación, pero sí a los extranjeros. Le pregunté: ¿si la situación es tan fácil como lo plantea, entonces porque hay tantos profesionistas extranjeros desempeñando otros empleos?, Ella respondió: “Los inmigrantes están mal informados y se dan por vencidos fácilmente ante los obstáculos... principalmente los de origen hispano, no se preocupan por dominar el idioma, no están titulados, nadie quiere repetir la carrera y la última razón es porque su status migratorio no está legalizado. Cuando salí de su oficina antes de irme a casa, fui a la facultad de psicología, necesitaba sentir el ambiente, rozarme con los estudiantes, caminar por sus pasillos, leer los murales y escuchar a los maestros; quizá inconscientemente estaba buscando una respuesta en mi interior. Mis sueños resurgían como una llamarada que quemaba de emoción y esperanza; me sentí como en casa otra vez, sólo que esta vez con una actitud diferente.

Rumbo a casa no dejaba de pensar en la posibilidad de retomar mis estudios, aunque esto significara dejar mi empleo, mi buen sueldo y mi familia.

Cuando llegué a casa le comenté a mamá lo que había pasado, ella me miró con incredulidad y me preguntó: ¿qué piensas hacer?... le conteste: aún no lo he decidido, necesito pensar. Esa noche reflexione en los años que ya habían pasado desde que me gradué, ¿vale la pena regresar a México y dejar todo lo que he conseguido?... me pregunte.

Recordé que en alguna ocasión José –extrabajador del restaurante- se sorprendió al verme laborando en la clínica, había llevado a sus niños a las vacunas y hacía un par de años que no nos veíamos. Después de preguntarme como había logrado obtener ese empleo, me dijo con entusiasmo “ya la hiciste”... me miraba como si ese empleo significara el premio anhelado. Recordé que cuando trabajaba en la pizza imaginaba que una vez que hablara inglés y trabajará en un lugar más aceptable –como la clínica- me sentiría satisfecha, no obstante que ya lo vivía, no lo sentía así.

Aunque la convivencia con el personal de la clínica era agradable, también habían roces, especialmente con el Dr. Rodas –director de la clínica- era un hombre de pocas palabras, se dice que con sus pacientes era amable, no obstante con el personal de recepción era cortante. En alguna ocasión al estar platicando del asunto con Linda –compañera de recepción- comentó: “el doctor Rodas es cortante con nosotros porque ha estudiado mucho y nosotros somos *burros*; tiene razón al ser así”, su mirada era baja y la expresión de su rostro reflejaba tristeza. La mire con sorpresa al escuchar el pobre concepto que tenía de sí misma... ella contaba con 21 años de edad, era casada y tenía dos niñas, había dejado la escuela cuando se embarazó. Le pregunte: ¿Tu crees que porque alguien ha estudiado –como el Dr. Rodas- le da derecho a mostrar una actitud grosera, a la gente que no estudió?, ella replicó: “Si, porque nuestro trabajo no es tan importante como el de él, nosotras somos las últimas de esta clínica, hasta las asistentes de enfermera son más importantes que nosotras porque han tenido que estudiar un curso para desempeñar esa posición”. Todos los que trabajamos en esta clínica –repliqué- desempeñamos un trabajo que tiene importancia, por sencilla que esta parezca; yo creo que

tanto el encargado de limpieza como el director de la clínica merecen respeto. Obviamente aquella persona que se prepare más, tendrá oportunidad de desempeñar un puesto que le guste y, además, que se le pague mejor, pero eso no le dará derecho a tratar mal a aquellos que no se dan la oportunidad de estudiar o peor aún que no tuvieron esa posibilidad. Aunque lo más triste de esta situación no es que otros piensen que eres menos, sino que tu misma así lo crees... por cierto que las otras compañeras también manifestaron que no les agradaba la actitud del doctor, pero la aceptaban. Entonces ella me miró y dijo: “si tal vez, pero si hubieras estudiado pensarías como ellos”, en ese momento le dije sin dudar: “porque he estudiado y trabajado, aprecio la capacidad y responsabilidad de cada persona. Sí, yo también estudié una carrera universitaria, por eso sé y creo en lo que pienso”. Mientras ella me miraba asombrada yo me sentía satisfecha de reconocer -más que a ella, a mi misma- algo que era tan importante en mi vida y que había negado por los últimos años.

Quizá la decisión que le resulta más difícil de tomar al ser humano, es ser honesto consigo mismo. Cuando decidí emigrar a los EU no tenía el valor para admitirme que no creía en mí y tampoco en la psicología, la presión de papá y la falta de experiencia para encontrar trabajo me permitieron disfrazar el motivo real de mi huida. En el fondo había ingresado a la carrera de psicología con el fin de entender y resolver mis propios problemas... como nos lo hizo ver un maestro en el primer semestre, al descubrirnos que todos habíamos ingresado a psicología para entender y ayudar primero a nuestra persona y después a los demás. Para el último semestre me sentía peor que cuando había ingresado, estaba decepcionada de la carrera y deprimida; no tenía caso practicar algo en lo que no creía.

Sin duda mi estancia en los EU había sido un proceso de aprendizaje lento y doloroso, aunque también interesante, gracioso y enriquecedor. El último año –antes de regresar a México- había estado leyendo nuevamente libros de psicología, y realizando sus ejercicios; especialmente el libro llamado “The Artist’s Way / El camino del artista”. Un buen día Gigi-una señora que conocía ya de tiempo- me comentó de este libro y me invitó a participar en un pequeño

grupo de cinco personas, con las que me reuniría una vez a la semana para comentar y compartir pensamientos y sentimientos; a través de los ejercicios que se sugerían en cada capítulo... ella sabía que había estudiado psicología y pensó que tal vez me interesaría. Al parecer había sido una experiencia agradable la primera vez que lo realizó, por eso deseaba volver a compartir la experiencia con otras personas. En un principio dude en participar, pues aún sentía cierto rechazo a todo lo que se refiriera a la psicología, no obstante pensé que la lectura y los comentarios en inglés me beneficiarían así que acepté.

Un ejercicio esencial que sugería el libro era el de escribir una página cada mañana, de cualquier cosa que viniera a nuestra mente, este ejercicio era el único que no compartíamos con los demás. Era como una herramienta para recobrar la creatividad –según su autor- a través de el hábito de escribir como una forma de meditar, nada de lo que se escribiera era demasiado tonto o equivocado, simplemente se trataba de liberar la creatividad bloqueada. Durante la lectura del libro me sentí muy animada e interesada en seguir participando, poco a poco la resistencia desaparecía, me sentía más tranquila y motivada a continuar leyendo otros libros... ya no era sólo la idea de mejorar mi inglés. Tal vez no tenía la respuesta inmediata a mis incógnitas, pero hablar, escuchar, ser escuchada y escribir todos los días me reconfortaba; después de todo era como una terapia grupal a la que por primera vez estaba participando libremente.

Con seguridad puedo decir que sin las lecturas y los ejercicios quizá no hubiera estado preparada para asimilar la noticia de que tenía posibilidades para continuar con mi carrera. De alguna manera había entendido y comprobado que la psicología me había ayudado a entenderme y aceptarme; había mucho que aprender y ahora tenía el valor y la claridad de elegir el camino que deseaba seguir.

Me tomé un par de semanas antes de tomar una decisión, mi hermano me comentó que no era necesario abandonar el país, podía simplemente contactar a algún maestro y realizar mi tesis vía Internet. No obstante, sentía la necesidad de regresar a México, comprendí que ya no era el manajo de nervios, miedos e inseguridades que me caracterizaba cuando llegué a CA, había superado tantos obstáculos que mi autoestima se había fortalecido a través del aprendizaje y la reflexión. Ahora era más consciente de mis pensamientos y de mi capacidad; de mi propia psicología. *Pensé muchas veces que quizá si hubiera asistido a terapia cuando estaba en México, no hubiera optado por escapar, y me hubiera evitado sufrir de más. Aunque también reflexioné que sino hubiera emigrado a los EU, quizá no hubiera aprendido inglés, ni tampoco tenido la oportunidad de conocer a tanta gente de diversas culturas, tampoco hubiera surgido la inquietud de escribir este proyecto, y sobretodo me hubiera perdido la oportunidad de descubrirme plenamente; vivir en otro contexto cultural había sido una experiencia que valió la pena experimentar.*

Mamá y papá se mostraron incrédulos cuando les dije que era tiempo de separarnos. Al principio no se mostraron positivos con mi decisión... especialmente papá, trató de convencerme al decirme que no me apoyaría económicamente y que estaría sola; sin la familia. Le dije que tenía mis ahorros y que también trabajaría, en cuanto a estar sin la familia entendía que sería difícil pero lo tenía que hacer, entonces me preguntó ¿cómo sabes que podrás salir adelante?, bueno –continué- eso no lo sabré sino lo intento, el que no arriesga no gana y yo quiero ganar. Sólo necesitaba saber que él estaba conforme con mi decisión, después de una larga charla finalmente lo aceptó. Mi hermana al enterarse me dijo que me extrañaría mucho, pero sabía que había tomado la mejor decisión.

Crecer es doloroso... comentó alguna vez una maestra de la carrera, aunque durante mi estancia en California entendí que había sido aún más doloroso tratar de evitarlo.

Honestamente no tenía idea de lo que implicaba realizar una tesis, ni tampoco tenía claro cual sería su contenido en ese momento, pero si sabía que podía y quería hacerlo. En febrero del 2001 mi familia me acompañó hasta el aeropuerto de la Ciudad de Tijuana, donde tomaría el avión que me llevaría a la Ciudad de México. Una vez anunciado mi vuelo... me despedí con enorme alegría.

“Quien traiciona su talento, quien ha nacido pintor y en su lugar vende medias, el hombre inteligente que vive una vida estúpida, el que contempla la verdad y mantiene cerrada la boca, el cobarde que rinde sus fuerzas, todos ellos perciben en el fondo que han cometido una injusticia a sí mismos y se desprecian por este motivo. De este autocastigo puede resultar una neurosis o la posibilidad de que surja un coraje renovado, una fuerza y mayor respeto hacia sí mismo para cumplir con lo justo; en una palabra, por el camino del sufrimiento y el conflicto puede llegarse al desarrollo y perfeccionamiento” (Rodríguez, 1985, p. 21).

DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES

De acuerdo con la información proporcionada por el investigador y a la obtenida por las entrevistas, se pudo observar que el mexicano sufre de un impacto emocional que lo descubre de sus sentimientos más íntimos al cambiar de contexto cultural, su identidad cultural es resquebrajada hasta el punto de causarle confusión, miedo, inseguridad, baja autoestima, desorientación y desesperación. En este primer encuentro con la nueva cultura, el individuo se enfrenta a situaciones no familiares que lo desorientan y causan diferentes reacciones. Pedersen (1995), lo explica como la desorientación que la gente experimenta cuando entran en contacto con una cultura fundamentalmente diferente, en la que ya no es posible depender de las expectativas que se asumen como únicas acerca de la vida.

De esta forma el impacto cultural es como un proceso de incertidumbre donde los individuos no saben con certeza que esperar de ellos o de las personas que los rodean (Ibidem). A este respecto el investigador reporta haber experimentado en los primeros meses de su llegada al país del norte, crisis nerviosa, pérdida de sueño, y miedo al contexto no familiar. El sujeto 1 y 2 coincidieron al decir que experimentaron miedo, soledad, tristeza y mucha inseguridad con respecto a su estatus *illegal*.

No obstante, que el sujeto 2 mencionó que se había sentido triste y que extrañaba su familia, no consideró que esto le haya afectado demasiado puesto que solo fue por un corto tiempo. El sujeto 1, en cambio, fue más expresivo y detallista al mencionar el sentimiento de tristeza que vivió en lo EU.

A este respecto, Coffman y Harris (cit. en Pedersen) señalan que el visitor o inmigrante necesita reconocer que cualquier transición en la vida puede

provocar un estado de estrés e incomodidad como una respuesta normal al cambio, aunque el proceso de ajuste depende de cada persona y de la situación. Por tanto es posible –también- que la gente se lleve con ellos sus problemas al nuevo contexto -resultando un mal ajuste en la cultura anterior y la nueva- buscan escapar de estos problemas al cambiar a una nueva cultura (Pedersen, 1995).

En cuanto al sujeto 1, mencionó brevemente que su decisión de viajar al extranjero se debió a problemas en su trabajo y otras de índole personal en las que no quiso profundizar, aunque si señaló que en su momento no deseaba regresar a México. En contraparte, el sujeto 2 comentó que decidió viajar a los EU principalmente por aventura y para ganar dinero; en un principio si tenía planes de regresar a México.

Reiterando, Coffman y Harris (cit. en Pedersen), señalan que la pérdida de la identidad cultural y de autoestima es una experiencia que se suscita principalmente al entrar en contacto con la nueva cultura, y esto se da principalmente en el trabajo, donde el lenguaje, las costumbres y los procedimientos son extraños y desconocidos. Las personas se sienten extraviadas y experimentan un estado emocional de ansiedad, depresión u hostilidad. El investigador señaló en su relato haber experimentado un sentimiento de frustración y dolor al ser tratado como *nada* en el nuevo contexto, el estatus sostenido en el país de origen era totalmente ignorado, y ya nada de lo aprendido parecía tener sentido.

Por otro lado, el sujeto 1, mencionó que en sus primeros trabajos más bien le resulto novedoso y le causaba temor que migración la descubriera trabajando ilegalmente. Fue en un tercer empleo donde al trabajar con americanos y latinos donde empezó a experimentar la envidia entre compañeros, la rutina, y sentir frustración por no dar uso de sus conocimientos

como secretaria. El sujeto 2, en contraparte dijo no haber tenido mayor problema con el idioma inglés, pues por lo regular estuvo trabajando con hispanos. También agregó que no tuvo problemas de racismo con los americanos y en general relata haberse divertido durante su estancia en los EU; aunque a su regreso a México comprendió que no aprovecho el tiempo en estudiar y haberse superado.

Lo anterior no es de sorprender, pues denota una gran diferencia de madurez, educación y perspectivas entre cada individuo que participó en la entrevista, así como del investigador. Matsumoto (1994), señala que la cultura no corresponde necesariamente a nacionalidad. Ser mexicano no significa que actuará o reaccionará como el ciudadano común.

No obstante, el objetivo de este proyecto es observar los significados culturales que influyen en la baja autoestima del mexicano que vive en los EU.

Como se señaló anteriormente el impacto cultural con frecuencia modifica la integridad personal y la autoestima del individuo de una forma negativa. En un trabajo de campo etnográfico por Matute Bianchi en estudiantes de origen latino identificó que los estudiantes más exitosos fueron emigrantes mexicanos y estudiantes orientados a México, quienes no sintieron contradicción entre mantener una identidad como mexicanos, en contraste, los estudiantes no exitosos fueron aquellos que no tenían modelos positivos de adultos y una cultura definida, es decir, aquellos que eran descendientes de mexicanos (www.ucop.edu). Los miembros de grupos minoritarios que han logrado una identidad al explorar y adaptar valores tanto de su herencia étnica como de la cultura dominante tienen un sentido más fuerte de autoestima, se sienten más competentes y tienen más relaciones positivas con otras personas.

Para Branden (1994), el conocimiento que tiene el ser humano de sí mismo es elemental e integral para promover su desarrollo y expresión, mismo que proporciona el marco de trabajo de la identidad, es decir, la base dentro del cual el ser humano piensa, siente y realiza en el mismo.

De acuerdo a Marrero (cit. en Rigol, 1998), la primera generación de inmigrantes presenta una actitud más positiva que sus descendientes americanos. Los latinos que son altamente aculturados pueden mostrar grandes niveles de angustia como una consecuencia al tratar de existir en dos culturas con sistemas de valor aparentemente contradictorios.

En cuanto a la autoestima, el investigador hace énfasis en su relato acerca de la baja autoestima que sufre la comunidad mexicana que vive en los EU y que está ligada aún más allá que al sólo impacto cultura (que sólo es temporal). Nuestras raíces culturales inconscientemente están más presentes de lo que creemos, el investigador durante su estancia tuvo la oportunidad de observarse y observar la actitud de nuestra comunidad (que estaba formada de diferente educación y nivel social) en contraste con otras minorías culturales que se encontraban en la misma desventaja que la nuestra y mostraban una actitud más positiva y perseverante para alcanzar sus metas, es cuando surgió el cuestionar hasta que punto nuestras raíces culturales abren o limitan nuestro concepto de si mismos. Aunque aclaro que las observaciones fueron en en el ámbito general, con esto no se afirma que todos los mexicanos son negativos o flojos.

A este respecto Geertz (1997), señala que comprometerse con una concepción esencialmente biográfica del “Estar allí”, antes que con una de tipo reflexivo, aventurero u observacional, es comprometerse con un enfoque confesional de la construcción textual.

Por otra parte, Ramos (1975), señala: “no se afirma que el mexicano sea inferior, sino que se siente inferior, lo cual es muy distinto. Al mexicano, no lo hacemos responsable de su carácter actual, que es el efecto de un sino histórico que es superior a su voluntad. Es necesario descubrir sus causas ocultas, a fin de saber como cambiar nuestra alma.”

A este respecto el Sujeto 1 comenta: “los mexicanos tenemos capacidad e ingenio para aprender, pero somos muy flojos, ahora si que *si estamos como estamos es por la maldición de la malinche*, por que ¡entre nosotros nos tiramos! y porque en determinado momento llegamos a ser quizá no flojos, pero sí desidiosos. En general yo siento que el mexicano es muy trabajador, en mi caso yo siento es a lo mejor *pereza mental* .”

Sujeto 2 dice: “Yo creo que los mexicanos si tenemos oportunidad de superarnos, es solo cuestión de querer hacerlo. Alguna vez fui a la escuela y me inscribí para tomar clases de inglés, pero no regresé; preferí divertirme y pasearme.”

No obstante, el sentimiento de inferioridad aparece en hombres y mujeres pertenecientes a todas las razas y nacionalidades. En México, sin embargo, asume las proporciones de una deficiencia colectiva. La formación del carácter individual comienza en la familia y en la escuela, pero sólo en la vida misma logra definirse y fijarse en definitiva. El desarrollo del hombre en la escuela y la sociedad no ha obedecido a una disciplina consciente y reflexiva; la cultura en México ha tenido siempre al aprendizaje de resultados, de verdades hechas, sin reproducir el proceso viviente que ha conducido a esas verdades. Una de las deficiencias de la escuela mexicana que seguramente ha contribuido a conservar y aún a agravar el sentimiento de inferioridad, es la desvinculación de los estudios con la vida (Ramos, 1975).

De esta forma, el mexicano ha aprendido a desvalorarse y ser temeroso de la opinión de los demás que le impide actuar según las propias convicciones. La amabilidad y la cortesía se han confundido con la actitud de sumisión, humillación y negación al derecho de cuestionar; de expresarse. A este respecto, Díaz (1970), señala que los mexicanos resisten el estrés pasivamente, de acuerdo a las virtudes inculcadas de obediencia, paciencia, y autoabnegación de nuestra cultura. Socioculturalmente hay un abuso del concepto de respeto de autoridad y éste ha permitido, una y otra vez, que se pisotee la dignidad y a la propia estima de los individuos mexicanos.

De Alba (1993), explica que la presencia o ausencia de un proceso de descolonización, influye para determinar los modos en los cuales las gentes de las antiguas colonias participan hoy en día en el proceso de redefinición de Occidente. Por lo tanto, en México no se puede decir que hubiera tenido lugar un proceso de descolonización puesto que no hubo “auténticos” excolonizados que pudieran realizar este proceso de integración.

A este respecto, (Bejar, 1983), señala: “no es lo mismo pertenecer a un proceso que ser sometido a un proceso ya dado”. Los occidentales parten de su realidad, los estudiosos mexicanos... parten de la realidad occidental... no parten de la realidad mexicana. La idea no es rechazar sistemas establecidos, pero tampoco seguirlos al pie de la letra. Se deben tomar esos procesos metodológicos, deshacerlos y volverlos a construir, de tal manera que queden a nuestra medida. Hay que dejar de ser mexicanos de cómo nos lo vinieron a decir, y comenzar a ser mexicanos pero a partir de nuestra esencia.

El estudio de la cultura, al mismo tiempo que constituye la base para la comprensión de los factores subyacentes al desarrollo de los diferentes grupos de individuos, nos revela el común denominador de la conducta humana. Aún las motivaciones aprendidas tales como el temor, el mantenimiento de la

autoestima, la necesidad de afiliación y de aprobación social, aunque diferentemente expresadas o sentidas en las diversas sociedades, son comunes a todos los pueblos (Mann, 1995).

En conclusión, se puede decir que la pérdida de la identidad cultural y la baja autoestima que se observa en la comunidad mexicana que vive en CA en los EU, además de que es influenciada por el abandono del lugar de origen para después sufrir el impacto emocional que causa el integrarse a un contexto cultural al que no se siente pertenecido, la propia cultura comparte características que generan en sus integrantes sus propias motivaciones y limitaciones.

Desde que nace el pueblo de México, nace también la necesidad de entender nuestra esencia, de saber –en primer instancia- quiénes somos, de dónde venimos y hacia dónde nos dirigimos. Es verdad que no podemos cambiar los acontecimientos que ocurrieron en el pasado, ni tampoco permanecer filosofando en lo que fue y lo que pudo haber sido. El reto es ser conscientes de nuestro entorno, cómo influye en nosotros y nosotros en él; con el fin de apreciarnos, de aceptarnos y de reconstruirnos en un contexto cultural estable, a partir del conocimiento de nuestras propias necesidades y anhelos.

REFERENCIAS

1. Aguilar, K. (1987), Asertividad: como ser tu mismo sin culpas. Pax-México: Colombia.
2. Alcántara, J. (1996), Como educar la autoestima. CEAC: España.
3. Aronson, E. (1995), The social animal. Freeman & Co.: San Francisco.
4. Ashmore, L. J. (1997), Self and identity. University of Oxford: New York.
5. Avendano, S., & Díaz, G. (1990), El desarrollo de una escala de abnegación para los mexicanos. La psicología social en México, Vol. III, p. 9-11. Amepso: México.
6. Bejar, N. (1983), Aspectos culturales y psicosociales, México: UNAM.
7. Berry, J.W., Poortinga, Y., Segal, M., & Dasen, P. (1992), Cross-cultural psychology. Cambridge University Press: New York.
8. Bonfil, B. G.(1997), Pensar nuestra cultura. Alianza: México.
9. Bonfil, B. G.(1990), México profundo. Grijalbo: México.
10. Bosma, Graftsma, Grotevant, De Levita. (1994), Identity and development. Sage: London.
11. Branden, N. (1994), El respeto hacia uno mismo. Paidós: México.
12. Branden, N. (1995), Los seis pilares de la autoestima. Paidós: México.
13. Castanyer, O. (1996), La asertividad: expresión de una sana autoestima. Desclée de brouwer: Bilbao.
14. Crespi. F. (1996), Aprender a existir: nuevos fundamentos de la solidaridad social. Alianza: Madrid.
15. Curtis, C. (2000), The measurement of cognitive change resulting from acculturation in latinos. Michigan, UMI Dissertation Services. Master Thesis.
16. De Alba, J. (1993), La disputa sobre un nuevo occidente político cultural e identidades múltiples en el fin de siglo. En: De palabra y obra en el nuevo mundo, España, siglo XX1.

17. Díaz, G. (1970), Estudios de psicología del mexicano. Trillas: México.
18. Díaz, G., & Szalay, L.B.(1993), El mundo subjetivo de mexicanos y norteamericanos. Trillas: México.
19. Diccionario, (2001), El pequeño larousse. Agrupación editorial S.A: México.
20. Erikson, E. (1963), Childhood and Society. Norton: New York.
21. Fitzgerald, T. (1993), Metaphors of identity. Albany, State University on New York.
22. García, A. M. (1999), Cultura al otro lado de la frontera: Inmigración mexicana y cultura popular. Siglo XXI: México.
23. García, C. N. (1989), Culturas híbridas. Grijalbo: México.
24. Geertz, C. (1997), El antropólogo como autor. Paidós: España.
25. Henslin, J. (1999), Sociology. Boston, Allyn and Bacon: A viacom company.
26. Holtzman, W., Díaz, G., & Schwartz, J. (1975), Personality development in two cultures. Austin: University of Texas Press.
27. Latino cultural assimilation in Adams County, an outsider's perspective. www.dickinson.edu/departments/amos/mosaic98/serpentes.ht
28. Lee, Y., Mccauley. C., & Draguns, J. (1999), Personality and person perception across cultures. Lawrence Erlbaum Associates: New Jersey.
29. León, P., Barrera, V., González, L., De la Torre, E., Velásquez, M. (1984), Historia documental de México. UNAM: México.
30. Mann, L. (1995), Elementos de la psicología. Limusa: México.
31. Marcia (1993), Ego identity a handbook for psychosocial research. Springer-Orlofsky.
32. Marín, G., & Triandis, H. (1984), Allocentrism as an important characteristic in the behavior of latins and Latin American. Paper presented at the XXIII International Congress of psychology, Acapulco: México.
33. Martínez, J. L. (1977), Chicano psychology. Academic press: New York.

34. Maslow, A. (1990), La amplitud potencial de la naturaleza humana. Trillas: México.
35. Matsumoto, D. (2000), Culture and psychology. Wadsworth: San Francisco.
36. Matsumoto, D. (1994), People: psychology from a cultural perspective. Brooks/Cole: Pacific Grove, CA.
37. Melnechuk, M. (2002) Nosotros, los miedos y el coraje. Los Angeles: California.
38. Moreno, V. J. (1992), Cornucopia de México y nueva cornucopia mexicana. Fondo de cultura económica: México.
39. Oñate, M. P. (1989), El autoconcepto. Formación, medida e implicaciones en la personalidad. Narcea: Madrid.
40. Paz, O. (1994), El laberinto de la soledad. Fondo de cultura económica: México.
41. Pedersen, P. (1995), The five stages of culture shock: Critical incidents around the world. Greenwood press: Westport conn, CA.
42. Ramos, S. (1975), Obras completas. UNAM: México.
43. Rigol, R. (1998), Latina and european american women: A comparison on selected measures of affect, coping and interpersonal relatedness. Michigan, UMI published. Doctor of philosophy.
44. Rodríguez, M. (1985), Autoestima: clave del éxito personal. Manual Moderno: México.
45. Scott, C. J. (2000), Los dominados y el arte de la resistencia. Era: México.
46. Stuart, H. Guy du P. (1997), Cultural identity. Sage: New York.
47. The new californians: assessing the educational progress of children of immigrants. www.ucop.edu/cprc/rumbaut.html
48. Vásquez, A. Martínez, I. (1996), La socialización en la escuela. Paidós: Francia.

A N E X O S

ANEXO 1

Datos personales: edad, sexo, escolaridad, lugar de origen.

Puntos de interés:

a) Situación de vida antes de emigrar a los E.U.

1. - ¿Que edad tenía cuando se fue a los E.U.?
2. - ¿Por que razón emigró?
3. - ¿En que momento de su vida se encontraba (escuela, trabajo, economía, familia).
- 4.- ¿Cuáles eran sus expectativas antes de emigrar a los E.U.?

b) Identidad Cultural

5. - Describa el vecindario, sus primeras impresiones del ambiente (personas, lugares, lenguaje, calles, etc.)
- 6.- ¿Con quien vivía y en que ciudad de la Unión Americana? ...Describir el ambiente.
7. - ¿Que extrañaba de México? ...Describa como se sentía.
8. - Describa como lo trataron los americanos a usted.
- 9.- ¿Fue usted alguna vez víctima de racismo o discriminación?
10. - Describa la situación...que sintió y pensó en ese momento.
- 11.- ¿Quiénes eran sus amigos?
- 12.- ¿Se identificaba usted con la comunidad mexicana (que reside en E.U.)?
13. - ¿Observó o percibió alguna diferencia entre su forma de pensar y la de ellos?
14. - ¿Qué clase de programas de T.V. le gustaba ver?
- 15.- ¿Que clase de música escuchaba?
16. - ¿Existe alguna diferencia entre la forma de vida del americano y del mexicano?

c) Percepción de sí mismo (autoestima)

17. - ¿Tuvo usted algún problema con el idioma (inglés)? ...¿Aprendió el idioma?
18. - ¿Acudió a alguna institución educativa para aprender el idioma?
19. - ¿Considera que los inmigrantes tienen oportunidad de superarse?
20. - ¿Dónde trabajaba? ¿Cómo consiguió el trabajo?
21. - Describa las actividades que realizaba ...¿le gustaba su trabajo?
22. - Describa el ambiente de trabajo (personas, dinámica, comunicación, etc.).
23. - ¿Cuántas horas trabajaba a la semana?

- 24. - ¿Qué hacía en su tiempo libre?
- 25. - ¿Qué medio utilizaba para transportarse?

d) Madurez y reflexión

- 26. - ¿Por qué decidió regresar a México?
- 27. - ¿Considera que hubo algún cambio en su vida, después de su estancia en E.U.?
- 28. - ¿Qué aprendió?
- 29. - ¿Qué es lo mejor que le sucedió en aquel país?
- 30. - ¿Qué es lo más triste o difícil que le ocurrió?
- 31. - ¿Valió la pena conocer los Estados Unidos?
- 32. - ¿Ha pensado en regresar?

ANEXO 2

Edad: 33 años

Sexo: Femenino

Origen: México DF

Estudios: Secretariado

Tenía 30 años de edad cuando me fui a Chicago con mi hermano. Era soltera y vivía con mis papás. No puedo decirte la razón principal porque me fui, ¡eso sería demasiado personal!... sonrío y evade un poco la mirada. Sólo te puedo decir que en el lugar donde trabajaba como secretaria, hubo cambios laborales (al nivel en el que estaba) que a mi no me convenía continuar, además de algunas cuestiones “personales” ahí en el trabajo, era necesario poner tierra de por medio.

Mi idea original era trabajar, estudiar inglés y quedarme allá; cambiar de aires.

Nos encontramos en la oficina de su jefe, a la hora de la comida... ella está sentada detrás del escritorio. Su posición corporal es relajada, mira al entrevistador a los ojos, salvo cuando rehúsa decir la razón principal que la orilló a emigrar.

Me fui de manera legal (con visa). Mi primera impresión fue desde el aire, observar como estaban las calles perfectamente trazadas, a diferencia de la ciudad de México. Después llamó mi atención el tipo de casas, y como vive la gente. Observé que los americanos son muy respetuosos de las reglas, como: ponerte el cinturón de seguridad cuando subes al auto, cruzar la avenida sólo en la esquina, respetar los límites de

velocidad, entre otras. Tienes que adoptar estas reglas para no tener problemas, puedo decir que si me pude haber educado y de alguna manera lo extraño; me gustaría ver este orden en México.

Hablando de extrañar, ¿qué extrañabas de México?. ¡Extrañaba todo!... la expresión de su rostro y su sonrisa reflejan emoción, los canales de televisión, aunque suene un poco cursi extrañaba el cielo, los cerros, el color de los árboles es diferente allá, la forma en que se viven las estaciones es diferente. Chicago es una ciudad con clima muy extremo. También extrañaba la comida, a mi familia. Yo me consideraba una persona muy independiente, muy desapegada de mi familia (antes de emigrar trabajaba todo el día, prácticamente llegaba sólo a dormir y en mi día libre me la pasaba con el novio), sin embargo, cuando estaba allá los extrañaba, pero cuando más me llegaba la nostalgia era cuando los oía por teléfono. Me entraba un sentimiento espantoso y me daban ganas de regresarme.

Tuve la oportunidad de convivir con gente americana y mexicana. La gran mayoría de la gente mexicana que vive allá trata de adornar sus casas con motivos mexicanos, la gente se siente orgullosa de sus raíces, pero no es México... no es lo mismo. Sus hijos no tienen idea de las costumbres de sus papás, ellos crecen con otras ideas. Hay otras personas que no les interesa lo mexicano y adoptan las ideas americanas. Yo soy una persona muy radical en cuanto a las costumbres mexicanas (antes de emigrar a Chicago estuve varios años en un grupo de danza regional, y para poder bailar una danza tienes que conocer un poco la cultura de tu país), así que cuando la gente mexicana me hablaba de su orgullo de ser mexicanos, lo veía así como: "a mi no me quieras vender que eres nacionalista o que quieres las tradiciones de tu patria porque esto no es la tradición de tu país... yo le llamaba *poches*. Es como una idiosincrasia mexicana adaptado a lo americano, nada que ver.

A mí me costó mucho trabajo adaptarme a la forma de vida, yo no sé si fue por la edad, y posiblemente por eso no me quede. Estaba acostumbrada a un estilo de vida y aun ambiente en general, yo te puedo decir que a lo mejor mi nivel cultural no es muy alto, pero por el tipo de trabajo que tengo estoy acostumbrada a tratar con gente que tiene un nivel cultural más elevado que el mío. Obviamente si te vas a trabajar de ilegal, no vas a entrar a trabajar a una oficina, sino como obrera o en limpieza... no me pude adaptar al cambio.

Mi primer trabajo... se ríe y comenta: no me lo vas a creer pero fue pintando una casa, era de una amiga de mi hermano, hablaban español. Después de que estas acostumbrada a percibir un sueldo y a ser independiente económicamente a lo largo de muchos años, cuando mi hermano me decía: no te preocupes yo te doy para tus gastos, entonces me sentía desubicada, me costaba mucho trabajo aceptarlo.

Al principio tenía miedo trabajar, estaba pensando en que se aparecería migración o en causarle problemas a mi hermano. Sólo mi hermano y yo vivíamos en su departamento, este era muy amplio... no como los cubículos de México. Vivíamos en un barrio latino. Una de las cosas que no me gustaba era que no había lavadero... se sonríe y comenta: extrañaba mucho el lavadero, necesitaba lavar mi ropa bien, así que los lavaba a mano en la tina del baño y después lo hechaba a la lavandería... ya son ideas o costumbres de que, sino esta la ropa fregada en el lavadero, esta sucio.

La relación con mi hermano era muy buena, a pesar de que ya tenía 25 años de vivir allá. El todavía guarda algunas cosas mexicanas, como ser celoso... ya vez

que el mexicano es muy celoso, todavía guarda algo de eso. Aunque su mentalidad ya es mucho más abierta.

Mi segundo trabajo en una fábrica en temporada navideña, se decoraban manzanas con caramelo o chocolate, yo me dedicaba a envolverlas junto con otras señoras. Me sentía a gusto en ese trabajo porque la gente con la que conviví es de pueblitos o rancherías, eran muy nobles y sencillos. Después de ahí entre a una imprenta, ahí tuve la oportunidad de ver la otra cara de la moneda (el lado negativo que tenemos los mexicanos), como cuando vemos sobresalir a alguien, y decimos pero porque. Conocí a una señora que era de Jalisco, me criticaba todo el tiempo (envidiosa), desempeñábamos la misma posición. Me di cuenta que desgraciadamente para el "chilango" existe mucho rechazo, nos consideran mala gente. En el trabajo anterior mis compañeras me decían: ni pareces chilanga, porque los "chilangos" son bien malditos... aunque no hubieran tenido trato con alguien de la ciudad, se dejaban llevar por lo que "dicen" otros.

También había americanos pero el trato era muy superficial, aún así, eran muy amables. Recuerdo que en otro trabajo en el que me desempeñaba como mesera, había una compañera de origen alemán que su actitud seca, cortante e indiferente, en algunas ocasiones me parecían el de una mujer racista. También había clientes que se burlaban de mi acento: en ese momento me daba coraje y me daban ganas de vaciarles el café en la ropa, y decir ¡sabes que no eres más que yo, no vales más que yo, y si yo estoy aquí trabajando más bajo que tú es por necesidad pero no por falta de capacidad!. Se siente una impotencia no poderte expresar plenamente, sea del país que seas.

Sabes que también observé, que los hijos de inmigrantes son los que se sienten como: “sabes que, yo soy americano y tu vienes aquí a rogar, a mendigar”, y si te pones a pensar desde otro punto de vista, finalmente este país funciona gracias al trabajo que hacemos todos los de abajo, ya no digamos mexicanos; en general.

Acudía a un College para aprender inglés, tenía compañeros europeos, occidentales y mexicanos. Los mexicanos tenemos capacidad e ingenio para aprender, pero somos muy flojos, ahora si que “si estamos como estamos es por la maldición de la malinche” porque ¡entre nosotros nos tiramos! y porque en determinado momento llegamos a ser ¡quizá no flojos, pero sí desidiosos!. Porque en general yo siento que el mexicano es muy trabajador, en mi caso yo siento que es a lo mejor “pereza mental” y decimos: “hay no, prefiero hacer otras cosas que estar aquí macheteándole”. Pero no es imposible aprender el inglés. Te puedo decir que tal vez no lo domino, pero si aprendí lo suficiente como para comunicarme y desempeñar bien mis trabajos.

Muchos mexicanos que viven allá te hablan el inglés y muchos ni siquiera han asistido alguna vez a la escuela. Lo han aprendido empíricamente... por eso, yo creo que de ahí parten muchos modismos como “parquéate” o “puchale”, de la gente que aprende en la calle. Una vez que se dan cuenta que entre más hablan inglés más oportunidades tienen de progresar; entonces deciden ir a la escuela.

Mi hermano y yo solíamos ir a un bar que estaba cerca del departamento (era gabacho el lugar), me sorprendía ver como algunas mujeres “gabachas” se dejaban tocar por personas que no conocían, mientras sus novios estaban en otro sitio del lugar. Cuando veía eso me decía a mi misma: “¡Órale, que open mind!/ Que mente tan abierta”, ¡si tu le haces eso a un chavo aquí en México imagínate la bronca que se te arma; se acabó!, y como mujer piensas: yo no dejaría que cualquiera manoseara mi cuerpo nada mas porque sí, es como un respeto que te debes de tener

tu misma y allá no se lo dan. Yo no sé si es el tipo de sociedad o la idiosincrasia, allá desde que se gradúan de high school los chicos se van de sus casas. Aquí en México terminas la prepa o la universidad y no sales de tu casa, y no eres de decir: “sabes que mamá ya llegue a tal edad y me voy a vivir sola, a conocer mundo”, allá muchas veces son los mismos padres los que les piden a los chicos que sean independientes o cuando se van a vivir a los campos universitarios; es ya un adiós a la familia.

También me di cuenta que si acaso los chicos que siguen viviendo con sus papás después del high school, son los hijos de latinos.

Yo conviví muy poco con mujeres mexicanas solteras, las que conocía eran mujeres de provincia y ya estaban casadas, me di cuenta que muchas de ellas eran explotadas, la mujer latina o al menos las que yo conocí, eran “del trabajo a mi casa y de mi casa al trabajo, no tenían vida social fuera de su marido y de sus hijos”, en muchos casos las mujeres son las que aportan más que los esposos. *En general es menos acelerada la mujer latina que la gabacha, ya sea que estén casadas o que hayan nacido allá, de todos modos son menos aceleradas.*

No tenía amigas porque las personas que conocía eran casadas y el marido no las dejaba salir, no conocí gente de mi edad, sólo conocía a jóvenes más chicas pero ellas tenían otras ideas. Tampoco había muchos lugares para salir, sólo en sábado y el domingo casi todo estaba cerrado.

¿Por qué te regresaste a México?, Porque no me adapte... me mira y hace una pausa. Tal vez no estoy ganando aquí lo que ganaba allá, pero no me sentía plena en mi forma de vivir, haz de cuenta que la gente con la que conviví, su única conversación son horas extras, problemas de dinero o problemas de su casa. No son personas con las que puedas tener otro tipo

de conversaciones (como comentar una película después de ir al cine), salir a algún lado o conocer lugares; no hay nada de eso. La gente está preocupada en hacer dinero, conseguirlo y mandarlo, no se cansan de estar juntando, como si no se sintieran seguros de lo que va a pasar mañana. A lo mejor aquí no ahorramos ni prevemos tanto el futuro, o tal vez si ahorramos pero también dices: “voy a disfrutar de la vida, no sabes si el día de mañana vas estar aquí”.

Tenía un novio de origen puertorriqueño, él me pidió matrimonio pero yo no estaba segura de mis sentimientos. Nos llevábamos muy bien y compartíamos mucho tiempo juntos, el problema es que no sabía hasta que punto andaba con él por amor o por temor a la soledad. Después de mucho pensar decidí regresar a México porque deseaba enfrentar ver a mi familia y porque necesitaba aclarar mis pensamientos y sentimientos. Así se lo hice saber a mi novio y él lo aceptó.

Tal vez aquí en México tengo carencias e incomodidades, pero estoy viviendo bien dentro de mis posibilidades..., quería vivir en paz conmigo. Tengo a mi familia, a mis amigos, porque tienes un trabajo que te reporta cierto respeto. Cuando estaba trabajando en la imprenta, había secretarías ahí, ¡te juro que me daban ganas de acercarme y decirles te ayudo!, Porque yo sentía que lo que estaba haciendo no era lo mío... te sientes desperdiciado. Te preguntas ¿para qué estar aquí? Si tengo la capacidad, puedo hacer más y quiero hacer más; y aquí no lo voy a hacer.

Cuando regresé a México me di cuenta que valoraba más a mi familia, me sentía más segura de mí y de mis decisiones, también me sentí más independiente. Como que adquirí una especie de madurez durante el año que estuve viviendo en Chicago. También entendí que no amaba a mi novio y terminamos. Creo que fue lo más importante que aprendí.

Lo más triste que viví fue la soledad, aunque gracias a algunos de estos momentos reflexione muchas cosas que no me había dado la oportunidad antes. Si valió la pena haber vivido en los EU, pero sólo regresaría para tomar vacaciones.

ANEXO 3

Edad: 24 años

Sexo: Masculino

Origen: Sta. Catarina Tehuixtla, en Puebla.

Estudios: Carrera técnica.

Estudiaba una carrera corta cuando empecé con la idea de irme a los E.U., tenía 19 años. La gente que venía de allá me contaba cuanto dinero se ganaba, así que me fui con la idea de trabajar, ahorrar un buen dinero y regresarme en dos años.

Estamos en la casa de su novia, él está sentado en la alfombra, su posición corporal es relajada, pero su actitud es expectante.

Me fui con un primo de ilegal, tardamos como una semana en pasar y llegar a San Francisco. Llegamos a un departamento donde vivía mi papá, algunos primos y paisanos, en total éramos doce. Cuando llegué me sorprendió que no hubiera muebles, todos dormíamos en el suelo. Era un barrio mixto, había gente de todas las razas. Por cierto que estuve poco tiempo en ese lugar, porque los vecinos de abajo se quejaron porque hacíamos mucho ruido y nos corrieron... se ríe divertido durante el relato.

¿Qué es lo que más extrañabas de México? Lo que más extrañaba de México era el “aguardiente”... se ríe y dice que es una broma. Al principio extrañaba a la familia... en algún momento cuando estaba a solas me puse a llorar de la tristeza. En lo que me acostumbraba a la nueva vida mis primos me llevaban a la playa, nos invitaban a comer, a salir; trataban de distraerme.

¿Cómo conseguiste tu primer trabajo? No tuve necesidad de buscar trabajo, uno de mis primos que era “manager” en un restaurante me ofreció trabajo. La mayoría de los empleados hablaban español, así que no tuve problemas con el inglés. Me encargaba de limpiar mesas y lavar trastes. Con el tiempo aprendí inglés, al escucharlo con los clientes o cuando los meseros me pedían algo y no entendía, le preguntaba a los cocineros y ellos me decían lo que significaba.

¿Alguna vez fuiste víctima de racismo? En ese trabajo no tuve muestras de racismo, los meseros americanos eran amables, incluso había una mesera americana que me recomendaba que viera películas en inglés, pues eso me ayudaría a entender más rápido el idioma. Alguna vez fui a una escuela y me inscribí para tomar clases de inglés, pero no regresé; preferí divertirme y pasearme.

En el segundo trabajo que tenía, ahí sí sentí el racismo porque cuando a los americanos no les cobraban la comida, pero sí a nosotros los mexicanos. Durante el tiempo que estuve trabajando, nunca vi a algún americano lavar los trastes. Pero yo siempre pensé que nadie era más que yo, y que si me empeñaba en aprender el idioma obtendría mejores oportunidades.

Veía programas en español e inglés, la música que me gustaba escuchar solo mexicana.

¿Quiénes eran tus amigos? Además de mis paisanos, conviví con los pochos del lugar, solíamos jugar basketball entre otras actividades. Sentía, que a diferencia de nosotros los mexicanos ellos como que se sienten más que nosotros, tal vez porque tienen papeles o porque hablan bien el inglés. A veces se burlaban de mi acento, pero no lo tomaba a mal porque nos llevábamos pesado, no consideraba ofensiva su actitud.

La gente nacida allá de papás mexicanos ya no tienen la idea con la que uno va, nosotros empezamos a ganar dinero y nos queremos divertir, comprar ropa, pasear. Y los que ya son de allá, tienen ya una mejor calidad de vida, trabajan y estudian.

Las mujeres son criticadas por el hombre, en el trabajo no aguantaban lo mismo que nosotros, son más lentas (como meseras). Las mujeres mexicanas que conocí eran casadas, tenían a sus hijos en México o vivían solas, su situación es diferente con las mujeres de México, porque la situación las obliga a ser más independientes o liberales, pero yo creo que no todas son así. Las mujeres gabachas si son más liberales, a mis amigos y a mí me invitaban a tomar en sus casas, eran más fáciles para todo.

¿Por qué decidiste regresar a México? De hecho no pensaba regresarme, pero mi mamá me pidió que viniera a México para la fiesta de quince años de mi hermana. Pensé estar sólo dos meses y regresarme, no me acostumbraba a la vida lenta del pueblo y extrañaba el ambiente de allá.

¿Qué aprendiste durante tu estancia en los EU? Aprendí a trabajar y a hablar un poco de inglés, también algunas cosas malas como: las drogas. Las probé sólo un par de veces.

Ahora que estoy en México me doy cuenta que no aproveche el tiempo, me gaste el dinero, en vez de estudiar y superarme. Creo que si no me hubiera regresado quizá hubiera caído en malos pasos, tal vez sería un narcotraficante porque tenía amigos que me ofrecían entrar al negocio. Para ese entonces era muy irresponsable y se me hacía fácil todo.

¿Te gustaría regresar a los E.U? Si me gustaría volver a los E.U., aunque yo creo que ya no perdería el tiempo, sino sería más responsable.

Entrevistador: A este sujeto se le tuvo que preguntar con frecuencia para que detallara un poco más su respuesta, contrariamente el sujeto 1 que no fue necesario hacerle muchas preguntas, pues se mostró más interesada en expresar su opinión y detallar algunas circunstancias por sí sola.